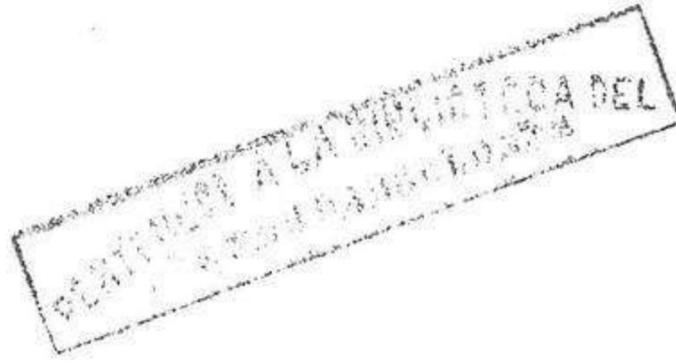




AÑO 8.º

NÚM. 86



LA

ESPAÑA MODERNA



Director: J. LÁZARO

—
FEBRERO 1896
—



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.568.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ADAN Y EVA

(CICLO)

MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

(Continuación.)

VI

REPOSICIÓN A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO DE LA CIUDAD DE MADRID

POR entonces daba yo desenlace á uno de aquellos consabidos idilios prematrimoniales cuyas emociones describí, y encontrándome libre otra vez, alegre y melancólico juntamente, como el ave que ha logrado evadirse de una jaula linda y bien surtida de lechuga apetitosa, me dejé inducir á frecuentar la tertulia de absoluta confianza que formaban las hijas de D. Benicio y dos ó tres amiguitas, reforzadas con media docena de amigos, entre los cuales se contaban Baltasar Sobrado y León Cabello, el *virtuoso* marinedino, como solía llamarle Primo Cova. La tertulia era entre anodina y familiar; había mucha labor de gancho, excesivo aporreamiento de piano, y algún tortoleo en los rincones; todos sabíamos que Baltasar Sobrado, "ponía los puntos," á Rosa; pero lo hacía con tan diestra maña y tal estrategia de cotorrón experto, que era difícil predecir si se dejaría coger en las blandas redes conyugales.

Yo también estaba á salvo, pues nunca se me había ocurrido *dedicarme* á ninguna de las niñas de Neira, creo que por respeto ó conmiseración hácia su padre, al cual me pesaría mucho de ocasionar la más mínima desazón. Era este un sentimiento puro, altruísta, que yo cultivaba para tener el derecho de afirmar que mi alma no está desecada por el egoísmo. Lejos de atraerme á la tertulia de

Neira los tortuosos y maquiavélicos planes que sin duda llevaban allí á Sobrado, me condujo el interés por el estudio de las miserias de la paternidad, y la sospecha de que algún drama fértil en peripecias y en lances hondos iba á representarse en aquel hogar tranquilo en la superficie, pero [interiormente trabajado por las pasiones y los anhelos de algunas mujeres jóvenes y sedientas de vivir.

Tal vez sabía yo más que el mismo Neira de lo que allí latía y se agitaba. Sabíalo, no sólo por las indiscreciones de Primo Cova, por dichos de la gente, por antecedentes históricos, sino por detalles, pormenores y hechos que sorprendía mi ojeada investigadora de desapasionado curioso. Lo que no observaba el ciego padre, me saltaba á mí á la vista, y declaro que mi honrado propósito era enterarle, si se terciaba la ocasión, cuando me pareciese llegado el momento de que interviniendo la autoridad se evitase tal vez una gran desventura, algún irreparable bochorno. Al entrar en aquella casa como antojadizo y frío *espectador*, podía también (y esto calmaba en alto grado los escrúpulos de mi conciencia) ser útil al excelente D. Benicio, salvarle de peligros que yo presentía y él era muy capaz de no sospechar siquiera. Lo demostraba la benditez con que se había dejado engañar por la hipocritona aquella de Tula, que bajo su capa de soberbia y desdén, bajo sus alardes de rigidez y sus asquillos púdicos, encubría unas ganas rabiosas de encontrar marido, á cualquier precio y de cualquier clase ó género que fuese, y el propósito firme de agarrarse á lo primero que saliera, como lo efectuó en las barbas del confiado padre.

Por esa especie de fuero que lleva consigo el derecho de primogenitura, la hija que empuñaba hoy la batuta en casa de D. Benicio era María Rosa, pues de las dos mayores, Tula ya estaba casada y vivía con su calamidad de marido en una casa humildísima del barrio del Faro, y Clara, la segunda, paseaba sus majestuosos hábitos por el claustro de las Benedictinas de Compostela. Rosa, pues había asumido el gobierno de la casa, y cierto que no pudo caer en peores manos tan delicada misión. Era Rosa una de esas mujeres fatales y vitandas, de quienes se dijo con expresiva frase que son como el toro, que acuden más al trapo que al hombre. Sólo al ver las locuras que los varones cometen por una hembra se comprenden las que son capaces de cometer las hembras por un pedazo de tela bonita: pasión infinitamente más violenta y terrible que la afición amorosa, aun cuando parezca que de ella nace y se origina, y que á no mediar el deseo de agradarnos á nosotros, no se compondría la mujer: pero yo he llegado á creer que esta es una de las mu-

chas infundadas fatuidades masculinas, y que la mujer no se compone por nosotros, sino más bien por el gusto de componerse y emperifollarse, por el arte puro; y quizá, caso de impulsarla un móvil interesado, la impulse antes que el ansia de conquistarnos, el deseo de lucir, de brillar entre las amigas, de eclipsar á las otras mujeres y que éstas rabien de envidia y de vanidad mortificada...

A no dudarlo, Rosa era un *caso* de estos, caso de estudio, invasión total de la enfermedad traperera. Altísima fiebre la abrasaba al ponerse en contacto con cintas y moños. Su vida no tenía más clave ni más norma que el tocado y el vestido. Si volviésemos al estado paradisiáco, á la cándida desnudez de la aurora del mundo, Rosa, con su blanca mano, ensartaría las primeras conchas para el primer collar bárbaro, ó tejería la primer guirnalda de silvestres flores.

Hay que decir que Rosa era una belleza soberana. A la edad de veinticinco años que contaba cuando yo me metí á observador y fisgón en casa de las Neiras, Rosa podía arrostrar la comparación con las más celebradas hermosuras. No tenía tipo marcado: ni era rubia, ni pelinegra, sino de abundoso pelo castaño con reflejos dorados, y garzos ojos que se oscurecían ó irradiaban espléndidamente según la cantidad de luz que recogían: su magnífica tez tampoco podía clasificarse entre las blancas ni entre las morenas, pues en ella se combinaban varios tonos finos y ricos, mezcla suave y maravillosa de sonrosados, de carmines, de nácares y de ágatas lustrosas y tersas. Tampoco la distinguía especialmente la estatura, que no pasaba de mediana, verdadera estatura femenil, pues la mujer demasiado alta parece que sobrepuja á su sexo. Las líneas del cuerpo de Rosa delataban una morbidez exquisita, tan distante de la obesidad como de la delgadez; una plenitud de carnes que no atentaba en lo más mínimo á la gracia y á la agilidad de los movimientos, á la esbeltez del talle, á la delicadeza de pies y manos, á la longitud de la tornátil garganta. Si hubiese que poner algún defecto á Rosa, (pues no existe belleza intachable), sería que su rostro, tan lindo, tan bien coloreado y modelado por la naturaleza, expresaba poco; era un rostro vacío. Se diría que lo vano y fútil de las preocupaciones de tocador, únicas que en el cerebro se aposentaban, imprimía huella en la faz, y que Rosa, en ciertos momentos, sobre todo cuando no la animaba el reír ó no resplandecía en su cara la vanidad satisfecha, se parecía á las perfectas muñecas de cera que se ven en los escaparates de las peluquerías exhibiendo el último peinado ó el más reciente adorno de plumas y flores artificiales.

En Marineda se criticaba acerbamente el "lujo asiático," que ha-

bía dado en gastar la hija de D. Benicio Neira. Las devotas amigas de saber vidas ajenas, como Zoe Martínez Orante y Regaladita Sanz, contaban y no concluían del derroche, boato y locuras de aquella muchacha. “Nunca lleva dos veces seguidas el mismo traje,, suspiraban levantando los ojos al cielo. “ Ahí está—añadían—Remedios Veniales, que ha tenido la curiosidad de contarle los trajes á Rosa Neira, y ¿cuántos dirá V. que resultan? Resultan quince, ¡quince!, todos de seda ó de raso; y á proporción los abrigos, los gorros (aún hay en Marineda quien llama así á los sombreros), los guantes, los abanicos, el calzado y todo lo demás... Me consta (aquí bajaban la voz las noticieras) que compró en *La Ciudad de Londres*—¿no sabe V.? ¿esa tienda que dicen que facilitó para ella los fondos Sobrado?—unos encajes anchísimos, soberbios, para enaguas y peinadores. Nada, igual que una novia... ¡Cómo está el mundo, hija! Pasman las cosas que se ven... ¿Y de dónde saldrán esas misas? Al padre parece que ya sólo le falta por hipotecar las narices...,,

Aunque es fama que los hombres no entienden de trapos, he creído siempre que eso es como lo de las casas desordenadas que, en opinión del vulgo, deben tener los solteros; y me confirmo en que no es privativo del sexo femenino entender de trapos, cuando noto que los árbitros de la moda son los señores modistos. Declaro, pues, y vengán cuchufletas, que entiendo de trapos, y sé muy bien cuándo, cómo y por qué va bien ataviada una señora. Pues con la autoridad que me presta mi explícita y valerosa declaración, digo que Rosa, la pobrecilla, después de tantos esfuerzos, de consagrar exclusivamente su vida y sus escasos recursos á deslumbrar á Marineda y atraerse las censuras de todas las personas sensatas... iba mal, rematadamente mal; para alguien entendido y exigente en achaques de gusto, tan mal, que era un dolor.

Los quince vestidos contados por Remedios Veniales en realidad no pasaban de seis; pero la maña de Rosa consistía precisamente: en disfrazarlos con tal arte, que nadie pudiese decir al verlos: “Mascarita, te conozco.,” Aquellos pichoncitos caseros mudaban la pluma cada semana. El negro, de seda brochada, emulaba á Proteo, según las transformaciones que sufría, ya por medio de lazos amarillos, ya de plegados verdes, ya de encajes blancos, ya de flecos de azabache; el cuerpo unas veces lucía escote cuadrado, otras una pañoleta, cuándo unas hombreras anchas, cuándo unas mangas de color pegadas la víspera. No le iban en zaga las metamorfosis del blanco, con el cual logró Rosa chasquearme á mí, pues los visos y cubiertas que recibía el traje lo hacían parecer enteramen-

te distinto, inédito. ¡Qué diré de cierta casaquita de veludillo azul, unas veces guarnecida con densa piel, á la usanza rusa, otras velada por vaporosas gasas que remedaban nubes sobre un celaje puro!

Yo sabía perfectamente que tan laboriosas combinaciones harían sonreír de lástima á una verdadera *lionne*, de las que encargan sus trajes por cajas y docenas, y desdeñan la ciencia humilde y práctica de *aprovechar las sobras*. Yo comprendía que el supuesto "lujo asiático," el "boato," de la chica de Neira, era en realidad penuria, y que con aquellos cuatro pinguitos, en Madrid, Rosa no pasaría de ser una de las bellas cursis en quienes nadie repara, y que desfilan por la ancha y soleada acera de la calle de Alcalá, ó por las avenidas de Recoletos, oyendo piropos, á caza de un marido *serio* que las saque de penas. Mas, como decía el gracioso pedante moratiniano, todo es relativo en este mundo; y para Marineda, y sobre todo para la menguada renta de D. Benicio, el teje-manaje de trapeteo en que andaba Rosa era excesivo y alarmante. Aquellas pobreterías—no me cabía duda—desequilibraban el presupuesto como lo podrían desequilibrar, si fuese mayor, los cajones llegados de París y las facturas del joyero y del peluquero de fama. La economía y el lujo son palabras que carecen de significación si no se consideran relacionadas con condiciones individuales y sociales. Aparte de que Rosa, en realidad, gastaba demasiado,—pues esas vueltas y revueltas á un pingo, que al fin pingo se queda, nunca dejan de costar algunas pesetillas, y donde hay pocas todo abre surco—en Rosa concurría una circunstancia que hacía más visible y escandaloso lo que daban en llamar su lujo: y era su belleza misma, su belleza triunfadora y resplandeciente.

En Rosa el más insignificante trapito causaba alboroto porque se veía de cien leguas. Los colores en ella parecían más vivos, los adornos más caprichosos y ricos, las flores más lozanas, la seda más crujiente, más atrevidos y provocadores los *esprits* y plumas de los tocados. Mientras las hijas del archimillonario Chucho Díaz, encargando á Madrid y á París la ropa, no lograban que nadie fijase en ellas los ojos, y parecían vestidas siempre con un mismo traje usado y de medio color, en Rosa las telitas peseteras y las puntillas de á real adquirían un aire de opulencia, majeza y frescura que les centuplicaban el mérito y el precio. Rosa ponía la moda en Marineda, y como á toda reina social, se la criticaba y se la imitaba á destajo.

Lo más singular es que D. Benicio, en medio de la gran con-

fianza que conmigo tenía y que iba en aumento, lejos de quejarse del excesivo gasto de Rosa, alababa su economía, arreglo y habilidad.

—Es extraordinario—solía murmurar muy babosillo—cómo se las bandeas esa muchacha. De un cuarto hace veinte. Oirá V. decir por ahí que derrocha, que tira el dinero. No, no, si ya sé que se murmura. ¡Infamias y picardías de la gente envidiosa, cuya maldad conozco! La pobre Rosa hace milagros. Aparece así... decentita... hasta elegante... como que en ella todo resulta... Claro; como que la figura la acompaña. Si fuese una cucaracha, una feróstica, de poco la serviría adornarse; porque aunque la mona se vista de seda... Lo que yo le aseguro á V. es que el ramo de trajes de Rosa no lo noto en mi presupuesto. Creo que con doscientos reales al año se las compone la chica. Vamos, que no he visto otra con más disposición.

VII

Que no decía verdad el apasionado padre, era para mí un hecho indiscutible; y sin embargo, me costaba trabajo suponer que tuviese el propósito de mentir; su aire de sinceridad y de candor era inequívoco. ¿Si le engañaría la muchacha, sisando en todo lo demás para cargar las sisas á la partida de perifollos? Con poco que yo asistiese á la tertulia se me figuraba que sabría á qué atenerme sobre este punto. El instinto de curiosidad, dominante en los célibes que carecen de asuntos propios y de verdaderos cuidados, era el móvil poderoso que me atraía á la reunión de las Neiras. La casualidad hizo que yo penetrase en ella en el momento más oportuno para satisfacer mis aficiones de espectador.

Solicitaron mi atención, más aun que la bella, coqueta y despilfarradora Rosa, otras dos hijas de D. Benicio, que ofrecían verdaderas singularidades en su manera de ser: *Argos divina* y *Felta*. Las demás eran muy niñas aun, excepto Constanza, que siempre realizó el tipo de la más clásica insignificancia y pasividad: callada, sosa, sin voluntad propia, una de esas personas cuya presencia en la habitación llega á olvidársenos por completo, y con las cuales no contamos para adoptar resolución alguna, pues estamos ciertos de que se prestarán á cuanto los demás determinen, por no tomarse el trabajo de emitir opinión propia. La nulidad del carácter reflejábese en las facciones de Constanza, de una regularidad agradable, pero

amortiguadas por la falta de expresión, incoloras, por decirlo así, como el agua.

En cambio ¡qué fuerza expresiva, qué viveza sentimental campeaba en el pálido rostro de Argos, á la cual llamaban así en memoria de la venerada efigie de *Nuestra Señora de los ojos grandes*! Su hermosura, romántica y seria, había llegado al apogeo, como también estaba en la plenitud su voz, aquella sorprendente voz de *mezzo soprano*, cuyas apasionadas inflexiones delataban un alma toda fuego. Yo era antiguo admirador (por supuesto secreto y platónico) de Argos Neira. Repito que jamás había querido iniciar idilio alguno, aun de los míos inocentes y diáfanos como el aire, con las hijas de D. Benicio, no sólo por la estimación que me infundía su padre, sino porque Argos, la que me atraía, también me inspiraba terror: no estaba seguro de nada con Argos, que me parecía mujer de distinto temple que las demás señoritas de Marineda, y se me figuraba (tal vez sin fundamento, por lo menos hasta entonces) una *tenoria*. Con las otras marinedinas tenía yo la absoluta seguridad de que, al terminarse el idilio, no representaríamos ningún drama; pero con Argos... veía en lontananza escenas espeluznantes, lances cuyo solo pensamiento me hacía estremecer. Y, fatuidad aparte, tampoco esperaba que Argos se prestase al idilio. Había sido siempre Argos caprichosa y rara en sus gustos: tan rara, al decir de las lenguas desolladoras, que no sé si debe darse entero crédito á la historia de sus antojos y aberraciones. Durante aquel período suyo de exaltado misticismo, en que sólo cantaba Gozos de novena, se refirieron horrores de su entusiasmo por cierto Padre Incienso, jesuíta austero y elocuente, el cual, por más señas, no la podía sufrir, y se vió obligado (continúa la versión de los chismosos) á salir de Marineda, esquivando el peligro, cortando de raíz el escándalo y salvando su honra de sacerdote, puesta en grave riesgo por la indiscreta muchacha. Y el remedio fué radical, pues no sólo se curó Argos de la afición malhadada, sino hasta del beaterio (quizás ambas cosas no eran sino una). Acabáronse los rezos y las mortificaciones; desapareció el hábito de jerga, con su corazón de plata en las mangas, símbolo visible de la enfermedad cardíaca que afligía á tan extraña devota; el negro cabello, antes descuidado y desgredado, apareció peinado con gusto y arte, y el rostro cambió, adquiriendo una expresión indefinible. La hermosa escultura religiosa se convirtió en estatua profana. Si por medio de una comparación tomada del arte quisiese yo significar qué expresión había adquirido la cabeza de Argos, recordaría las testas

del grupo de Carpeaux, la famosa ronda de bailarinas que decora la portada de la Opera, en París. ¡Cuán distinta era la Argos de hoy de la que solía ir, con el velito muy bajo, á las primeras luces del alba, á la solitaria iglesia de San Efrén, á pegar á las losas frías sus ardorosos labios!

Si mis observaciones no fallaban, el actual quebradero de cabeza de Argos debía de ser... Me encocora estamparlo, porque mientras el Padre Incienso, bajo su sotana, tenía para mí y para todos los que le conocieron aspecto varonil, en cambio el musiquete, el famoso León Cabello, declaro que me producía el efecto, no ya de una madamita, sino de una vejezuela, de alguna de esas acartonadas profesoras británicas, mixto de bacalao y cecina, lo más contrario á toda idea de amoroso engreimiento. Era el *virtuoso* (mote que le había puesto Primo Cova), un pobre muchacho, de padres desconocidos, que recogió por caridad una tendera de zarazas de la calle del Repeso; susurrábase que podía ser fruto de un temprano desliz de la hija de la tendera, hoy muy bien casada con el ricachón fabricante D. Simón Cardador Blanco. Lo indudable es que la tendera profesaba gran cariño al arrapiezo, el cual fué uno de esos chiquitines fenomenales, cabezudos, inaguantables, con *genio artístico* mientras aún les flota la camisilla por la abertura del calzón. A los siete años mi Leoncito recorría las casas de Marineda tocando fantasías y nocturnos, y cosechando besos y cartuchos de caramelos de rosa y rosquillas *de ginete*. A los doce, la prensa marinedina armó una trifulca para conseguir, trabuco al pecho, que la Diputación provincial pensionase en la corte al prodigio, á fin de que "completase sus estudios en el divino arte...". Si la Diputación no pensionaba á Leoncito, eclipsaríanse para siempre las glorias de Cantabria y quedaría demostrado que la patria cántabra, en vez de acoger amorosa á sus hijos ilustres, de brindarles el calor de su materno seno, los corona de espinas y los deja morir de abandono y de *inanición moral*, á las orillas del Océano amargo y salobre. Renunciando á averiguar por qué había de ser precisamente á orillas del Océano, y no en su cama, donde sucumbiese Leoncito por falta de pensión, ello es que el fatídico cuadro tan de mano maestra trazado por la bien cortada pluma del revistero local Amador Milflores debió de hacer impresión en el ánimo de los padres de provincia, toda vez que pensionaron al niño fenomenal, de quien se refería que dedicaba á tundir el piano *diez y seis* horas diarias. Y allá marchó el Leoncito con rumbo á la corte, bien acompañado de redobles de bombo... que no se sabe si llegarían á traspasar los puertos.

En las vacaciones volvía contando maravillas de los grandes maestros del arte musical: Caballero, Barbieri, Chapí, Bretón, Monasterio, le adoraban, le pronosticaban el porvenir más risueño y brillante. Había tocado, arrebatando, en el salón Romero. La infanta Isabel, convidada expresamente para que admirase tan portentosas disposiciones y no pudiendo asistir aquella noche por sus quehaceres, se desquitó llamando á Palacio al melodioso León, y en sus habitaciones particulares le escuchó, le aplaudió, le colmó de elogios y le regaló un alfiler de corbata que representaba una lira de oro con tres rubíes. El periódico semanal *El Contrapunto* había publicado el retrato de Cabello, encuadrado por ramitos de laurel; y la gorda tendera, la presunta abuela, á punto de asfixiarse de gozo y orgullo, puso al retrato un marco de listón dorado anchísimo, sobre fondo de *peluche* granate.

Terminó Cabello sus estudios musicales y se vino á Marineda, donde le recibieron con nuevas ovaciones y largos artículos encomiásticos. Sin embargo, á la miel se mezclaban algunas gotas de hiel. La tendera estaba, ¡quién lo dudal, contentísima y ufanísima del chico; pero su fondo de buen sentido, su hábito de ganarse con el sudor de su frente el pan, la obligaron á inquirir si tanta algarabía de notas, tanto martirio á las teclas, tanto zapateo en el pedal, tanto viaje y tantísima trapisonada, no habían de redituár algo, algo que se cifrase en ingresos, en moneda contante y sonante, en medios de vivir, de comer, de pagar al zapatero y al sastre. Allí estaba el fenómeno, el niño de la bola: pero el tal nene, mezcla, según Amador Milflores, de Orfeo y de Anfión, tragaba, rompía botas... compraba papelotes de música, tenía un vertical... y todito á cuenta de la tendera gorda. ¿Cómo era que en Madrid no había descubierto una mina de oro? ¿Cómo no podía aquella gloria regional, nacional, europea (de tal le calificaban, no parándose en barras, los diarios), hacerse, con su asombroso genio artístico, una rentita de cinco ó seis mil duros al año lo menos? La tendera tuvo un instante de escepticismo amargo, en que lamentó no haber dedicado al chico á medir zarazas...

Entonces León Cabello, en lid con la maldita fatalidad de no haber un Banco donde se admitan como valores los trinos y las escalas cromáticas, empezó á pensar en la faena de las lecciones. Subiría pisos, se dedicaría á enseñar á los chicos los rudimentos del solfeo, ya que no había otro porvenir para el que *El Contrapunto* coronara de hojas de laurel. ¡Ingrata patria, ingrato suelo cantábrico! Antes de aceptar la prosaica solución de buscar discípulos, el Leoncito dió un concierto en el Teatro, que la prensa campaneó

desde un mes antes. Concurrió bastante gente, porque el mismo Cabello repartió, con cartas de su puño, los palcos y las butacas. La gente bostezó y aplaudió á rabiarse. Halagado por esta primer caricia de la suerte, quiso repetir el golpe al siguiente mes; pero era abusar de las bolsas; el Teatro apareció completamente vacío, y Cabello desarrolló sus interminables *concertstücken* sin más auditorio que los acomodadores. Tuvo que pagar el alumbrado, la orquesta, el local, y perdió lo ganado en el primero. Entonces apretó en lo de las lecciones, y emprendió una labor encarnizada, furiosa, para imponer su candidatura á "lo principal," del pueblo. Estalló guerra á muerte entre el *virtuoso* y los demás profesores á domicilio de Marineda, D. Sotero el organista, las dos Bemolitas, el director de orquesta del Coliseo... Trabajos subterráneos con la prensa produjeron en el lenguaje de ésta cambio singular: Leoncito cayó de su pedestal, y fué objeto de chistes punzantes y de caricaturas groseras en el órgano satírico *El Brujo*, donde sacaron á relucir su nacimiento, é hicieron alusiones mal veladas á su madre y á toda su historia... No me sorprendió, por cierto, el espectáculo, en Marineda frecuente, pues cuando los intereses se ponen en juego, no hay tigres ni panteras comparables en su furor á los marinedinos. Creo haber dicho ya que estas pugnas alrededor de unas míseras pesetas me son tan repulsivas, que sólo por eso no me casaría nunca, temeroso de que el amor paternal me impulsase á patullar tan francamente en el lodazal de la codicia.

En tan poco halagüena situación me tienen Vds. ahora á Leoncito Cabello, la antigua esperanza de la madre Cantabria, que le ve sin pena y sin rubor encaramarse á los cuartos pisos y repetir cada media hora, en voz enronquecida por la fatiga y el aburrimiento:

—Do re, do re, do re fa sóool... sostenido... Más sentimiento ahí... Pero ¡cuándo empezaremos, Aurorita, á matizar ese pasaje!

Físicamente, el *virtuoso* parece una de las chistosas caricaturas alemanas en que se ridiculiza á los secuaces de la escuela de Wagner. Lleva la melena crecida, para tapar unas insolentes orejas, y su cara imberbe, fruncida, ya pergaminosa, á pesar de los pocos años, muestra amarilleces de fruto conservado en espíritu de vino. La boca es sutil, larga, sinuosa; los ojos, azules y fríos, sólo resplandecen al halago del elogio y al estímulo de la vanidad. Tiene la frente bombeada, el cráneo montuoso y puntiagudo, las manos prolongadas, ágiles, bien desarrolladas por el constante teclear. Viste de negro, y usa corbatas de color chillón, donde se ostenta la lira de S. A., con los tres rubíes. Y á pesar de esta facha rarísima, creo,

y creen muchos conmigo, que el musiquete no le parece saco de paja á Argos...

VIII

No; positivamente, no le parecía saco de paja á la ex devota el engarzador de arpegios. Había en aquel *flirt*, basado en la comunidad de gustos artísticos, algo de vago, ensoñador y baboso, muy diferente de la vehemencia y la exaltación que se habían notado en los primeros entusiasmos de *Argos divina*. Sin duda la muchacha poseía todas las cuerdas de esa gran lira que se llama el amor, y gustaba de coleccionar, en vez de trapos y cintajos, como su hermana, impresiones y recuerdos.

El León penetró en casa de Neira por la puerta de la pedagogía musical: le llamó D. Benicio, por recomendación de Sobrado, para dar lecciones de canto y piano á dos de sus hijas, Argos y Feíta. Esta última, al mes escaso, se rebeló, y dijo que no la daba la gana de perder tiempo, que se cansaba de aquel ejercicio bobo y que no pensaba ganarse la vida como León Cabello, haciendo competencia á las Bemolitas; Argos, en cambio, tal gusto le tomó al aprendizaje, que no se apartaba del piano en todo el día. La tertulia se resintió de la manía filarmónica de la muchacha. Cuando no *estudiaban*, de música hablaban el *virtuoso* y ella. Todo era revolver sonatas, elegir *caprichos* y rebuscar melodías. Una pieza brillante á cuatro manos llegó á ser para nosotros verdadera obsesión. Cada vez que yo veía girar despaciosamente el taburete, subiendo ó bajando para que en él se acomodase el artista, me entraba un desasosiego nervioso... Por fortuna allí no era de rigor escuchar en silencio: se podía charlar, se podía no hacer caso del chaparrón de notas. Tal vez el profesor y la discípula preferían que no se les concediese extrema atención. No aspiraban á la gloria de embelesarnos; harto embelesados andaban ellos.

Ultimamente habían descubierto un filón, las melodías aldeanas, preciosas canciones del país cántabro, tan mimosas, tan llenas de nostalgia dulce. Argos las cantaba con gracia hechicera, acompañándola con suma delicadeza el *virtuoso*. Con esa parte del programa me reconciliaba yo, y hasta la oía lleno de placer, pues á pesar de mi naturaleza poco elegíaca, las tales canciones, embalsamadas

por la menta y el saúco de los ribazos cántabros, me infiltraban en el alma una melancolía agradable, una especie de dolor grato, que se bebía á sorbos y no embriagaba de pena... Pero estas cosquillas románticas desaparecían así que tomaba asiento á mi lado y me dirigía la palabra la más extraordinaria y ridícula criatura que se ha visto en el mundo, ó sea Feíta, el séptimo retoño femenino de don Benicio Neira.

¿Cómo te haría yo comprender bien, oh sesudo y morigerado lector, lo que era la tal Feíta, en lo físico, en lo moral, en lo intelectual? Cien pliegos de papel no bastan para retratar á este curioso personaje. Su exterioridad es lo más fácil de sorprender al vuelo, pues no necesita el lápiz esmerarse para no alterar líneas de belleza. Feíta (diminutivo algo injurioso de *Fe*), no es linda, aunque tampoco repulsiva ni desagradable. Su cara, más que de doncella, de rapaz despabilado y travieso, ofrece rasgos picantes y originales, nariz de atrevida forma, frente despejada, donde se arremolina el pelo diseñando cinco puntas que caracterizan mucho la fisonomía. Sobre el labio superior hay indicios de bozo: no puede llamarse una dedada, sino á lo sumo leve sombra, que con el tiempo oscurecerá. Sus ojos son chicos, verdes, de límpido matiz, descarados, directos en el mirar, ojos que preguntan, que apremian, que escudriñan, ojos del entendimiento, en los cuales no se descubre ni el menor asomo de coquetería, reserva ó ternura femenil. El cuerpo de Feíta es suelto, ágil, de formas escuetas y de un dibujo muy sobrio, recogido y púdico, á la manera de esas figuritas magras y castas sin ascetismo, que los broncistas de Florencia legaron á la admiración de la posteridad. Sólo que para adivinar esta que sin duda alguna es perfección y gracia del cuerpo de Feíta, hay que ser más que lince, zahorí. Yo que me perezco por las mujeres ataviadas, peripuestas y pulcras, no me puedo acostumbrar á la manera de vestirse de esta chicuela indómita. Siempre anda metida en un talego ó amarrada como un saco de garbanzos. Sus hermanas no la hacen caso, y ella no se cuida de sí propia, ni creo que recuerda que hay espejos en el mundo. Su pelo vive en perpetua insurrección: es el mambís más rebelde que conozco. Lo lleva corto porque no la da la gana de dejarlo crecer, ni de sujetarlo formando moño, ni de enterarse de para qué sirven la tenacilla y el alisador, y cada mechón va por su lado. unas veces crespos, otras lacios y mohinos, según la temperatura y la humedad. Los dedos de Feíta son un mapa mundi de manchas de tinta y de desolladuras y arañazos, porque el día en que á la moza la da la ventolera por revolver y arreglar la casa, la vuelve patas arri-

ba, desclava y sacude todo, alfombra ella misma, y se empingorota en una escalera de treinta peldaños para lavar los vidrios. Sin embargo, los arrechuchos de laboriosidad doméstica no son en Feíta muy frecuentes. Por lo general paga tributo á otra manía, insólita y funesta en la mujer: y es su malhadada afición á leer toda clase de libros, á aprender cosas raras, á estudiar á troche y moche, convirtiéndose en marisabidilla, lo más odioso y antipático del mundo.

Si Feíta me interesase por algún concepto; si fuese hija ó hermana mía; ¡qué pronto la convierto y la curo de esa chifladura inverosímil, reintegrándola en el puesto que la naturaleza señaló á la más bella mitad del género humano! Pero no soy yo el llamado á civilizar á esta salvaje sabia, y su padre, mi buen D. Benicio, carece de la energía que exige su cargo paternal. La debilidad de D. Benicio es lo único que puede explicar los derroches de Rosa, las novelorías de Argos y las inauditas excentricidades de Feíta.

Como Sobrado cuchichea con Rosa en el rincón de la galería, cerca de los heliotropos en flor, y Argos se entrega á las emociones musicales; como las otras señoritas que concurren á la tertulia, y son las del magistrado Tardejón y Mercedes Cabrera, la del ingeniero, forman su peñita y demuestran intenciones criminales, conatos de llevarme insensiblemente, si yo me dejo, caminito del ara santa... me desvíó de ellas y suelo entretenerme en charlar con la extravagante, con la cual no arriesgo nada y que me hace reír de puro desquiciada y lunática que está la infeliz. Sus extrañas teorías se prestan á servir de base para mil discusiones acaloradas y chuscas, divertidísimas á veces; porque con Feíta no estamos nunca dentro de lo previsto y normal, sino que cada día saca ella un resorte nuevo, imprevisto.

La cabeza de esta pobre niña es "el caos é islas adyacentes," según frase de Primo Cova, que la encuentra, como yo, muy salada. Ha leído todo cuanto cayó en sus manecitas, ávidamente, con prisa, sin discernimiento, tragando, cual los avestruces, perlas y guijarros en revuelta confusión. Desde los libros de mística con que se espiritaba Argos en sus tiempos de fervor, hasta los de fisiología y medicina que tuvo la insensatez de prestarle á Feíta el filántropo Doctor Moragas; desde las novelas de Ortega y Frías que la ofreció con grandes encomios el brutazo de D. Tomás Llanes, hasta las poesías de Verlaine que la facilitó secretamente un empleado de la Biblioteca del Puerto, Feíta ha recorrido toda la escala bibliográfica, hacinando en su mollera un fárrago estupendo, una capa de detritus, entre los cuales van envueltos preciosos gér-

menes que podrían fructificar si los cultivase con método y razón. No cabe duda que la tal Feíta sabe ya muchísimas cosas; pero su instrucción ha sido, como suele la de las personas de su sexo, confusa, precipitada, incoherente, y con lagunas y deficiencias donde debían existir ciertas nociones sin duda elementales, pero que son á guisa de eslabones que enlazan entre sí la vasta serie de los conocimientos humanos. Feíta, en momentos de lucidez, lo reconoce, por más que en otros, con infantil pedantería, me llama ignorantón, á lo mejor, porque no sé en qué consiste la función de una glándula ó dónde radica un haz de nervios; pues en lo que está más fuerte este demontre de inaguantable chiquilla, es en ciencias enlazadas estrechamente con la medicina, gracias á los préstamos del bueno de Moragas, que es capaz, á fuer de ideólogo, de fumar sobre un polvorín descubierto.

—Me hago cargo—suele exclamar Feíta—de lo mucho que ignoro. No crea V. que necesito que me lo cuente nadie. ¡Soy yo más lista! Y tenga por seguro que si no reviento he de aprenderlo to-dito. ¿No ve V. que á mí, como enseñar, no me han enseñado ni esto? Coser, bordar, rezar y barrer, dice mi padre que le basta á una señorita. Un día recuerdo que hasta me puse de rodillas para que me enviasen al Instituto, como á Froilán, y papá salió con que me hartaría de azotes si volvía á hablar de semejante cosa. No tengo miedo á los azotes, ni mi padre es capaz de azotarnos con un hilo de seda; pero ni tenía dinero para las matrículas, ni los catedráticos me recibirían contra gusto de papá. Y cuando una es chiquilla, chiquilla... no tiene coraje para nada. Hoy me arremango y voy si quiero; pero hoy ya estudio yo sola, lo mismo que en el Instituto. ¡O más si se me antoja, hombre!

—¡Pues hizo bien su padre de V., mujer! ¡Sería una ridiculez ir allá!

—¿Pero por qué había de ser una ridiculez? Pago un duro de mis ahorros por cada razón que V. me dé.

—Pero, hija mía (yo solía tratar á Feíta así, paternalmente); ¿á qué se compara V. con Froilán? ¿no ve V. que Froilán es hombre y necesita tener carrera?

—¿Froilán hombre? Froilán jumento—respondía perentoriamente é imitando el habla de los negros la diabólica.

—No sea V. así. Froilán ha de concluir sus estudios y vivir de lo que gane.

—¡Ah! Pilléte—replicaba ella.—¿Conque vivir de lo que gane? Y yo, ¿me quiere V. decir de qué he de vivir cuando mi padre se

vaya al otro mundo? ¿Acaso tengo mayorazgos que Froilán no tiene?

—V... V. vivirá de lo que gane su maridito.

—¡Maridito! Sí, que andan los mariditos mantenedores de sus mujeres por ahí á patadas. Mire V. el de Tula, qué bien la mantiene. La da de almorzar mojicones finos, y de comer legítimas galletas. ¡Rayo en los mariditos mantenedores! ¡Además, ¿de dónde saca V. que quiero recibir de nadie lo que puedo agenciarme yo misma? ¡Me parece cargante y retecargante y hasta humillante la ocurrencia! ¡Y no sé cómo á Vds. los hombres no les revuelve el estómago eso de que han de tomarles siempre las mujeres por caballos blancos!

Este arranque de Feíta, á decir verdad, se conformaba con mis manías, con gran parte los escrúpulos y delicadezas que me retenían en el estado de solterón; pero el gusto de contradecir y el deseo de excitar á la muchacha á que replicase con más bríos, me impulsaron á responder:

—¡Quiá! Ese papel nos halaga. Así sostenemos y afirmamos nuestra soberanía; así reforzamos nuestros indiscutibles derechos sobre el corazón y la voluntad de la mujer. Nosotros trabajamos y Vds. administran y gastan... Lo más lógico. Tampoco ha de negarse que á Vds. las toca su parte de trabajo, y de trabajo constante y meritorio y sagrado. ¿Dónde me deja V. el gobierno de la casa, la crianza y cuidado de los hijos? Como se propongan Vds. trabajar...

—¡Los hijos!—protestó ella.—Siempre parte V. del supuesto de que la mujer es infaliblemente casada. Pues no hay en Marineda pocas solteronas.

—Y solterones también: aquí me tiene V. á mí.

—¡Pero V. es solterón... por su gusto!... y ellas...

Sonrió Feíta con picaresco guiñar de ojos.

—Según eso, ¿V. no cree que puede haber solteronas por gusto?...

—¡Vaya si lo creo! Como que yo lo he de ser. Sí, amiguito Abad; esta joya se ha de quedar para vestir imágenes, aunque se me presenten *partidos*, que no se me presentarán. Y sentiré que no se me presenten, sólo por el gusto de que vean que no los admito.

—¿Tan resuelta está V.?

—Tan resuelta. En algo me he de distinguir de esas otras—y diciendo así señalaba á sus hermanas y á las demás niñas casaderas de la tertulia.—Como que no encontrará V. en Marineda (yo se lo fío), persona que le diga á V. que hace divinamente en no casarse, á excepción de esta personita. Si yo fuese hombre ¡al momento me

caso! Vds. son, bien mirado, más inocentes que nosotras, porque Vds. ¿para qué quieren casarse? Mejor dicho ¿hay entre Vds. ninguno que no pueda disfrutar las ventajas del matrimonio, sin arrostrar sus inconvenientes?

—Por Dios, Feíta... ¡Qué cosas dice V.! Que no la oigan, al menos...

Esta plática recuerdo que la pasamos una noche de Octubre, en que la temperatura era aún tibia y hermosa, y nos habíamos refugiado en una esquina de la galería, por huir del sempiterno tecleo de Cabello y Argos y las risitas y provocaciones de las de Tardejón. Por cierto que aquella noche misma acaeció en la tertulia de las hijas de D. Benicio Neira algo que merece consignarse, por la cola que trajo; y fué que Baltasar Sobrado, entrando muy sopladito, de levita, á eso de las nueve y media, presentó á D. Benicio y á su familia á otro caballero más apuesto y majo, que supimos ser el nuevo Gobernador civil.

IX

Tres meses hacía que éste había llegado á Marineda, donde se hablaba mucho de él, á pesar de que se le tachaba de retraído y entonado. Era uno de esos hombres á quienes el público, al negarles ya la juventud, les sigue otorgando los privilegios á ella inherentes, y encontrando muy natural que dediquen la vida á perseguir el goce, á empalmar las aventuras, á la baraja y á la broma entre amigos. Para decirlo de una vez, el gobernador de Marineda, que por cierto, se llamaba nada menos que D. Luis Mejía, era todo un *juerguista*, pero con ribetes y collar de romanticismo: tipo bastante común en nuestra raza meridional, tan sobrada de idealismos malsanos como falta de sencillez y seriedad verdadera; y me pareció la más insigne prueba de inadvertencia y descuido en D. Benicio que dejase penetrar á semejante gavilanazo en aquel palomar repleto de palomas arrulladoras y lindas. Es verdad que entraba bajo el patrocinio de Sobrado, del soñado yerno, objeto de la codicia paternal de Neira, y rodeado del prestigio que da en provincia un puesto oficial que parece entrañar responsabilidades, y obligar á quien lo ocupa á observar una conducta, si no ejemplar, cuando menos formal y discreta.

A primera vista, Mejía guardaba las apariencias y conservaba su dignidad de funcionario y de personaje. Era grave al parecer, y en realidad guasón y mofador de todo; hablaba con respetuoso acento de la religión, de la patria, del arte y de la mujer, cosas de que se reía allá por dentro; daba limosna fácilmente y se corría en las propinas, pero jamás se familiarizaba con los inferiores. Era de mediana estatura, delgado, airoso, y vestía casi siempre de un modo correcto y muy á lo señor, aun cuando algunas veces le delataban ciertas osadías del traje, que indican más de lo que se cree el desorden moral de la persona: una corbata de seda roja, anudada á lo torero; las botas achuladas, que usaba por la mañanita; un sombrero de delicado fieltro, pero de hechura manolesca; un perfume cursi y exagerado que salía de su ropa interior... Observándole bien, hube de fijarme en cierto detalle, para mí altamente significativo: su reloj, maravilla admirada por todos los *snoobs* locales que se reunían en la Pecera, y, á mi juicio, rayo de luz que iluminaba por completo la ambigua faz de aquel representante de nuestra podrida burocracia. Procedía el reloj de la más renombrada casa inglesa, y era de oro, liso, riquísimo bajo apariencias de modestia, de intachable gusto, de máquina infalible, y de tan exquisito trabajo en sus cinceladas tapas, que el heredero de un trono podría ufanarse con él. Pero examinado despacio el relojito, mirando detenidamente la tapa que cubre la esfera, podían verse cruzadas, entre los arabescos elegantes que trazó el cincel, dos iniciales, una *L* y una *R*, que no correspondían del todo al nombre y apellido que usaba el gobernador. *L*, Luis, era su nombre de pila; pero ¿y el apellido?

Todos, sin querer, somos un poco polizontes y otro poco jueces, de afición y sin sueldo. Todos, cuando una ráfaga de antipatía ó de sospecha cruza por nuestra alma, espiamos, instruimos proceso y lo fallamos allá en nuestro interior. Aquellas dos iniciales, que una correspondía y otra no con el nombre de *monsieur le préfet*, me indujeron á grandes cavilaciones. Me asaltó la idea de que Mejía era *dos* hombres: uno que el público veía y respetaba en su posición actual, otro que anteriormente se llamó de distinta manera y vivió, sabe Dios dónde y cómo, hasta que alguna tragedia ó algún *sainte* le obligó á echar piel nueva, á mudar nombre y á huir de sí propio. ¡Cuántas cavilaciones, cuánto temerario juicio á propósito de una inicial sobre la tapa de un reloj! Qué, ¿no podría el reloj ser regalo de un amigo? ¿No podría haberlo comprado de lance? Sin embargo de estas posibilidades, la sospecha no se me quitaba.

Otra menudencia, que apareció en el mismo reloj, contribuyó á arraigar en mi la convicción de la duplicidad de Mejía. Una noche que á última hora nos encontrábamos reunidos en la Pecera algunos de los *habitués*, y en que se había bebido ponche, el gobernador, animado por las libaciones, habló de la farsa ó comedia humana, sostuvo la tesis de que nadamos en un mar de mentiras, é insinuó con intencionada picardía que el mundo era como su reloj. Prestaba yo oído, incitado por mis recelos, y siguió diciendo Mejía:—“¿Vds. ven? No cabe chirimbolo más respetable que éste. Exacto, británico, la misma formalidad, la imagen de una existencia regularizada, honrada, clara, sin una nube... ¡Pero aprietan Vds... así... un resortillo... y alsa! verán lo que aparece!...”

Practicó el movimiento indicado, y levantándose una sutil tapa de oro, invisible antes y adherida á la cubierta principal, apareció en el fondo una miniatura... de la cual, á pesar de su mérito artístico, apartarás los ojos, lector, con verdadero hastío, á poco de fijarlos en ella. Aquella doble faz del reloj, por fuera símbolo del orden y del decoro, por dentro santuario de la Venus libidinosa, confirmó en mí la idea de la dualidad de aquel Mejía, en quien era equívoco hasta el nombre.

Por supuesto, que me guardé bien de manifestar mis aprensiones á nadie, pues entre las enseñanzas de mi santo egoísmo contaba la de no tener amigos íntimos, ni pecho abierto para persona alguna. Sabía que la mitad mas uno de los disgustos que se sufren en pueblos chicos, viene por la lengua, y que la palabra es una peste, y oro el silencio. Además, el gustillo de charlar y confiarse quita el de observar, que es mucho mayor. Me prometí con Mejía un divertido espectáculo, siempre que yo tuviese la constancia de oír, ver y callar, disimulando el verdadero concepto que de él formase.

La opinión de Marineda, por entonces, no era desfavorable á Mejía. Su buena presencia, su mejor ropa, su liberalidad, le habían captado simpatías. Los de su partido le ponían en las nubes. Los del bando contrario, ó sea los conservadores, esperaban que aquel gobernador que olía á *brisas de violeta* fuese blando en la brega electoral. De su historia sabíase poco: se le creía cordobés, ahijado y hechura de cierto prohombre que no gozaba fama de muy escrupuloso en elegir sus paniaguados, y constaba que había desempeñado cargos en Puerto-Rico y Filipinas, y habitado bastantes años en la corte, á la sombra y en la secretaría de su padrino. Primo Cova, en su afán de dar á todo carácter folletinesco, aseguraba que Mejía era hijo del prohombre y de “una encopetada señora”. En resumen,

no se veía muy claro en el pasado de *monsieur le préfet*, pero se entreveían buenas relaciones y antecedentes no deshonorosos, y mi extrañeza al verle admitido en casa de Neira carecía de fundamento.

Conferenciando sobre este punto con D. Benicio, pocos días después de la presentación del gobernador, díjome el bondadoso padre:

—¡Qué quiere V.! Teniendo hijas que casar, y según están las cosas hoy en día, no hay más remedio que hacer la vista gorda. Ya comprendo que estas moscas vienen al panal de miel... pero ¿quién sabe si se les enredarán las patas? Mayores milagros se han visto, D. Mauro, yo con V. hablo como hablaría con un hermano, si lo tuviese. Me siento muy envejecido, muy gastado, muy achacoso, y mi sueño sería dejar casada una hija con persona de cierto viso y posición, á fin de que protegiese á las otras y metiese en costura á Froilancito, que como no le da la gana de estudiar, tendrá que arriarse al presupuesto para vivir.

—Comprendo sus móviles de V.—respondí con la sinceridad que me infunde este hombre digno de consideración y lástima: —sólo temo que pueda alguna de sus hijas sufrir una decepción...

—¡Qué se le ha de hacer! Para decepciones hemos nacido—murmuraba resignadamente el padre.

—¿O quién sabe si algo peor? Tal vez un amargo desengaño... un humillante chasco de esos que hunden á una mujer para siempre...

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando me sorprendí, casi me asusté, del efecto que produjeron en D. Benicio. Su rostro lacio y apacible, se enrojeció violentamente, y sus ojos, que siempre rebosan indulgencia, chispearon repentino furor.

—¿Chasco humillante á mis hijas?—balbució.—He pensado en eso mil veces... y eso sí que no lo verán los nacidos... ó por lo menos no lo verán quedar sin el castigo justo. Yo soy un cordero: hombre menos batallador dudo que exista bajo las estrellas. He deseado siempre que, al morir, se pudiese escribir sobre mi sepulcro, por único elogio, que á sabiendas no hice mal á nadie. Pero Dios, que me ha dado estas hijas, sin darme el carácter enérgico que se necesita para guiarlas bien, no me negará, llegado el caso, resolución para ampararlas. Es más fácil tener un arranque que constancia en el mando. El arranque sé que lo tendría. Espero—añadió serenándose—que no ha de ser necesario llegar á tales extremos. Crea V. que tiemblo sólo de pensar que llegase á verme en situación tan crítica. Y tiemblo, porque... el diantre de la costumbre de ser moro de paz... Diga V., D. Mauro: ¿qué opina V? ¿Tendría yo ánimos para... para hacer una hombrada?

Echéme á reir, por no confesar que le juzgaba absolutamente incapaz de hombrada alguna; y á fin de torcer la conversación le hablé de León Cabello y de su asiduidad con Argos.

—Eso salta á la vista—respondió D. Benicio—pero tengo por inofensivo á ese musiquín. Argos, con su imaginación volcánica, necesita experimentar algún entusiasmo, dedicarse con ímpetu á cualquier cosa... y ahora es la música lo que la trae sorbido el seso. Así que se canse de piano y de cavatinas se me figura que dará despachaderas al melenudo. ¡Es tan feo! ¿Sabe V. por qué demuestro yo esta tranquilidad? ¿Se admira de verme tan aplomado? Es que he consultado el asunto con Feíta. Ella me ha quitado la aprensión. Dice que no durará ni tres meses la privanza del músico.

—Feíta tiene un talento macho—respondí, deseoso de sonsacar á Neira.—¡Y cuánto ha estudiado! Va á ser una mujer notabilísima.

—¡Calle V.! Déjeme de notabilidades... Feíta es listísima, demasiado lo sé; cuando discurre, discurre mejor que nadie,... pero no está en caja. Esa sí que me dará que hacer. Las otras tienen sus adoradores, como es natural que los tenga á su edad una muchacha; se despepitan por galas, por diversiones, por lo que alborota á todas las chicas del mundo; están dentro de su edad, dentro de su sexo, se ajustan á las leyes de la sociedad y de la naturaleza... Feíta..., con dolor lo declaro... es un monstruo, un fenómeno aflictivo y ridículo, y si Dios no lo remedia... ¡Ha hecho cuanto cabe para salir de su esfera y del lugar que Dios la ha señalado; como si fuese un hombre, ha leído los libros más perniciosos; ha desgarrado velos que conviene á toda señorita respetar, y por efecto de sus disparatadas lecturas y de sus atrevidos estudios, piensa, habla y quiere proceder como procedería una mujer emancipada, y temo que por ella, ¡por ella, sí, y no por las otras criaturas! vamos á ser la fábula de la población. Ahora se le ha metido en la cabeza el mayor de los absurdos: pretende, fundándose en el supuesto de que las mujeres deben ganarse la vida lo mismo que los hombres, dar lecciones á domicilio á los chicos, prepararlos para el bachillerato... ¡qué sé yo! Delirios todo. ¡Y para esta hazaña, quiere salir sola, ir sola adonde se le antoje, volver á la hora que le acomode, disponer de lo que gane, y por este estilo! ¡Ay, D. Mauro! Si en un momento supremo seré capaz de alguna valentía, como le dije á V. antes, me falta fuerza de voluntad para sosegar á diario este gallinero... ¡Pobre Ilduara! ¿Por qué te perdí tan pronto? ¡Hágase V. cargo de mi situación: que Feíta se me vaya por ahí... precisamente cuando el tal gobernador, desde que entró en casa, parece que no tiene ojos sino para ella!

Tenía razón D. Benicio: todas las noches que el Gobernador, concurría á la tertulia, buscaba la conversación y el lado de la extravagante, discutía y bromeaba con ella, y no la soltaba un minuto. Yo había advertido lo que juzgué capricho momentáneo del hombre doble, pero al decírmelo el padre, me pareció que podría ser tenebroso y siniestro plan contra una virtud ya tan puesta en riesgo por las atrevidas lecturas y las genialidades de la muchacha. Y sentí un interés repentino, un deseo de contribuir á salvarla, que me impulsó á decir á Neira:

—Cuenta V. conmigo para seguirle la pista al galán. Le tendré á V. muy sobre aviso. Y á Feíta, prohíbala V. redondamente que salga. ¡Carácter, carácter! Yo la aconsejaré. ¡No faltaba otra cosa!

X

Aun no bien cedí á aquel indiscreto arranque de altruísmo, cuando advertí que ya me arrepentía de él, y no debieron de contribuir poco á que así sucediese las efusiones de gratitud y de confianza que provocó mi oferta en D. Benicio, el cual, yendo más allá de lo que había ido nunca en nuestras conversaciones, me confesó que no sabía lo que le pasaba, por creer que Sobrado iba inclinándose... inclinándose... atraído por la hermosura de Rosa, y tal vez por la soledad en que el mismo Sobrado vive, sin más compañía que un perrito canelo y las domésticas más ó menos bravías y cerriles. Con tal motivo se explayó Neira, repitiendo una y mil veces que el encontrar yerno semejante había sido su ensueño, su ilusión, desde el punto en que entabló con Baltasar relaciones de inquilino á casero.

—Ya sabe ¡V. — decía — qué difícil es encontrar una proporción así. La sociedad se ha puesto terrible, y Vds. recelosísimos, lo que se dice escamones... No, y lo comprendo, lo comprendo. Los únicos que vienen decididos son los pobretes, como ese zanguango del marido de Tula, á quien tengo ahora esperanzas de que el gobernador me le coloque, y será sacar un ánima del Purgatorio... Esos vienen resueltos, porque peor de lo que están no han de estar aunque se casen más veces que Barba Azul; pero los acomodados, los yernos de San Antonio... fuego de Dios, y como se meten en la concha! A Sobrado le veo yo imitar á esos bañistas que tienen miedo á las olas

y al frío del mar, y se acercan á la orilla, y apenas les toca el agua á un dedo retiran todo el cuerpo, y vuelven á adelantarse y á retroceder y así se pasan media hora antes de resolverse al chapuzón... Sobrado ha de ser de estos, duros de pelar... pero creo que se va ablandando. ¿V. qué opina?

—Muy entusiasmado parece con Rosa—respondí:

—Le descubro á V. el fondo de mi conciencia... Ya sabe V. que poco tengo de codicioso... No me asusta la idea de meterme en un asilo, y vivir allí de limosna, comiendo mi ranchito á toque de campana. Casi casi me lisonjearía ese fin. Pues lo raro es que por cuenta de mis hijas noto que se me desarrolla una desatentada ambición. Esta casa tan productiva, con sus cinco pisos, sus tiendas, sus bohardillas, sería de Rosa! La quinta de la Erbeda, tan linda, con su parque, su huerto, sus fuentes, sus invernaderos, su jardín bien cuidado... sería de Rosa! Allí, entre las canastillas de pensamientos y de *colios*, jugarían... mis... mis nietos!

Y al hablar así, los ojos del padrazo se inundaron de agua.

—Es un espejismo—murmuró sofocado—pero no lo puedo apartar de la imaginación.

—Después de todo—declaré yo para alegrarle y arrullarle—¿qué tendría de milagro? Rosa es un primor: otras, con menos encantos que ella, han conseguido grandes posiciones por su hermosura.

—Cree V.—interrogó D. Benicio, dejándose llevar—que Sobrado sea tan rico como dicen? Muchas veces hago la tontería de ponerme á calcular su fortuna—por si llega á ser *la fortuna de mi hija*—y ando preguntando á unos y otros...

—Pregunte V. lo menos posible, Neira—indiqué, guiado por mi recta intención.—A mí, á mí solamente debe V. hablar de esto. Yo le enteraré.. Se bastante de Sobrado. No, no dude V. que es poderoso. Tiene un mazo de papel; ha comprado varias fincas, y le van á caer en las manos otras muchas, por que prestó dinero á los dueños, á réditos, y como no le paguen, se quedará con la hipoteca.

—¡A quien se lo cuenta V.! suspiró D. Benicio.

—Suya es en gran parte—añadí—la refinería de petróleo que lleva el nombre de *La Industrial marinedina*, y él es quien suministró los fondos para ese gran establecimiento de tejidos y novedades, *La ciudad de Londres*.

—Pues eso último lo niega él á carga cerrada,—advirtió Neira.

—Pues es inútil que lo niegue, cuando todos estamos cansados de saberlo—afirmé yo, algo sorprendido.—Pero sea como quiera, y

aunque le restásemos esos veinticinco ó treinta mil duros, le queda lo suficiente para ser, después de Chucho Díaz y de D. Acisclo Arañón, nuestro primer millonario. Su mujer aportó un caudalazo, que él acrecentó. Guita, la tiene.

—Si yo le dijese á V. que me late el corazón al pasar por delante de aquellas tapias de *La Industrial*? ¡Asegurar á mi hija tal porvenir, un marido tan listo, tan apto para los negocios, para los cuales yo no he servido nunca!

—El defecto de Sobrado—dije deseoso de calmar algo la fiebre de ilusiones de Neira—es que siempre fué aficionado á las faldas, y á toda clase de faldas... V. no desconocerá esa crónica.

—¡Pch!... Sí, ¿quién lo duda? He oído.

—Sobre todo... la historia... ¿ya recordará V.?

—La historia de la cigarrera... ¡Bah! Debilidades humanas, debilidades humanas... En los pocos años deben disculparse ciertas cosillas...

—Aquello—insistí yo—fué muy mal hecho, D. Benicio. Se trataba de una real moza, una tal Amparo, á quien en la Fábrica conocían por la *Tribuna*, porque entonces, que eran republicanas la mayor parte de las cigarreras, esa pronunciaba discursos y leía periódicos y hasta tomó parte en un motín...

—¡Valiente marimacho!

—No, pero tenga V. entendido que era honrada; una niña, una pobre criatura... y este Baltasar, entonces oficial de infantería, la sedujo, parece que con palabra redonda de casamiento.

—¡Palabra de casamiento, palabra de casamiento! ¿Y quién la mandó creer á la muy simple en cuentos de brujas? ¿Andan los oficiales por ahí casándose con las cigarreras?—protestó D. Benicio, impaciente.—¡Casarse! Famoso punto será la tal—prosiguió cada vez más extraviado por su cariño de padre.

—¡Qué Neira de mi alma!,—repliqué.—La muchacha era realmente intachable antes de que Baltasar la perdiese; y lo fué también después de ese desliz, porque hubo muchos galopos que quisieron recoger la herencia de Sobrado... y se encontraron con la horma de su zapato, se lo aseguro á V. Ella siguió trabajando en la Fábrica, donde hoy es maestra; no se le conoció ni por casualidad otro devaneo, y además crió y mantuvo las consecuencias de las humoradas del Baltasarito... que á fe no ha sido nunca para echar mano á la cartera y enviar unos billetes de Banco á esa desdichada, que su hijo pudiese alimentarse mejor y educarse con algún decoro. Amparo ha sufrido crujidas terribles de miseria, allá en los prime-

ros tiempos, y pobre continúa, y su hijo más pobre aún, porque vive de su oficio de tipógrafo.

La cara de D. Benicio, mientras yo me expresaba así, se puso nublada y fosca.

—¿No es ese chico de la cigarrera—preguntó con cierto misterio—el que llaman por ahí el *compañero Sobrado*?

—El mismo que viste y calza.

—¿Un socialista, un loco, un charrán?

—Lo que V. quiera... pero ese charrán tiene sangre de Sobrado, en eso sí que no cabe duda, y mi señor D. Baltasar, ya que no se casó con la madre, bien pudo rascarse el bolsillo y asegurar el porvenir del retoño. Comprendo las pasiones y hasta las calaveradas, amigo mío, pero no las tacañerías. El que rompe paga, y lo demás es portarse como un sucio.

Mientras yo hablaba así, se obscurecía por grados la faz de don Benicio, y una arruga cerraba su entrecejo. Sus labios se movían, como si algo bullese en ellos pugnando por salir. Al cabo, después de mirar en derredor, por si nos escuchaban, articuló estas declaraciones:

—Oiga V... ya que viene á cuento... le voy á confiar á V... bajo sigilo... casi confesional... una cosa rara... que me está sucediendo... desde que Sobrado... dá señales de aficionarse á Rosa desde... que parece resuelto!

Ibamos paseando por el muelle, siguiendo la extensa línea de malecones que orlan el paseo y la Aduana, y era esa hora del día en que empieza á faltar luz, pero todavía, de cerca, se puede leer bien y aprisa un papel. El que Neira sacó de la faltriquera de su gabán era una carta algo arrugada y nada fina, aunque escrita con letra bastante gallarda y, según pude ver después, de una ortografía correcta.

—Aquí está...—susurró bajando mucho la voz,—la primer carta que he recibido de ese *compañero*... No trae firma, pero seguro estoy de que esta y la otra no son de nadie sino de él. ¿Puede V. leer? Porque ya medio anochece...

—Leo bien—respondí. Y en efecto, por ser el carácter de letra tan modelado, la última claridad del día alcanzaba para que yo descifrara el contenido de la misiva, que decía así (pues para satisfacer tu curiosidad, amable lector, me he procurado una copia):

“Sr. D. Benicio Neira: Muy señor mío: Vive V. muy engañado si se figura que D. Baltasar se casará con su hija de V., porque don Baltasar tiene otras obligaciones que cumplir, y si no las cumple

por buenas, las cumplirá por malas; y acuérdesese V. de que se lo jura un hombre tal día como hoy; porque antes de un año las habrá cumplido. No se figure que no firmo por miedo: tengo otras razones; pero si quiere V. saber quién soy, se lo puede preguntar al mismo Sobrado, que le dirá quién es y cómo se llama, *El ejecutor de la justicia*.

—Esta carta, por las señas, no es de ningún socialista, sino del verdugo—dije echando á broma el suceso, por desimpresionar á Neira.

—Sí, sí, ríase V.... Yo también quise reirme, pero la cosa en el fondo no me hace maldita la gracia. Este maldito bastardo es un obstáculo que veo atravesarse entre las buenas intenciones de don Baltasar y la felicidad de Rosa. Esta carta justifica las vacilaciones de D. Baltasar, que siempre está como aquel que no se decide á pasar el charco por no mojarse los pies. Sabe Dios cuánto tiempo hace que me hubiese pedido la mano de mi hija, si no estuviese por medio el estorbo... ¿Qué opina V.?

—¿Qué dice la otra carta? porque hay otra—respondí.

—Dice casi lo mismo: en casa la tengo. Es más lacónica, y contiene una amenaza seria: me ordena que me mude de casa, si estimo la vida.

—¡Bah! No tenga V. miedo, Neira, que nunca es tan fiero el león... La verdad: me cuesta trabajo creer que ese berrugo de don Baltasar—porque es un berrugo, de eso sí que respondo con la cabeza—esté determinado á hacer una cosa tan buena, tan sabia y tan puesta en razón como sería el pedir en matrimonio á la linda Rosa. No se sorprenda al oírme hablar así... después de conocer mis principios. Si creo que á mí el matrimonio me haría infeliz, creo que á Sobrado le vendría como anillo al dedo, y á su hija de V. lo mismo. Sobrado es hombre asaz amigo de las faldas, y llegado á edad muy madura, lo mejor que puede sucederle es encontrar una mujer joven, hermosa y fiel, como Rosa; y Rosa, que tiene gustos... escogidos... delicados... vamos, que es aficionada á presentarse... bien, con el decoro y el lucimiento propio de... de su esfera, emplearía divinamente los millones de D. Baltasar, les daría aire... Los dos en la gloria, y V. en éxtasis.

—Diga V., D. Mauro... Perdóneme de antemano... sé que voy á abusar. ¿No se enfadará V.?... Ya que tan convencido está de que la boda sería una solución para todos... ayúdeme, présteme su cooperación... no, no digo que haga V. nada que pueda ponerle en evidencia! Sólo le ruego que... que se entere... de quién es, de cómo vive,

de qué manejos se trae ese compañero Sobrado de mil demonios... y á ver si se le podía... vamos, obligar á que... á que dejase en paz á...

—A su padre—pronuncié sonriendo.

—¡Su padre! ¡Su padre! ¡Vaya V. á saber!

—El amor paternal le hace á V. implacable, D. Benicio, y le ciega. ¿Quién duda que el padre de ese pobre tipógrafo es D. Baltasar? Eso no quita ni pone... á lo de la boda... Vamos á lo que V. desea.

—Desearía... que tomase V. el pulso á... al tipógrafo... y también.., si había ocasión propicia... que no dejase V. de... de sondear á Sobrado, á ver si suelta prenda...

—Eso ya es más difícil—respondí, temeroso de que el encargo de Neira me acarrease cuidados y tal vez desazones, y sintiendo que mi numen protector, el egoísmo, se interponía, embrazado su escudo de hielo.

—Haga V. lo que pueda y lo que quiera, que por poco que haga he de pedir á Dios por V.—respondió D. Benicio con tan sencilla gratitud, que á pesar mío sufrí la influencia de aquella amante voluntad de padre, me conmoví, y sin reflexionar exclamé:

—Le aseguro que haré todo lo que pueda. Cuente V. conmigo, y descanse, y no se asuste de anónimos ridículos.

XI

Claro que al acostarme y apelonarme entre sábanas, al encontrarme frente á frente con mi gato, que más filósofo y cuerdo que yo, ni hace escapatorias ni se ocupa en lo que no le importa un pitche; al contar las campanadas del French, al escuchar á lo lejos el ruido temeroso de las olas, volví sobre mí y me pesó de haber accedido tan fácilmente al ruego del afanoso padre. Bien mirado, ¿quién me metió á mí en libros de caballería? ¿Qué me importaba que Rosa se casase ó se quedase para vestir santos; qué se me daba de que León Cabello cantase dúos del alma con Argos divina; qué tengo yo con el compañero Sobrado, y qué me duele si Feíta se va por los cerros de Ubeda, ora llevada de la mano por la diosa Minerva, ora por el Gobernador de la provincia, el del ambiguo reloj?

Lo que tranquilizaba algo mi conciencia era que en esta his-

toria el único interés que me movía era la amistad. No estando interesado mi corazón por ninguna de las hijas de D. Benicio, y sintiendo en cambio una afición nobilísima hacia el buen padre, no entrañaba verdadero peligro mi ingerencia en los asuntos de la casa. Aquello había venido no sé cómo, rodando insensiblemente, y sin que yo me diese cuenta de que los hilos de dos ó tres intriguillas iban reuniéndose en mis manos, y que se me habían enredado en los dedos, de tal suerte, que soltarlos me era difícil. No quería confesarme á mí propio que también me espoleaba la curiosidad, ese vicio de las vidas sin objeto, como lo era la mía.

Me dormí resuelto á poner en práctica un sistema mixto, ó como suele decirse, á nadar y guardar la ropa; y sin duda por efecto del escrúpulo que me había asaltado (si ya no por culpa de unas exquisitas almejas con que me tentó doña Consola), recuerdo que aquella noche no gocé del sueño dulce y reparador que acostumbraba ofrecerme su blando regazo: al contrario, tuve pesadillas. En los sobresaltos de mi agitado dormir, soñé que se me colaba dentro de la alcoba una serpiente. ¡Nada menos que una serpiente, lector compasivo! La ví rastrear por el suelo, erguir y deprimir las curvas bonitas de su largo cuerpo flexuoso, de reflejos metálicos, y avanzar así, silenciosamente, vibrando la cabeza, aunque aplastada, no exenta de cierta gracia y hasta de cierto inexplicable candor.... ¡Candor una serpiente! ¡Pero si he dicho que yo soñaba! El reptil, llegando al mullido tapete colocado al pie de mi cama, se enroscó, y sobre la espiral del cuerpo enderezó el cuello y me miró fijamente. Sus ojos despedían lumbres fosfóricas, su pecho blanquecino latía como si encerrase un apasionado corazón.... Y dulcemente, ondulando, apoyando la cabeza en el reborde de mi cama, el maldito ofidio, el que causó en el Paraíso la pérdida de nuestro padre Adán y de toda nuestra estirpe sentenciada á la concupiscencia y al dolor, fué ascendiendo, ascendiendo, hasta llegar cerca de mi cara, extenderse sobre mi colcha de damasco rojo, y apoyar la chata frente—¿podrá decirse *frente*?—sobre mi almohada de pluma y olán finísimo.... Mi angustia fué tal que desperté pegando un respingo; encendi atropelladamente un fósforo, y estuve á pique de chillar porque, en efecto, dos pupilas metálicas, verdes y embrujadas, se clavaban en mí...., pero eran, claro está, los ojos de mi prudente gato, acurrucado en el edredón y molestado sin duda por las vueltas que yo daba en el lecho....

Después de tan inquieta vigilia, amanecí descontento de mí mismo, azorado sin saber por qué, y mal dispuesto á recrearme en las

inocentes fruiciones de mi sosegada vida. Practiqué las operaciones del aseo sin gusto, sin la minuciosa atención que suelo otorgar á esta importante tarea, relacionada con la higiene y el bienestar del cuerpo y hasta del espíritu; hojeé distraídamente los periódicos de la mañana, y cuando acababa de enterarme de la verdadera actitud de Bismarck (que por otra parte me tenía sin cuidado), oí en el pasillo algo que me causó tal admiración, tal sorpresa, que me hizo pegar tal brinco, que creo que ni la serpiente de mi pesadilla me impulsa á saltar con más ímpetu si se me aparece sobre la mesa escritorio... Lo que resonaba á la puerta de mi propia habitación, era ¡figúrense Vds.!, ¡la voz de Feita! Y no velada, ni tímida, ni ahogada por la emoción, sino al contrario, sonora, aguda, bien timbrada, imperiosilla, cubriendo enteramente la de doña Consola, con quien dialogaba y parlamentaba repitiendo:

—Pues avísele V... Avísele en seguida... Yo entraría: pero sabe Dios si está en calzoncillos...

Esto dijo: esta palabra inconveniente pronunció la boca de la salvaje... y yo me figuré la cara que pondría mi británica patrona, la alumna de la heroína, ¡el mismo recato hecho mujer! A mí también se me encendieron las orejas, me dió una vuelta repentina la sangre, y me levanté con temor pensando: “¡Pero qué es esto! ¡Qué ocurre aquí, Dios poderoso!,”

Los dos golpecitos acompasados de doña Consola me avisaron de que se acercaba el enemigo... Hice por serenarme, me dirigí á la puerta, y la abrí de golpe, como el que se arroja de una ventana á la calle... Y antes de que tuviese tiempo de enterarme de nada, precipitóse en la habitación, arrollando á la patrona, el torbellino: Feita.

—Buenos días... Qué cara tan rara me pone V.! Pero, ¿qué le sucede, hombre, qué le sucede?

—Hija mía, la sorpresa...

—¡Ah, ya... la sorpresa! Es cosa que pasma verme aquí.. Pues va V. á verme bastantes veces...—dijo—si no me muero ó doña Consolación no me echa con cajas destempladas...

¡Oh asombro mayor que los anteriores! Doña Consola, que había entrado detrás de Feita y que parecía la misma estatua de la circunspección, con su cuello blanquísimo, su vestidito angosto y sus grises bandós bien aplanchados, lejos de fruncir el ceño, sonreía... Sí: una rígida sonrisa dilataba los secos pliegues de su acartonado y bigotudo rostro!

—¿Pero viene V. con su padre? interrogué á la muchacha.

—No señor.

—¿Sola?

—Si señor.

—¿Qué me dice V?

—Lo que V. oye.

—Don Mauro —intervino la patrona británica, con reposado acento y aquel énfasis que gustaba para evocar recuerdos de su querida heroína—no juzgue V. de ligero á la señorita; no sea V. mal pensado, que es el defecto de los hombres, que se malician de todo. La señorita no viene á lo que V. supone.

—¡Pero si yo no supongo nada! Con esta señorita es difícil suponer; esta señorita... En fin, ¿puede saberse en qué consiste que se la vea á V. por aquí llovida del cielo? Tome asiento, honre el sofá.

—¿Pero como quiere V. que me explique, si no me da lugar á estornudar siquiera con sus admiraciones?—contestó Feíta dejándose caer en el canapé Imperio, y soltando en una butaca próxima el cartapacio que debajo del brazo traía. Sólo entónces noté hasta que punto se había acentuado en la muchacha su habitual aspecto de estudiantillo. Su pelo, más corto y revuelto que nunca, como si lo hubiese alborotado con los dedos, se escapaba del casquete ó toca rusa, de piel; las líneas de su talle desaparecían bajo un chaquetón de paño, con bolsillos y solapas, prenda masculina; al cuello llevaba un pañuelo de seda arrollado y anudado al descuido; los guantes brillaban por su ausencia, y las botas eran grandes, duras, resquebrajadas, lo más opuesto á la coquetería y al arte de agradar, lo que más desilusiona en una mujer!

—¡Si en vez de hacer aspavientos como un papamoscas—continuó—me hubiese V. permitido decir de qué se trata, ya estaría enterado! He venido aquí... porque hoy ¡gran noticia! ¡es mi primer día de libertad! y he querido, por primer día, darme un buen verde de hacer mi gusto! ¡Uf! ¡Parece mentira! ¡Debo de haber crecido tres palmos! ¡Ay, Abad, ó demonio! ¡Qué bueno es hacer lo que á uno se le antoja!

—Pues cada vez la entiendo á V menos, criatura—respondí;—¿á qué llama V. libertad?

—¿A salir, á andar sola... á no depender de nadie? ¿Lo oye V? ¡De nadie!

Y se puso á tararear:

Libertad, libertad sacrosanta
nuestro numen tú siempre serás...

mientras doña Consola, entusiasmada al escuchar la música del himno progresista, repetía por lo bajo, acariciando reminiscencias inolvidables:

podrán vernos morir en tus aras,
mas vivir en cadenas, ¡jamás!

—Vamos, le enteraré á V. de los hechos—continuó Feíta, viendo que yo exageraba mis demostraciones mudas de incredulidad y explícita desaprobación.—Ya sabe V. que meditaba hace tiempo este golpe de estado. Papá, que se lo cuenta á V. todo, no habrá dejado de contarle esto y mucho más. Pues sí, meditaba el gran acto, y lo iba retrasando... ¿por qué dirá V?

—¿Por natural respeto á la autoridad de su padre?

—¡Quiá! Por temor... á mí misma. Yo pensaba: “¿A que después de sublevarme salgo con la fantochada de que no aprovecho las *conquistas de la revolución*? ¿A que armo la gorda y luego me falta coraje para dar cima á la empresa?,”

—Pero ¡qué empresa ni qué alcachofas!—exclamé.—¡Ay, Feíta! Usted está muy mala. Doña Consola, ¿querría V. preparar una taza de tila caliente? ¡Aunque... ahora que me acuerdo! no puede V. dejarnos solos.

Feíta se echó á reir con toda su alma y con toda la frescura virginal de su alegría.

—¡Sí puede dejarnos solos, hombre...! pero yo no quiero que nos deje, ni necesito infusiones..., á menos que la tila sea para V. Doña Consolación; ¡no haga V. caso de ese farsante! Pues iba diciendo que no estaba segura de mi denuedo en el momento crítico. He tenido la grata sorpresa de que soy más valiente de lo que creía; mucho más. He dado la batalla y la he ganado en toda la línea. Ah, V. no sabe de qué se trata? Mi amigo, el Doctor Moragas—ese sí que es un hombre de pro, y sin repulgos—me había buscado entre su clientela *dos lecciones*. Dos lecciones de á cinco duritos... ¡No es el Potosí; pero ya iremos progresando, y con diez duros al mes... no le costarán ni un céntimo á mi padre mis libros ni mis botas!

—¡Y que no la vendría á V. mal un par nuevecito!—respondí, mirándola de soslayo.

—Sí, sí, ya sé que estoy muy derrotada y muy fachosa—contestó ella convirtiendo los ojos á su *toilette*.—Pero me importa un pito. No me mire V., ó mire para el techo. Bien; pues una de las lecciones es allá, en el barrio del Ensanche, donde Cristo dió las tres voces...

¡Buena caminata! Me la soplé mientras V. estaría roncando... Me dió la vida. ¡Qué sano es andar! Me siento otra. Andar aprisa, andar solo, sin apéndices, sin rodrigones... La otra lección... ¿á que no adivina V.? Es la del chiquillo de las de Boliche...

—¿En el piso de arriba?—exclamé empezando á ver claro.

—Ajajá... Ya la he despachado también. Y como es temprano y me sobran horas y hace tiempo que suspiro por registrar la librería de la duquesa de la Piedad... me he venido junto á doña Consola, que es persona racional y ha vivido en países donde la gente no es tan boba como aquí...

Sonrió doña Consola, visiblemente halagada en sus manías, y dijo con dignidad cortés:

—Ya sabe esta señorita que de mí y de la librería puede disponer como guste; me complazco en servirla, porque si la señora duquesa levantase la cabeza, había de alegrarse de ver á una joven marinedina tan instruída y tan amiga de libros como lo era la señora, no despreciando á nadie... Sólo que como V. tiene la llave de los armarios de los libros, le advertí á doña Feita que iba á pedírsela á V... y ella quiso hacerlo en persona...; porque dijo así, dice: “Vamos á revolverle el cuarto á D. Mauro: venga V., venga V., que veremos el retrato de la señora duquesa y los muebles y lo demás de su ajuar...”, Y por eso le hemos molestado, D. Mauro... Con que si me da V. esa llavecita...

XII

La sacaba yo del bolsillo, cuando sonó la campanilla, y con indecible susto oí resonar en la antesala el metal de voz de Primo Cova. ¡De Primo Cova nada menos! Se me erizó el cabello... el cabello que ya quiere empezar á emigrar... y me lancé del sillón. ¡Primo Cova! La lengua más afilada de Marineda; el más implacable maldiciente; el que ni por casualidad dejaba honra sana; el que revolvía con fruición donde sospechaba que pudiese aparecer, palpitable y sangriento, el escándalo! Primo Cova, entrando allí, en-

contrando á Feíta, enterando á toda la ciudad que yo recibía visitas matinales de tal especie, y arrastrando por el lodo la buena fama de la muchacha, y lo que es peor, la de su padre!

No se me ocurrió sino levantarme, decir á doña Consola "Que se esconda Feíta por ahí, donde pueda,, señalando al mismo tiempo á la puerta de escape que desde mi sala conducía al comedor y al cuarto de los libros... y precipitarme al pasillo, resuelto á que Cova, antes de salvar la antesala, pasase sobre mi cadáver. Sin que Cova intentase avanzar, ni yo articulase palabra, me alcanzó Feíta riendo á carcajadas, burlándose á todo trapo de mí y de mis recelos.

—Pase, Cova, pase—decía la muchacha sin conseguir recobrar la seriedad y el aplomo.—Pase, por Dios, no haga caso de D. Mauro, que está en Babia...

—Pero, ¿qué es esto?—preguntó Cova en tono de sorpresa, no tan exagerado, sin embargo, como las circunstancias requerían.—¿Estaré viendo visiones? ¿Qué hace V. aquí, Feíta encantadora?

—Seductor Primo, aquí estoy porque quiero y porque me da la gana.

—Pues quedamos enterados. Por alguna rareza será.

—V. lo acierta—exclamé acogiéndome á la hipótesis, como el náufrago al palo flotante.—Un capricho de esta señorita, que nos ha de volver locos á todos.

—¡Puede!—respondió ella con alarde de chulesco desenfado.—Hijo (prosiguió, instando al maldiciente para que entrase en la sala, y señalándole un sillón), que se vuelva loco este señor (por mí) no tendrá nada de particular. Le falta equilibrio. La menor cosa le aturrulla y le pone en un estado que necesitaría la camisa de fuerza. Cuando V. entró, ¿sabe lo que pretendía? Que yo me escondiese en un armario, ni más ni menos que en los sainetes.

—La señorita—intervino doña Consola, con toda su dignidad y pulcritud de expresión—obró bien en negarse á ocultarse, porque nada hacía de malo, y desde que se encuentra aquí la he acompañado yo...

—Y aunque no me acompañase nadie—replicó insolentemente la estrambótica.

—Y aunque no la acompañase á V. nadie—repitió persuadida y entera la insigne patrona.—La mujer virtuosa, á sí propia se acompaña. ¡Cuántas veces me lo ha dicho en vida la señora duquesa, que de Dios goza! Cuando estábamos en Londres salía sola mi señora casi diariamente, y se echaba por aquellas calles que marean, con el tropel de los coches, y de los ómnibus, y de los carros, y de

los jinetes.... Sola iba á las casas de los emigrados, sola hizo cada tres meses lo menos el camino de Londres á París.... ida y vuelta!... Yo al principio me asustaba y la decía: ¿Señorita.... (porque en aquel tiempo era joven la señora) no le pasará algo? ¿No se desvergonzará con V.? Y ella contestaba así, con el buen modo y la formalidad que tenía: Consolita, el respeto que nos tributan nos lo ganamos nosotros: nadie se mete conmigo, ni yo me meto con nadie.

—Eso pasaba allá en Inglaterra—objetó Primo Cova.

—Justamente—confirmó doña Consola, sin entender la malicia de la objeción.

—¿De modo—preguntó el maldiciente — que ya la tenemos á V. emancipada, Feíta? Porque este paso me parece decisivo. Venirse á la casa de un soltero, es pasar el Rubicón y la peña de la Marola. Puede V. decir que en horas ha sentado plaza de general.

—Sí, señor: estoy todo lo emancipada que puedo —respondió Feíta, enderezándose en el canapé, recogiendo las pupilas para mirar con mayor fijeza á Primo Cova.—Digo todo lo que puedo, porque desgraciadamente... Yo me entiendo y bailo sola, amigo.

—Y tan sola como baila V.

—Completamente sola. ¿Sería mejor bailar acompañada?

—No he querido decir eso.

—Pues voy á pedirle á V. un favor. Tengo curiosidad de ver si me lo concede.

—A sus órdenes de V—exclamó Primo con afectada galantería.

—¿A mis órdenes? Bueno. Pues se trata de lo siguiente, y dése prisa á probar que no es jarabe de pico lo que acaba de brindarme. A ver si es usted capaz de este rasgo! Todo lo que piensa V. murmurar de mí...

—Qué, qué es eso de murmurar?... ¡Si yo no murmuro! ¡Si soy un inocente!

—Todo lo que ha de desollarme V...—no me interrumpa, desollar he dicho—por este paso ó esta genialidad de venirme á ver á don Mauro Pareja, que tantas veces ha ido á verme á mí, por lo cual le debo aún muchísimas visitas que tendré que pagarle; todo lo que ha de cortar V. en mi pellejo y en mi honra,—¡córtelo ahora, delante de mí, en mi cara, frente á frente! ¡Salga el bisturí, y vaya alegando razones, fundando sus censuras, demostrando por *a* mas *b* que soy una loca ó una bribona; lo que le plazca! Pero repito que delante de mí, ahora mismo, sin reparo...

—¡Feíta, Feíta!—tartamudeó Cova, algo sobrecogido por tan briosa arremetida—V. parte del supuesto de que yo la voy á poner

como un trapo y á pregonar en todas partes que merece V. reprobación... ¿y V. qué sabe si haré tal cosa? Casualmente no pienso hacerla.

—¿No piensa V. zaherirme?

—No, señora.

—¿De veritas?

—Palabra.

—¡Bien!—exclamó la indómita batiendo palmas de gozo.—Ahora empiezo á creer que mi propósito está en buen camino, que Dios guía mis pasos, y que la fortuna, como dicen los autores cursis, me sonríe. En Marineda, todo lo que se murmura lo guisa Primito. Si cuento con la benevolencia del capitán de los maldicientes, tengo la mitad del camino andado. Procure V. no faltar al convenio —añadió levantándose y cogiendo á Primo por la solapa de la americana, que sacudió entre risueña y amenazadora.—Porque como yo averigüe que anda V. por ahí despellejándome, después de comprometerse á no hacerlo, soy capaz de darle á V. un soplomacos en mitad de la calle Mayor ó donde le encuentre, ¿se enterará V.?

—Lo que procedería sería desafiarnos. Con sus teorías de V., Feita, no será extraño que lleguemos al terreno.

—¡Al terreno! ¡Valiente farsa la del terreno, y valientes gallinas están Vds.! En fin, no hablemos más del caso. ¿V. promete no ensañarse conmigo?

—Prometo más—dijo Cova, cuyo semblante, de ordinario frío y sin expresión, se animó algún tanto.—Prometo que voy á ser su defensor en todas partes y contra todos los follones y malandrines que la roan á V. los zancajos. ¿Qué tal? Este sí que es rasgo, ó no los hay en el mundo.

—Pues mira que he de agradecértelo—advertí yo interviniendo en el debate.—Sentiría mucho que á Feita y á su padre les originase disgustos este nuevo sistema, pero el sentimiento sería mayor si los disgustos proviniesen de la venida de esta señorita á mi casa. Y quiero que conste que la desapruebo y que todo esto va contra mi criterio y contra mi voluntad enteramente. Esta señorita ha venido aquí...

—A dar lección al chico de arriba—respondió flemáticamente Primo.—Antes había ido á dar otra lección al barrio del Ensanche... Estas lecciones se las proporcionó el Doctor Moragas, que tiene la mitad de la culpa de que Feita se nos vaya del seguro.

—¿Cómo lo sabes?—pregunté asombrado,

—¡Pch, pch! — respondió desdeñosamente el murmurador.—A buena parte vienes! Yo sé al dedillo las cosas que hay más empeño en ocultar... figúrate si sabré las que se hacen á gritos, en mitad de la plaza. A Feíta se la podrá poner toda clase de defectos, menos el de recatarse y disimular. ¡Saber los pasos en que anda! Pues si se ha empeñado en que hasta los gatos los sepan. Cuando vine aquí me daba el corazón que encontraría á nuestra gran Feíta, y mira si acerté.

—¿Le daba á V. el corazón que me encontraría aquí? Ese corazón merece embalsamarse y guardarse en urna, como el del general Esteva — dijo Feíta soltando la carcajada.—¿Y qué vengo yo á hacer aquí? Vamos, adivine.

—¡Qué sé yo!

—¿Ve V. cómo no todo se puede adivinar?

—Viene—me apresuré á decir—á consultar la biblioteca de la difunta duquesa.

—Sí por cierto—afirmó doña Consola—Y si la critican por eso, que deje á las lenguas venenosas esplayarse como gusten, que ya se cansarán. No hay envidia que cien años dure. Así sucedió con la señora duquesa, que en santa gloria esté. Vds. recordarán las muchas caridades que hacía; tantas, que S. M. la nombró duquesa de la Piedad, precisamente por las limosnas que daba y los establecimientos de beneficencia que fundaba. Pues á pesar de ser tan buena la señora y de que la alababan los papeles y de que S. M. la escribía cartas de su puño y letra (que yo conservo ahí diez ó doce lo menos y pueden verlas los que lo duden ¿Vds. entienden?) no faltó quien la mordiese y quien la pinchase, hasta en periódicos. ¡Nadie es doblón, nadie es doblón de á ocho, señorita! Dichosa V. si llegase á lo que llegó la señora duquesa, que al fin y al cabo la reconocieron por heroína sus mismos compatriotas.

Así habló doña Consola, dejándome atónito con su derroche de elocuencia. Pocas veces la insigne patrona, de suyo reservada y lacónica, enjaretaba párrafos de esta magnitud. Es verdad que el tema de la duquesa era el único que tenía el privilegio de que soltase la lengua doña Consola.

—¿Según eso V. viene á consultar la biblioteca?—dijo Cova mirando irónicamente á la muchacha.

—A eso viene—respondí yo, poniéndome de pie y entregando á Feíta la llave.—Aquí tiene V.—añadí—la llave del tesoro, que acostumbro retener por indulgencia de doña Consola. V. queda en su casa, y puede revolver, no sólo la librería de la duquesa, sino

mis pobres estantes, donde no faltan también algunos libracos. No todos se los dejaría yo á V. manejar, si V. fuese como las demás muchachas; pero si ha leído V. otros...., bien puede leer los míos, que al fin y al cabo tampoco son de los que pervierten á nadie. Y adiós, amiguita. Nos vamos éste y yo á tomar el sol, que el día parece hermoso.

—Bien pensado—respondió la emancipada.—Para nada necesito de Vds. Gracias por los libros. ¡Me voy á dar una atraquina! V., Covita, ya sabe.... Cuidado con cumplir el convenio, porque si no...!

Y le amenazó con la mano. Salimos de allí, huyendo de la proximidad de la niña, como huiríamos de un dragón furioso. Mi fuga, según creí, cortaría las alas á las peores murmuraciones, á los comentarios más duros. Pero, ¡también era pensión haber de abandonar mi nido, porque se metía en él aquella insensata gorriona! Cogido del brazo del maldiciente, desahugué la contrariedad, y glosamos el suceso. Cova no mostraba severidad ni mala intención, caso raro: el áspid no destilaba gota de veneno.—¡“Pobre criatura!”—decía.—Comprendo su arrechucho. Está harta de miseria, y de sufrir á las hermanitas y al memo del papá. En toda la familia de Neira no hay persona mejor que esta chiquilla.”

Discurriendo así, y llevándole yo la contraria, porque la conducta de Feíta me parecía incalificable, bajamos por los muelles, á la sazón obstruidos por carros, pipotes y bocoyes, y pasamos ante la casa donde vivía D. Benicio Neira. Natural asociación de ideas nos hizo fijarnos en la fachada, en las encristaladas galerías, á cuyos vidrios arrancaban destellos los rayos del sol; y en el ángulo de la que correspondía al piso habitado por las Neiras, la ojeada sagaz de Primo Cova sorprendió algo que le hizo darme un codazo significativo. Una de las vidrieras estaba alzada, pero muy poco, sostenida en las palomillas de apoyo á suficiente altura para dejar pasar una mano, blanca, diminuta y fina; y esta mano de mujer sostenía y tremolaba una microscópica banderita de cinta color de rosa.

—Es una seña—dijo Cova, que se ocultó bajo el primer arco de los soportales para atisbar mejor.

—¡Una seña!—repetí.—Pero, ¿á quién? En la calle, excepto los cargadores y las pescantinas, no hay nadie más que nosotros.

—¡Simplón!—repitió mi compañero.—Vuelva un poco la cabeza, mire hacia abajo...

Hice lo que me aconsejaba Cova, y distinguí, en la ventana que pertenecía al piso de Sobrado, y que aparecía entreabierta, á cu-

chillo, la figura de un hombre vuelto de espaldas, que alzaba el rostro en dirección de la banderita microscópica...

—Buena biblioteca se consulta aquí —dijo Cova sofocando la risa. Mientras la otra revuelve librotes, ésta saca por la galería el corazón... porque Rosa, en el lado izquierdo, lo que tiene es un cintajo de seda...—¡Qué de líos, amigo Abad! No se sale á la calle sin tropezar en alguno...

EMILIA PARDO BAZAN.

(Se continuará.)

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Sublevación contra las quintas en 1845. — Los vencedores de Vall de Eurex. — Aspeado y herido. — Sin pantalones. — Ordinaria y fina. — Capua en el Ampurdán. — Magnetismo. — Tontería. — Edad feliz. — La monja progresista. — Montemolin. — Acción con los carlistas ó *matinés*. — Sorpresa doble. — El Griset. — La cuchara de palo.

Al referir en esta malhadada historia cómo los políticos han tratado al ejército en más de un tercio del siglo XIX que he tenido la fatalidad de servir, aludo á las armas generales y en especial á la infantería. A ella fué á parar la escoria de nuestras guerras civiles y revoluciones, los oficiales improvisados hechos por gracia, los premiados por conspirar ó sublevarse, los que querían comer sin trabajar, hijos y parientes de ministros, de generales, de amigas de ellos, de azafatas, y hasta de mozas de retrete. Les daban una charretera, y llegaban á los primeros puestos de la milicia; algunos, con valor se les supone, postergando á los que habían emprendido la carrera militar por vocación, con entusiasmo, creyendo en la justicia de Dios y de los hombres. Como he pertenecido á la despreciada infantería en aquella época, no olvido lo que pasó en ella. Nadie sabe pintar si no lo que ha visto. ¡Bueno estaría el retrato que yo hiciera del interior de un convento de monjas! Al escuchar que la infantería merecía sus desdichas porque las aguantaba, exclamaba:—Aunque se

conjurase toda su numerosa oficialidad, ¿era honroso abandonar las armas al frente del enemigo en las innumerables guerras que se han sucedido en España? Más vale en aras de la patria someterse que rebelarse. Afortunados los que ahora se hallan en la que por antonomasia llaman Valerosa; no ha perdido su antigua fama ni ha degenerado. Lo mismo pelea contra nuestros infames parientes de la manigua, que batallaron los antiguos tercios españoles en los campos de Africa, Francia, Italia y Flandes.

Al veterano barón de Meer, conde de Grá, vizconde de la Lealtad, y le cuadraba este título, lo relevó D. Manuel de la Concha, joven, guapo y elegante. Por eso decían escandalizados los señores antiguos de Barcelona al hablar de Concha.—¿Qué se puede esperar de un capitán general de Cataluña que baila la polka?

Concha, de talento, estudioso, entusiasta, el futuro reformador de la táctica, maniobraba con numerosos batallones en el campo de la Bota de Barcelona. Las evoluciones salían como una seda. Si lo verificaba el segundo cabo, para desenredar la madeja era preciso tocar fagina.—Lo has c..., le decía Concha.—Yo, no, tú, Manuel; sólo he hecho lo que me has mandado.—Aseguraban que los dos generales, valerosísimos soldados, por las muchas heridas recibidas en la guerra civil, no estaban completos.

La corte se hallaba en Barcelona en 1845. El gobierno de Narváez exigió que Cataluña presentase el número de quintos que le correspondía, y los mozos se sublevaron, acostumbrados á dar el cupo siempre mermado, con sustitutos, que llamaban por desprecio soldados de las *doblas* (de las onzas). Una catalana me preguntó cuántas había yo recibido. En San Andrés de Palomar resistieron á una columna, que mató á varios alborotadores. En Molins de Rey, los mozos, el 6 de Julio, se opusieron á que se verificase el sorteo, y desarmaron á la partida que acompañaba el agua de la Puda que tomaba la Reina. La noche del 7 salimos de Barcelona un ba-

tallón y un escuadrón al mando de un brigadier. Llegamos á Molins de Rey, me ordenaron ocupase la torre de la iglesia, el párroco se negó á abrir la puerta, hasta que le amenacé con hacer fuego á la ventana. Salió el sol, se practicó el sorteo, y los mozos huyeron al monte. Marchamos por la tarde en su persecución. En Vall de Eurex me adelanté con la vanguardia: la sed me devoraba, en una rectoría pedí agua, y el cura, para que no me hiciera daño, se empeñó en que tomara antes miel. No la llevé á la boca ni bebí.

Unos setenta mozos con escopetas salieron del bosque; creyeron que no tenían otros enemigos que los veinte cazadores que yo mandaba. Nos hicieron fuego, avisé á la columna, me replegué á mi compañía sin disparar un tiro ni hacer caso de los vivas y mueras que gritaban con acompañamiento de cornetas; los dispersamos á bayonetazos y cogimos cinco heridos.

Nos reunimos al batallón, que venía muy atrás, y pregunté á un oficial.—¿Y vosotros?—El comandante, aturdido, me contestó, al formar en columna armó un lío de todos los diablos.—El brigadier está herido.—¿Cómo? Nosotros íbamos cien leguas delante y hemos salido ilesos.—Le ha mordido su caballo.—¡Ah!

Pocos días después pasamos por el mismo sitio. Coloqué en la rama de un pino, junto á la senda por donde la columna debía desfilarse, un papel con el rótulo siguiente en letras gordas:

A los vencedores de Vall de Eurex, 8 de Julio de 1845.

Lo leyó el comandante, mandó hacer alto, me llamó, preguntó si era obra mía, y cuando temía recibir una fuerte reprimenda por la burla, me quedé estupefacto al escuchar que decía señalando el papel.—¡No comprende V. que se lo llevará el aire!—Creería que tan gran batalla merecía un arco de triunfo.

Dormimos al raso; el 9 nos incorporamos en Ripollet al general Concha y á la artillería. Corriendo, llegamos al frente de Sabadell, donde se habían rendido á los insurrectos tres compañías de infantería por la impericia del jefe. A las seis de la tarde desplegamos en guerrilla. Antes de romper el fuego vimos á un clérigo y á varios concejales que agitaban pañuelos blancos. Atravesaron por los claros de los cazadores, se arrodillaron delante del capitán general pidiendo misericordia para un pueblo inocente, y dijeron que los mozos huían á Tarrasa.

Concha, sin hacer caso de los que suplicaban, mandó la caballería por los dos lados del pueblo para cortar al enemigo; mi compañía, con el general, atravesó la villa á escape. Unos dos mil mozos se hallaban al otro lado del barranco que hay á la derecha del camino de Tarrasa. Tuvieron media docena de muertos. A un coronel de Estado Mayor le hicieron fuego desde unas casas; me mandó le siguiese con algunos cazadores. Ordenó registrarlas y matar á los insurrectos. En una encontré á un joven, alto, rubio, muy agitado, que para disimular cortaba pan y se lo comía. Le previne me siguiera, se resistió, alegando no era *fadri* (mozo), lo agarré por la chaqueta, tenía más fuerzas que yo, y no pude moverle. Solos los dos, él armado con descomunal cuchillo, yo sin haber sacado el sable, no me degolló porque no quiso. Los soldados, desbandados, después de matar á varios sublevados me buscaron y hallaron.

El catalán tenía las manos manchadas de pólvora, cartuchos en los bolsillos y el fusil detrás de una puerta. Mi vida había estado á su disposición. Volví á encontrar al referido coronel; me ordenó le dejase al prisionero custodiado por cuatro cazadores. No había andado cien pasos, oí tiros, y vi con horror que acababan de fusilar al pobre joven. ¡Cuánto sentí no haberle dejado en libertad! Siempre he tratado de evitar el derramamiento de sangre. Las barbaridades no son hazañas.

Echamos de Tarrasa á los insurrectos, y los más se acogieron á indulto.

El 10 de Julio llegué á Manresa, aspeado, enconada la herida en el tobillo que me hice en Barcelona, andando con calor sofocante; las alpargatas, única vez que llevé en mi vida, me llagaron las plantas de los pies, y de puntillas tuve que flanquear todo el día. El pundonor militar me impedía montar en un bagaje; deseaba morir de un balazo. No existe tormento igual al que sufrí en aquella jornada.

El 11 de Julio entramos en Igualada al amanecer, previnieron que se aseara la tropa y que descansáramos hasta el día siguiente. No tenía yo más pantalones que los puestos, me metí en cama y mandé que mientras yo dormía los lavasen. Los llevaba desde el 7 de Julio, y con el sudor y el polvo estaban muy sucios. Aún no los habían sacado del agua, cuando tocaron llamada y redoblado. Mi apuro fué grande. Los pantalones eran de dril aplomado que usaban los oficiales para diario. Al mojarlos se volvieron negros. Me alojaba en casa de un panadero y grité al asistente los metiese en el horno.—Se queman y no se secan—me dijo trayéndolos chamuscados. En Igualada era imposible comprar otros. Si me quedaba en el pueblo, me habrían cogido los insurrectos. En camisa ó con los calzones chorreando no podía presentarme á la tropa, que hubiera creído me acababa de aliviar de una necesidad menor. La patrona, joven y guapa, se enteró de mi triste situación. Compadecida y riéndose, me trajo á la cama, donde yo continuaba dado á todos los demonios, unos pantalones de su marido. Como las piernas de éste eran largas y flacas, al contrario de las mías, no me sirvieron.—¿Y la compañía?—pregunté desesperado al asistente.—Ya ha pasado.—Corre, alcánzala, y di á los soldados que me socorran. Todos habían salido de Barcelona con tantos pantalones como yo, menos el barbero, que me prestó unos de lienzo que llevaba en un pañuelo. Dios se lo pague al rapista. Aunque cabían en ellos tres cuerpos como el mío, iba yo más contento que chico con

zapatos nuevos. Colgaron mis calzones de un mulo para que se secasen; se perdieron. ¡Malditos! Fueron causa de una de mis mayores desventuras.

Recorrimos las provincias de Barcelona y Gerona, desarraamos paisanos y prendimos alcaldes que no verificaban los sorteos. En algunos serví de secretario de ayuntamiento. En Barcarizas todos los concejales presenciaron el acto completamente borrachos. En un pueblo publicó el *nunci* (pregonero) el siguiente bando: «*De orden del senyor batlle (alcalde) y del senyor Colonel del batalló que esta aqui, se fa saber que 'ls fadrins (mozos) que s'en han anat (ido) que tornin (vuelvan).*» Yo lo repetía diciendo: «*Los fadrins que s'han senat*» (hecho eunucos), con gran risa de los catalanes.

En Olot me alojé en casa de un ordinario que pertenecía al partido moderado; su mujer, progresista acérrima, leía periódicos y las novelas *Cornelia Bororquia*, *La Mancha de sangre* y *El Opressor de su familia*. Decía que su marido la quería la quinta parte que á sus cinco mulos y que él era el sexto animal de la recua. La ordinaria, conmigo estuvo muy fina.

Vi en la plaza de Bañolas bailar el tirabou al son de la gaita y tamboril. Era pintoresco el efecto que producían los hombres con sus barretinas (gorros) encarnadas y las mujeres con pañuelos blancos en la cabeza. En La Bisbal (yo la titulaba Capua), nuestro centro de operaciones, lo pasábamos muy bien. Las muchachas eran guapas y amables. A mi patrón, vera efigie de Don Quijote, honrado, de pocas letras, le estaré siempre agradecido, porque me instó mucho continuase en su casa al concluir el mes de alojamiento, cosa rara en Cataluña. Su mujer, muy consumidita, no pensaba sino en la vuelta de los frailes y en disputar con su hijo, médico, que hacía gala de ateo y maldiciente. La hija mayor, si hubiera quintas de mujeres, habría sido granadera y aun gastadora: morena, de buenas carnes, me encajaba en catalán interminables relaciones de sus muchas conquistas; por querer demasiado no había encontrado marido. En la más chica dominaba

la cabeza al corazón.—¿Cómo se declara el amor en catalán? —la pregunté.—*Lo mateix que en castella*—respondió. En el alojamiento, la criada y mi asistente se querían á lo bestia: coceándose.

Al pasar por Lopera, pueblecito de pocas casas, pregunté á un paisano alto, gordo, en mangas de camisa, pantalón de pana y gorro encarnado, que nos contemplaba cruzado de brazos:—¿Por qué tienen Vds. tan menguada lápida de la Constitución?—¿Es mala?—Sí.—Nadie lo ha dicho más que V.—Consiste en que ninguno hasta ahora ha pasado por aquí. Era el secretario del ayuntamiento; yo apunté en la cartera: «16 Septiembre de 1845. Lopera tiene una torre gótica lindísima, y en la pared de una casa escrito con carbón el rótulo siguiente: PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.» Era preciso atravesar una *riera* ó *barranco* que llevaba mucha agua, y mientras se construía un puente provisional, me impacienté de esperar, tomé corrida, salté, caí en medio del arroyo y llegué á la orilla opuesta como si me hubiera bañado en chocolate.—Me alegro —gritó el comandante.—Pero he pasado —añadí satisfecho y corrido, porque mi desventura promovió grandes carcajadas. Jamás me he reído al ver caer alguno. Es prueba de la mala intención que domina á la mayoría del género humano. Al salir del río, después de pescar el sable en el fondo y el morrión que flotaba, pensé:—Si me vieran las muchachas de La Bisbal, ¡Qué facha!—exclamarían. Peor la tendremos ellas y yo ahora, si alguna vive después de cincuenta y pico de años.

El mismo comandante de la columna del Ampurdán, instruido y bondadoso, se empeñaba que los oficiales hiciésemos en la Academia, prácticamente, la instrucción del recluta. Como yo era delgadísimo de cintura y ancho de caderas, no podía unir los brazos al cuerpo como prevenía la táctica.—¿No ve V. cómo yo lo verifico?—Consiste en que yo no uso barriga—le contestaba, excitando la risa en él y en mis compañeros.

Pregunté á un oficial muy perezoso:—¿Por qué se va V. á dormir tan pronto?—¡Hombre! para adquirir mayor antigüedad en el empleo que tengo—me contestó.

A fines de 1845 relevó á D. Manuel de la Concha D. Manuel Bretón. Estando yo en Gerona encargado de la defensa de un trabucaire, llegó el referido general con una columna. La arengó en la plaza, diciendo, que había gentes mal avenidas con la justicia oponiéndose á contribuir con soldados para el ejercito, y que las quintas se harían en Cataluña. Formaron causa á varios sublevados en Llagostera. El oficial que defendía al jefe de la partida, seguro de que lo fusilarían, pretextó hallarse enfermo, mandó el alegato al Consejo, me lo hicieron leer, el público me creía el autor, la letra era malísima, y sufrí uno de los peores ratos de mi vida.

D. Manuel Bretón, riojano, duro, íntegro, y tan valiente, que en tiempo de Fernando VII, cuando mandaba en Cataluña el conde de España, se atrevió á escribir al general Martínez de San Martín advirtiéndole que hiciera de ello el uso que le acomodase: «Amo al rey mi señor, y no puedo consentir que un extranjero advenedizo lo desacredite y esponga. Acabo de llegar de Barcelona, donde he servido bastantes años la tenencia de rey de su Ciudadela. D. Carlos Espignac ó Espagne y no España, pues hasta en su apellido hay falsedad, de nación francés y de índole cafre, según la barbarie de su carácter, etc.»

A Bretón se le puede aplicar lo siguiente. Preguntaron á un general cómo se compuso para sofocar pronto una insurrección y contestó. Con un ten con ten; fusilando.

Bretón, en 1836, abofeteó en el Prado de Madrid á D. Fermín Caballero, que escribía en *El Eco del Comercio*, por deslenguado periodista. Lo mismo hizo Prim en 1844, con D. Modesto Lafuente, porque le llamó Pringue. Existe un folleto publicado en 1811 que se titula: *Apología de los palos dados al Excmo. Sr. D. Lorenzo Calvo por el teniente coronel D. Joaquín Osma.*

E. M.—Febrero 1896.

Concha dispuso que en el cuartel de la Merced de Barcelona se estableciese un casino militar con clases de gimnasia, esgrima y baile. Bretón lo dedicó á capitania general, más útil, según decía, que para convertir á los oficiales en saltimbanquis. En el patio del convento había un zócalo de azulejos; representaba las conquistas de D. Jaime I de Aragón, incluso el episodio de coger el coloso monarca por las barbas al rey moro de Mallorca y aplastarlo contra la muralla. Lo mismo debieron hacer con los milicianos nacionales que destruyeron con las puntas de las bayonetas los ojos á los miles de figuras que contenían tan curiosos azulejos.

Estando yo de guardia en la capitania general, mientras comíamos, nos refirió el general Bretón que aquella mañana le habían dado parte de la detención de un carro lleno de fusiles que los revolucionarios entraban en Barcelona. ¿Han cogido al carretero?—preguntó.—Se ha escapado—le contestaron.—¿Es caballo el que tiraba del vehículo?—Sí, señor.—Que lo suelten, se irá á su casa, y sabremos á quien pertenece—añadió muy satisfecho.—No puede ser. ¿Por qué?—dijo furioso el general.—Porque el animal es ciego.—Con los revolucionarios—añadió el general—sucederá lo que decían los insurgentes de la América del Sur. Nos ganan una batalla los españoles, bueno, otra, bien; pero si vencemos una sola vez... Así sucedió en Ayacucho.

El oficial de guardia de la capitania general y yo oímos gritar en la escalera del palacio y vimos bajar por ella á unos jóvenes y á un viejo cojo, que el general, llamándolos pillos y tunantes, mandaba á los mozos de la escuadra los llevasen á la Ciudadela. Yo conocía al cojo, que era aragonés; creí sería conspirador, me dió lástima y llegué á la mencionada fortaleza antes que los presos. Mientras los registraban y apuntaban sus nombres, advertí á mi paisano, que suponía víctima de sus ideas políticas, que yo estaba de guarnición en la ciudadela y dispusiese de mí.—¡Ah!—exclamó el de la pata de palo—sálveme V.—Hable antes que lo metan en la torre. Cuando me

preparaba á escuchar la más grande y oculta conjuración— prosiguió el cojo señalando á sus compañeros.—Esos son estudiantes, hijos de familia, que otros y yo... á V., como paisano, lo diré en secreto. ¿Me hará el favor de que su asistente avise á mi mujer me hallo aquí para que esconda ó destruya lo que sería causa de que me mandaran á presidio?—Sí, hombre, sí, en seguida.—Pues bien; con franqueza aragonesa soy... jugador de oficio ó ladrón. A estos chicos les robamos el dinero. Si la policía registra mi habitación, encontrará barajas marcadas que usamos para pelar á los tontos. En pago del servicio le aconsejo, paisano, no juegue V. nunca. Cuando encerraban al diablo cojuelo y á sus compañeros, pensaba yo: ¡Vaya un amigo que me había echado!

Se sublevaron algunos batallones en Galicia y nos acantonaron en Calella 14 compañías de cazadores, 2 de ingenieros, un escuadrón y una batería de montaña. Como no me gustaba jugar, pasar la vida en el café, ni presenciar escenas de magnetismo, me dediqué á enamorar á una muchacha bonita y chiquita que se asomaba sin cesar al balcón, á la ventana y á la puerta de su casa.—Parecía un pájaro que trata de escaparse de la jaula. Hice el oso.

En Calella, el capitán que magnetizaba á los que se dejaban, decía que yo era el más á propósito; me negué á complacerle; ni antes ni después creo en tales farsas, en mesas giratorias ni en el espiritismo. A un aragonés, para convencerle de la verdad de esta mentira, le dijeron hiciese alguna pregunta.—Bueno; deseo saber si á mi difunto padre le gusta la conducta que observo.—Al oír que mucho, exclamó: — ¡*Enredadores!* (embusteros), me he jugado cuanto él me dejó.—Pregunté á un matrimonio por su niño, y me contestó la madre riéndose:—Murió.—Conoció el espanto que me causaba su alegría, y añadió:—Nos comunicamos con el hijo cuando queremos. Pierda cuidado, no le haremos espiritista si se opone.—Salí corriendo y jamás volví á ver tales locos.

La columna solía acantonarse en Gracia. El que la mandó

era buen mozo y rematadamente fatuo. Nos reunió á capitanes y subalternos de infantería, y dijo había observado con dolor que en los partes de guardia poníamos: «El oficial que firma, da parte al señor comandante», y que por respeto al superior debía escribirse: «Al señor comandante da parte el oficial que firma». Quedamos enterados; como lo estábamos ya de la necesidad que iba á prevenirnos, lo tomamos á broma, alquilamos tartanas y atravesamos la villa de Gracia para llegar descansados á su alojamiento. Recordé los partes que dieron dos cabos, diciendo uno, que pasaron por la puerta de la plaza varios difuntos con sus correspondientes cadáveres, y otro, que se había encontrado un muerto que por el *habla* parecía inglés.

Lo del español que estando bueno quiso estar mejor: desde Esparraguera fui nueve mañanas á tomar los baños sulfurosos de la Puda antes de que construyesen un buen edificio. El camino era malísimo. Ocupábamos el ómnibus un abogado colosal que deseaba enflaquecer, una viuda delgadísima que quería engordar, una menestrala horrorosa que la venía de molde «Para anverso, reverso y pezuña á Cataluña», una criada que llevaba un niño cubierto de herpes, y dos hermosas payesas (labradoras), á las cuales no quitábamos el ojo otros tantos oficiales. A cada vaivén del carruaje chillaba la viuda, refunfuñaba el curial, aullaba la obesa, permanecían serias sin mirarnos las labradoras, y nos sonreíamos los militares. Cuando estábamos más descuidados, volcó el vehículo, y de milagro no rodamos por un precipicio hasta el río Llobregat. Los ayes de las mujeres subían al cielo, los reniegos y maldiciones del mayoral bajaban al infierno. Se rompió la crisma el jurisperito, se desmayó la flaca, y quedó sentada sobre mi barriga la hembra fea de tomo y lomo, causándome una impresión muy desagradable. Si alguno pregunta en Esparraguera: ¿Judas, era de aquí? se expone á recibir una paliza.

Los regimientos eran como tribus nómadas. Gracias á las agitaciones políticas, no paraban en ninguna parte. Estuvimos

de guarnición en la Ciudadela de Barcelona. A los oficiales casados, por decencia y bien parecer, repartieron un pabellón á cada uno. A los solteros nos metieron cada cuatro en un cuchitril. Protestamos.—Es una picardía—decía un teniente alto, flaco, feo, que como á los gatos se le erizaba el pelo.—Injusticia notoria que no debíamos tolerar—añadía otro que no podía encontrar mujer por su genio inaguantable.—¡Miren Vds. qué modo de estimularnos á continuar en el estado honesto!—exclamaba un capitán Matusalén que debió encontrarse en la batalla de Guadalete.—¿Hay faldas que deseen colgarse de una escarpia con mis pantalones?—preguntaba un alférez barbilampiño.—El frío que soplaba en la plaza de la Ciudadela aplacó los ánimos; hasta el de un oficial mal encarado que sudaba aunque helase. Los casados callaban, miraban á los solteros y dirían para sí:—Nos envidiáis y nos falta una cuerda ensebada para ahorcarnos.

En Tarragona mandé la escolta de una procesión. Yo era muy delgado, tenía menos cintura que cabeza, observé que cuanto más me doblaba para mirar mi abdomen, menos conseguía verlo, y pregunté á un amigo:—¿Llamará la atención á las muchachas mi falta de barriga?—Puede ser—contestó.—Durante la procesión oculté el vientre con la empuñadura del sable, que llevaba cogido con las dos manos. Una modistilla, al volver yo á casa, dijo á otra:—*Aqueix ofisialet porta cutilla* (lleva corsé). Comencé á desabrocharme la casaca, y las chicas se entraron corriendo en la tienda. Hice el amor á la más loquilla y graciosa. La pérfida admitía también los obsequios ¡qué vergüenza para mí! de un ca... tintas. La regaló su retrato, exigí me lo enseñara, y al ver lo que yo hacía con la miniatura del empleadillo, me dijo la muchacha muy compungida:—A ti te quiero más; pero no escupas al pobre Pepe.

El músico mayor de mi regimiento era tan informal como chismosa su mujer. Observé que ésta, si alguno veía comer á su marido, aumentaba una tortilla. Siempre que lo recordaba, á la hora de costumbre, me presentaba corriendo en su casa

para que el músico y la música á la fuerza tragaran tortilla. Por entonces oí que el gobernador militar de Madrid encontró en la calle á un individuo de la guarnición, muy sucio, y le preguntó:—¿Cómo se atreve V. á salir así del cuartel, teniendo en el ejército tan bonita posición?—El interpelado era cabo segundo.

Los carlistas, siempre tontos, se preparaban para pelear por el hijo de D. Carlos, que valía menos que su padre. Con el general Quintanilla, defensor de Chiloe, salió mi compañía el 2 de Setiembre de Tarragona. Era un buen señor, que se olvidaba de los que le seguíamos á pie echando los bofes, por las montañas de Prades. Anduvimos veinticuatro horas seguidas. Al pasar por un pueblecillo, como Quintanilla tenía la boca torcida y hablaba con dificultad, le preguntó un cura: ¿Es de perlesia?—De un ca... dajo; de un ba... lazo—replicó incomodado el veterano general.

Me contaron que en 1840, otro general, en la provincia de Tarragona, verificó poco más ó menos lo mismo. Marchaba una compañía de cazadores detrás de él jadeando días y días. Observó un oficial que el general se rascaba la espalda introduciendo el bastón por el cuello de la camisa, se lo pidió al ayudante que lo llevaba alguna vez, y sin que éste se aperci biera le hizo varios cortes en la contera en sentido inverso á la punta. A media jornada, el general se lo metió con facilidad, no pudo sacarlo sin arrancarse la piel, se apeó y descansó la tropa.

El 17 de Setiembre de 1846 llegué á Borja con licencia. Abracé á mi madre que lloraba de alegría encantada de mirarme. Era un niño cuando me separé de ella. Unos me encontraban delgado y cambiado; otros como siempre. Las vecinas me paraban exclamando:—¡Qué malo era de chico! No me habían olvidado!

El 10 de Octubre fui á Zaragoza. Se celebraron las fiestas de la Virgen del Pilar y el casamiento de Isabel II.

Predicó un fraile exclaustro en Borja que había quien

sólo hincaba una rodilla en tierra cuando alzaban en misa. Lo referí, añadí que yo lo verificaba así en el regimiento y que no pensaba enmendarme. Lo supo un canónigo intolerante, atrabiliario, subió al púlpito al día siguiente, pidió á Dios tocase en el corazón de joven tan irreligioso, dió tales señales, que todos comprendieron á quién se refería. Sólo faltó me indicase con el dedo.

Me encontraba tan á gusto libre de la sujeción militar, que oí tocar el tambor al pregonero del pueblo, único instrumento bélico que en él había, y me estremecí, recordando seguía amarrado á la cadena de la disciplina.

Mi madre quería que me calentasen la cama; todas las mañanas me decía al llevarme el chocolate:—No te levantes; aprovecha el tiempo que estás conmigo; ha nevado en Moncayo.—¡Pobres madres! No comprendemos el amor que nos tienen hasta que perdemos á nuestros hijos.

En el convento de Santa Clara de Borja había una monja muy original. De familia distinguida, contrariada en sus amores, abandonó el mundo, pero no la afición á la libertad. Durante la guerra de la Independencia se escapó una noche del claustro, arrojándose desde el tejado. Se dirigió al convento de capuchinos que ocupaban los franceses, el centinela vió un bulto, los soldados lo reconocieron, era una mujer, y en el cuerpo de guardia pasó la noche, hasta que la reclamó su familia. Desde entonces las religiosas la consideraron loca de remate, y jamás la eligieron para ningún cargo de la comunidad.

Una tarde me dijo mi madre:—Nieva, te aburres, sólo está el tiempo para sacar estiércol ó visitar monjas. ¿Por qué no vas á ver á Sor Navarro? Eres curioso, ella es progresista, te gusta lo raro y te divertirás, añadió sonriéndose.—En cuanto me presenté á la religiosa escapada, al verme de uniforme exclamó:—¡Cómo se parece V. en la figura á su padre! Lo recuerdo perfectamente cuando era teniente de voluntarios de Aragón, reinando el imbécil Carlos IV. Llevaba chaqueta en-

carnada y calzón corto; tenía buenas pantorrillas. Yo leo todos los días *El Eco del Comercio*; estoy al corriente de la cosa pública. ¿Qué es usted? me preguntó.—Teniente, respondí.—Ya lo sé. En política.—Nada.—¿Conoce usted al honrado Espartero?—De vista.—¿Y al feroz Cabrera?—De oídas.—Abandoné el locutorio. Una monja vieja liberal me daba risa.

Hablando de lo útil que es la limpieza en la milicia, por lo cual se pasa revista á los soldados siempre que forman, le oí contar en mi pueblo á un oficial retirado que un compañero suyo, en la guerra de la Independencia, se afeitaba en campaña, y en tiempo de paz, siempre que podía, antes de levantarse de la cama, con la mitad del agua que contenía el vaso que su asistente le llevaba después del chocolate. ¡Qué económico!

Un veterano repetía que en los alojamientos debe observarse lo siguiente:

Desde tiempo inmemorial,
según la experiencia abona,
el ataque á la patrona
corresponde al oficial.

El 1.º de Febrero de 1847 me reuní al regimiento.

Hicimos varias expediciones recorriendo la izquierda del Ebro.

En Tortosa, señalando á un viejo, me advirtieron: «Es el brigadier D. Pedro García Navarro, que entregó Peñíscola á los franceses.» El conde de Toreno dice: «Escandalosa entrega, pero más escandalosos y sin ejemplo los términos siguientes, con que se encabezó la capitulación: «El gobernador y la junta militar, convencidos de que los verdaderos españoles son los que, unidos al rey D. José Napoleón, procuran hacer menos desgraciada á su patria», etc.—En la Narración de D. Juan Van Halen, general español y belga, se lee: «Suchet hizo general y condecoró con la estrella de la Legión de Honor al brigadier García Navarro, porque le entregó traidoramente á Peñíscola.» Van Halen, alférez de ma-

rina, en 1809 se pasó á los franceses, y al fin de la guerra de la Independencia propuso á los españoles engañar á los primeros valiéndose de órdenes falsificadas para recuperar varias plazas. Sólo lo consiguió con Lérida. Debieron ahogar á salvavazos á los que vendieron su patria.

En Tortosa le preguntó á un capitán su futura suegra:—¿Tiene V. para cenar? Mi hija lleva para comer.—Señora, yo si como bien, no ceno—replicó el oficial, volviendo las espaldas.

D. Carlos de Borbón perdió la esperanza de casar á su hijo mayor con Isabel II, renunció en él los derechos á la corona, y el conde de Montemolín se tituló Carlos VI.

Sus acérrimos partidarios se propusieron conquistar lo que por incapacidad no alcanzó su rey en la anterior guerra civil. Atravesaron el Pirineo á fines de 1846 y principios del 47, se les unieron los afectos á su causa, más los muchos que hay siempre en Cataluña dispuestos á sublevarse contra el gobierno, sea el que quiera. A estas facciones, que no necesitaban bagajes, que dormían al raso, que comían frugalmente, compuestas de payeses ó labradores, fuertes, robustos y valientes, de la raza donde reclutaban los reyes de Aragón á los famosos almogávares, que protegía el país por simpatía ó miedo, que evadían la persecución dispersándose, que las mandaban hombres prácticos, fanáticos y veteranos, se hubiera conseguido exterminarlas empleando el rigor y ocupando el país militarmente.

De los indultos se ríen los insurrectos; no se someten sin ser vencidos.

El general Bretón supo el día y hora que Tristany, con 400 carlistas, se hallaría en Tarrasa; los sorprendió la tropa, era poca y la arrollaron.

Fué el primer choque serio de la guerra civil.—Los pueblos la vieron comenzar con indiferencia.—Los matinés ó madrugadores, como se llamaban los montemolinistas, sin duda porque fueron los primeros que se levantaron, se extendieron

por el principado.—Bretón publicó un bando muy riguroso, chillaron los periódicos, y lo relevó D. Manuel Pavía.

En Tarragona presidía el consejo de guerra permanente un brigadier muy viejo, que se dormía durante la lectura de los procesos. Lo despertaban para votar, y siempre decía:—Yo, á muerte. — Si los vocales manifestaban que absolvían, añadía:—Bueno; lo mismo me da.

En Cataluña brotan más espesos que la alfalfa, los cabe-cillas, jefes de banda ó partidarios; en las luchas civiles para aumentar los males de la patria, en las nacionales para salvarla.—Durante la guerra de la Independencia, uno de los más famosos fué D. José Manso, conde de Llobregat.—Siendo capitán general de Castilla la Vieja, le preguntó un necio:—Mi general: ¿conque V. era molinero?—*Mulinero no; moso de mulino*. Si fuera *mulinero*, *ancara* (todavía) lo sería—respondió.

Es el más honroso origen de la nobleza antigua y moderna. La defensa de la patria.

A un partidario liberal que miraba con un anteojo desde la galería de su alojamiento, le dijeron que el alcalde del pueblo deseaba hablarle.—Siempre me interrumpen cuando estudio matemáticas—exclamó furioso.

Ramonet, jefe carlista en la guerra de los siete años, mandó á un sastre le hiciera una casaca. *¿Cuans galons li puseré?* (¿Cuántos galones pondré?) — *¿Cuans en porta el que mes?* (¿Cuántos lleva el que más?)—Tres, respondió el artesano. *Posani quatre*.—Quería superar á todos y se convertía en mamarracho.

El guerrillero Pedro Cuadrado, sólo aprendió á firmar. Si ponía el apellido antes del nombre y se lo advertían, replicaba:—Lo mismo da Pedro Cuadrado que Cuadrado Pedro.

Al canónigo Mosen Benet Tristany, lo persiguieron constantemente desde 1840; nunca emigró á Francia. Le cogieron la capa y la mula; siempre se salvaba, hasta que lo vendió uno de su partida el 17 de Mayo de 1847. Lo fusilaron. En la

provincia de Tarragona unos quinientos matines, sorprendieron á la columna de Valls en Montagut; un teniente iba á vanguardia y se abrió paso á la bayoneta.

Premiaron al jefe que no mostró pericia ni valor. El capitán general, vitoreó á la reina, y al regimiento; al oír ¡Viva nuestro *comendante!* gritó: «Soldados, vuestro último comportamiento me ha ofendido altamente.» El jefe de la columna, doctor en gramática parda, propuso castigar al que dió el viva. El general uno de los más valientes de la primera guerra civil no lo consintió.

En la acción de Montagut á un lancero se le cayó el caballo, un carlista le dijo que se santiguase, le disparó y creyó haberle muerto. Otro faccioso le asestó un segundo tiro en la cabeza. Lo encontraron desangrándose y lo condujeron á Valls. A los tres días abrió los ojos y se halló al lado del carlista que lo fusiló, el cual, también herido, cayó prisionero; la guardia del hospital impidió que los otros heridos lo matasen con las tablas de las camas.

A consecuencia de la acción de Montagut fué destinada mi compañía á la columna de Valls. Al salir de Tortosa, me dijo el capitán irlandés que la mandaba. — Si los carlistas ocupan el Coll de Balaguer pienso...—¿Qué? le interrumpí, seguro de opinar lo contrario, nunca estábamos acordes. — Dispersar los cazadores y mandar se reúnan en Hospitalet. — ¿Sí? pues me vuelvo atrás; ni uno llegará al punto indicado...—Ni encontramos los matines ni lo verificó. En las guerras irregulares como en las de Cataluña y las de Cuba, los insurrectos se salvan dispersándose; la tropa se pierde. El 15 de Julio nos incorporamos á la columna de Valls.

En campaña aguantar la sed, el hambre, cansancio, calor, frío, subir y bajar montañas, recorrer valles, atravesar barrancos sin alcanzar jamás al enemigo y pocas veces verlo de lejos, desespera. Unos bandidos cometieron con su cabecilla Rovira la mayor de las villanías. Peor que asesinarle. Le presentaron atado en Valls. Al llevarlo á Tarragona entre in-

sultos y blasfemias dijo á los soldados que no tenían la culpa de la infamia verificada por sus paisanos.—¡Maldita sea la p... que parió al primer castellano!—Rovira, calla, te huele la cabeza á pólvora,—le replicó un mozo de escuadra. Los que vendieron á su jefe murieron ó fueron á presidio á poco tiempo. El 3 de Agosto perseguimos á Borges y á Pau Mañé hasta Alcover. El calor era horroroso; atravesamos el pueblo á escape, nos esperaron los carlistas en el calvario, rompimos el fuego y solo murió el único matiné que llevaba gabán. Aunque tocaban ataque, los soldados, rendidos de fatiga, se tendieron en el suelo. Yo me recosté en un olivo.—Cuando nos alcanzó la columna, los matinés habían desaparecido.—Casi todas las batallas que dabamos eran por el estilo.—El Griset exigía veinticinco onzas á los que compraron á Poblet.—El 11 llegamos al célebre monasterio.—Por sus imponentes y majestuosas ruinas podía formarse idea de lo que sería antes que los vándalos del siglo XIX profanaran las tumbas de los gloriosos reyes de Aragón.—Sólo pudo identificarse y trasladar á la catedral de Tarragona la momia de D. Jaime el Conquistador, por su tamaño colosal y por la señal del flechazo que recibió en Valencia.—La canalla en nombre de la libertad, destrozó ó quemó lo que no podía saciar su rapacidad.—En la provincia de Tarragona se reunieron 600 matinés; emprendimos su persecución el 1.º de Septiembre, no los vimos, sólo oímos tiros señal para avisar nos aproximábamos.—Observé que los carlistas en Cataluña cuando se reunían en número algo considerable colocaban parejas entre ellos y las columnas que los perseguían, haciendo disparos que anunciaban el movimiento y dirección de la tropa.—Era un sistema de telégrafos.—Existían desde el Pirineo al Ebro ruinas de torres colocadas en las alturas para avisar por medio de hogueras que se aproximaba el enemigo en las diferentes guerras que hubo en el principado.—En el sitio de Harlem por D. Fadrique de Toledo, hijo del gran duque de Alba, plaza de los Países Bajos que se rindió el 14 de Julio de 1578, los sitiados recibían noticias por medio de pa-

lomas.—Un soldado español mató una de un tiro de arcabuz, y al desplumarla encontró un papel escrito que presentó á D. Fadrique. No existe nada nuevo.—Dormimos en Villarrodoná sin más pérdida que la sufrida por los dueños de las viñas que atravesamos. La tropa no había comido en todo el día. El 3 llegamos á Torrellas de Fox después que salieron los carlistas. Sin descansar nos mandaron á sorprender á Vilella en Pontons.—Un desatino.—Los mozos de la escuadra, disfrazados de paisanos se adelantaron al pueblo y preguntaron al alcalde dónde se alojaba el mencionado cabecilla.—Los creyó verdadero matines y escapó por una ventana.—La puerta de la casa estaba entornada, temieron una celada, se negaron á entrar y lo hice yo con varios cazadores.—Me recibió la alcaldesa, fea, vieja, en camisa, con una tea encendida en la mano y llorando.—La imagen de la discordia que dividía á los españoles.—Dos días y una noche anduvimos sin dormir.

Destinaron mi compañía á crear el batallón de cazadores de Antequera número 15 el 1.º de Setiembre de 1847.—En campaña pasábamos trabajos; en los pueblos del campo de Tarragona, sobre todo en Valls, nos divertíamos.—Al vernos exclamaban:—*Son los nostros*.—Mi patrón en Pont de Armentera, fabricante de mantas que con una mano se cargaba las sacas de lana, me repetía:—V. es muy joven, duerma; si *sona la trumpetá* lo llamaré.—¡Ojala todos los españoles fueran tan trabajadores y económicos como los catalanes!—Las mujeres reparten el pan de modo que toque por igual la corteza y la miga.—Tiene gracia cómo dan de beber á los niños.—Estos levantan el dedo índice, la madre tapa un poco el agujero del botijo para que el chorro sea delgado, echa el agua en la boca del chico, y éste, cuando se le llena, avisa moviendo el dedito.

El 10 de Setiembre corrimos tras el Griset de Cabra de Salmella á Saburella.—Perdimos la pista, atravesamos un bosque y vimos á los matines sentados tranquilamente en la cima de un cerro burlándose de nosotros.—Para sorprender en Santa Creus el 13 de Setiembre al *Guerxo del esquerra*

(al tuerto del ojo izquierdo), iba yo á vanguardia, atravesé un bosque en noche obscura, hice alto, esperé media hora al resto de la fuerza, llegó, y me dijo el que la mandaba:—Como no se veía nada, los cornetas creyeron que un riachuelo cruzaba el camino; tomó corrida el primero, saltó y todos los soldados uno á uno lo imitaron en el mismo sitio. Para que no se extraviase ni rezagase ninguno me quedé el último. ¡Cual habrá sido mi rabia al reconocer el piso y no encontrar ni una gota de agua!—Las operaciones de noche dan pocas veces buen resultado. Se pierde el tiempo, exponiéndose á un descalabro. Cuando marcha la tropa, si el que va delante se mete en un mal paso lo siguen todos. El hombre haciendo siempre lo mismo se embrutece, y si van muchos, la disciplina los convierte en rebaño.

También iba yo á vanguardia el 26 de Setiembre.—Venían conmigo los tunantes que nos trajeron atado á su cabecilla. Les mandé cogieran sin hacer fuego á un centinela carlista para sorprender á los que se hallaban en el Mas de Romanils, y lo mataron de un tiro. Al disparo, D. José Borges con unos cien hombres salió de la masía y se retiró en orden.—No tuvo su rey mejor jefe en Cataluña.—¡Lastima que hubiera muerto fusilado el 18 de Diciembre de 1861 en Tagliacazzo por querer restaurar á Francisco II en el trono de Nápoles. ¡Qué le importaba! El que mandaba la columna tocó alto; y no avancé más.—Tenía instrucciones del jefe, se había quedado en Valls, de no empeñar acción. Era tan cínico, que repetía:—La facción es una cabra; si la matamos nos quedamos sin leche.—Mamó en grande. Era como el perro del hortelano. Después de tan singular batalla, me dijo el que la dirigió sin verla, redactase yo el parte.—Ponga V. al enemigo 20 muertos.—Han sido dos repliqué.—V. es muy joven; en esto yo sé más que V. y he de firmar el oficio.—El que nos mandaba no podía aprovecharse de la mentira y no la trasladó al general. Nos lucimos.

En Pla de Cabra, el comandante de la columna dijo á mi

capitán. — Tú crees no alcanzamos la facción por no perseguirla de noche. En Figuerola tienes á Vilella; cógelo.—El que así hablaba, ni á oscuras, ni con luz, hacía nada. El irlandés, persuadido que atraparía al cabecilla, que era un buen pez, desfiló con la compañía. Yo era el hombre de su confianza para los lances apurados, me envió á vanguardia con veinte cazadores, me encargó no corriese y lo esperase á la entrada del pueblo. A media noche llegué á las primeras casas, pregunté á un chico si había visto algún matiné, y contestó:—*Cap* (ninguno).—Llamé al alcalde, afirmó lo mismo, sentí el rumor de pasos de los soldados, y grité:—Capitán, hemos perdido el tiempo. — Al desembocar la compañía en la plaza por un lado, la noche estaba como boca de lobo, entraban los carlistas por el otro. Oyeron hablar en castellano, conocieron era tropa, tocaron llamada para los que se habían dispersado por las calles, y dispararon algunos tiros. Los cazadores, sorprendidos, se arremolinaron y contestaron al fuego sin saber á quién, ni ver á dónde. Los formé, mientras el capitán, desesperado, voceaba en anglo-español. Huyó el enemigo, con candiles reconocimos el campo de batalla, ningún beligerante sufrió detrimento, pregunté por el alcalde que nos acompañaba al llegar á la plaza, y respondió el secretario del ayuntamiento:—Vds. ó los otros le han atravesado la barriga de un balazo. — Fué la única víctima.

Se reforzaron las tropas de Cataluña, prometieron ventajas á los pueblos si ayudaban á exterminar á los carlistas, aumentó la persecución, dieron por terminada la guerra sin estarlo, fusilaron al Favot y mataron á El Grisot, el cabecilla más famoso de la provincia de Tarragona. Juan Forné, según él firmaba los oficios, pasando la pluma sobre el indicado nombre después que el secretario, que era manco, lo escribía con lápiz, se titulaba comandante general del ejército carlista. Mandaba unos treinta hombres, era de Cabra, veterano de la primera guerra civil, y le llamaban *El Grisot*, porque encaneció muy joven. De él cantaban:

«El Griseta de Cabra
y el Llarch de Copons,
menjan (*comen*) las vellanas
de Picamuxons.»

No se hizo célebre por el valor, sino por conocer el terreno á palmos. Su principal mérito consistía en huir. El Griseta avisó al jefe de la columna de Valls que el día de la fiesta mayor pensaba pasarlo en Cabra. Llegamos al mencionado pueblo á las ocho de la mañana, y el alcalde participó que El Griseta con su gente acababa de salir hacia Pont de Armentera. Recorrimos las montañas inmediatas, regresamos á Cabra, y supimos que el referido cabecilla se presentó en el mismo pueblo á poco rato que lo abandonamos. Volvimos á marchar, y regresamos á Cabra por tercera vez. Así pasamos el día jugando al escondite con el partidario catalán, que nos toreó á su gusto. Como prueba del carácter del país, pregunté á un chico de unos ocho años.—¿Eres matiné? — *Encara* (todavía) *so petit, cuan siga gran ho seré*—contestó.

El comandante de la columna tomó una venganza como suya; llevó á los soldados á la viña de El Griseta para que se hartasen de uvas. Al Griseta lo vendió uno de su cuadrilla. Sólo de esta manera, no muy honrosa, pudieron acabar con Juan Forné. De lo contrario, hubiera muerto de viejo. Si El Griseta, en lugar de ser fiel á su partido, reconociera al liberal, aunque no sabía leer, habría figurado como general en la *Guía de forasteros*.

Tuvimos de autoridad superior en la provincia de Tarragona á un general de salón. Tipo repugnante en la milicia. Le temíamos más que al enemigo. Lo ascendieron en 1844 por el fusilamiento de Zurbano; con éste formaba gran contraste. Cuentan que el guerrillero liberal arengaba á sus soldados de la manera siguiente: «Dicen que dice la ordenanza del ejército, que ni sé ni quiero saber...» Al otro general, al que tenía valor se le supone, en la hoja de servicios se le podía aplicar lo que dice Quevedo de un pobre diablo: «Haciase sol-

dato y habíalo sido; pero malo y en partes quietas.» Parece imposible que en España, en guerra casi continua durante un siglo, hayan llegado á tan elevados puestos de la milicia gentes por el estilo. Fuimos con el comandante general desde Tarragona á Montblanch y regresó á la corte sin más hazañas. Omito nombrarle, como á otros muchos. Refiero hechos para que se saquen consecuencias.

El 26 de Noviembre de 1847 en Riudecañas, mi patrón, de unos sesenta años, cabello blanco, barba sucia, pantalón rayado, gorra con visera y alpargatas, me hizo sentar á la candela; se puso á cenar, sirviéndole de mesa las rodillas, y me preguntó:—¿V. bebe sólo agua?—Sí.—¿Ve V. esta cuchara?—añadió;—hace treinta y seis años que como con ella; las tengo de plata y no las uso. Los franceses sitiaron á Tarragona en 1811; me escapé de la ciudad la víspera del día en que la tomaron por asalto. Antes de embarcarme en un bote compré á unos soldados seis mazos de yesca, cinco libras de atún, tres tenedores de hierro y esta cuchara. En Altafulla vendí la yesca y el atún por dos duros, pagué el pasaje y me sobró dinero. Me casé, y fui alcalde constitucional; para que no se equivocase la cuchara con las demás, la señalé con el cuchillo. El año 22 entraron los realistas aquí; me saquearon todo menos la cuchara. El 23 emigré, volví, me hicieron secretario del ayuntamiento; nos atacó la facción el 36 y abandoné el pueblo. Quemaron mi casa, perdí mi hermoso reloj de oro, pero no la cuchara, que la llevaba en el bolsillo. Me nombraron teniente de la milicia nacional, nos sorprendió en el camino de Alforja el Llarch de Copons y me salvé milagrosamente. Concluyó la guerra, regresé á Riudecañas, murió mi mujer, mis hijos se casaron, vivo solo, y cuando los matines con el cabecilla Cendrós entró en el pueblo estaba yo comiendo.—¿Con la cuchara?—le pregunté.—Sí, señor; aquí la tengo. Era de madera desgastada y sucia. El patrón se bebió, durante la cena, una botella de aguardiente y retozó con la criada. El ir alojado era para mí muy

fastidioso. A los patronos les hacía la misma gracia el admitirnos en su casa en el siglo XIX que en el siglo XVII, según dice el gran poeta Calderon, capitán en sus mocedades:

«Llegando una compañía
de soldados á un lugar,
empezó un villano á dar
mil voces, en que decia:
—Dos soldados para mí.
—¿Lo que excusar quieren todos,
dijo uno, con tales modos
pides?—Y el respondió:—Sí,
que aunque molestias me dan
cuando vienen, es muy justo
admitirlos, por el gusto
que me hacen cuando se van.»

UN SOLDADO VIEJO.

SOBRE DOS TREMENDAS ACUSACIONES

CONTRA ESPAÑA, DEL ANGLO-AMERICANO DRAPER

Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada, por D. Francisco Javier Simonet. ¿Shall Cuba be free? (Artículo de Clarence King, en la revista de Nueva York The Forum.)

El librito cuyo título va en el epígrafe contiene en pocas páginas bastantes datos y mucha doctrina; mas, no sólo por esto, sino por las ideas que sugiere y por los comentarios de que puede ser objeto, ha llamado mi atención y me ha movido á llamar también sobre él, si puedo, la atención del público.

El Sr. Simonet, autor del librito, es un arabista de reconocido mérito, de grande ilustración y catedrático en Granada de la lengua del Yemen. Ha publicado ya varios libros en que muestra su mucho saber. Uno de ellos ha sido premiado por la Real Academia Española, y otro ha sido premiado por la Real Academia de la Historia.

La obra de que nosotros vamos á hablar es menos fundamental y profunda: es una obra de divulgación. Y si bien trata de sucesos, pasados ya hace siglos, tiene, en nuestro sentir, un interés de actualidad.

En las naciones extranjeras abundan los escritores desapasionados y juiciosos, de quienes no podemos quejarnos; pero no escasean tampoco los escritores violentos, ciegos de furor, fanáticos con el fanatismo que hoy se estila, y tan acé-

rrimos enemigos de España, que no hay crimen, maldad é infamia que no atribuyan á nuestra nación, infiriendo de ahí que la postración y decadencia en que hoy estamos es un justo castigo de Dios, y, si no cree en Dios el que de esta suerte quiere requebrarnos, una ineludible consecuencia de las leyes fatales, impuestas no se sabe por quién, que dirigen y ordenan la marcha de la humanidad á través de los siglos.

Con algunos autores tenemos cierta disculpa, ya que para ellos no hay responsabilidad ni libre albedrío. Todo ó casi todo depende del medio ambiente. Y si nosotros somos crueles, codiciosos, traicioneros, y sobre todo temerosos de Dios, que, según Buckle, es la peor de las cualidades, todo ello consiste en que en España no hay lluvias regulares sino feroces tormentas y prolongadas sequías, y además tal multitud de terremotos que nos tienen siempre con el alma en un hilo y con el corazón en un puño y producen en nosotros la crueldad y la intolerancia religiosas.

En prueba de que no exagero y de que no pueden ser más atroces las injurias que nos dirigen algunos escritores, cuyas obras se traducen al castellano, teniendo acaso nuestro público el mal gusto de estimarlas y la candidez de creer lo que dicen, citaré al célebre catedrático de la Universidad de Nueva York, Juan Guillermo Draper, el cual, en su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, asegura que España, en justo castigo de sus espantosos crímenes, está hoy convertida en un horrible esqueleto entre las naciones vivas, y añade Draper: «si este justo castigo no hubiera caído sobre España, los hombres hubieran ciertamente dicho: «no hay retribución: no hay »Dios». Por donde se ve que es un bien y no un mal el que este pobre país esté muy perdido, porque mientras peor estemos, mayores y más luminosas serán las pruebas de la existencia de Dios y de su justicia. Largo es, muy largo, el capítulo de culpas que Draper nos echa áuestas; pero las dos culpas más enormes, son las de haber destruido por completo, ó casi por completo, dos civilizaciones: la oriental y la occidental.

BIBLIOTECA DEL
CONSEJO DE LA BIBLIOTECA DEL
CONSEJO DE LA BIBLIOTECA DEL

La primera de estas dos acusaciones no es tan ridícula como la segunda, de que hablaremos después, mas no por eso es menos falsa.

Indudablemente, los árabes, antes del Islam, poseían cierta extraña cultura, en algunos puntos patriarcal y propia de pueblos nómadas y pastores; en otros puntos, como por ejemplo en la poesía, hasta refinada. Cuando entusiasmados por las predicaciones de su profeta, se arrojaron á conquistar el mundo, no se puede decir que fuesen bárbaros. Tal vez por no serlo y por hallarse muchos países vejados, humillados y oprimidos por razas conquistadoras y por gobiernos despóticos, les fué fácil conquistarlos. Tal vez fueron recibidos como libertadores en algunos países, ó el pueblo al menos se sometió con docilidad á su yugo, no hallándole más pesado que el que antes sufría. Así se explica, por ejemplo, que cuatro ó cinco mil muslimes conquistasen el Egipto. Así se explica que no muchos más hiciesen la conquista de España. En poco tiempo se extendió el imperio musulmán desde la India y las fronteras de la China hasta el Mediodía de Francia, salvando los Pirineos. Los árabes, sin embargo, no eran muchos, y arrastraron en su expansión, valiéndose de ellas para triunfar, á hordas bárbaras ó semi-salvajes, como los habitantes del Norte de Africa, mauritanos, bereberes, ó como queramos llamarlos. En España se llamaron y se llaman moros. Sin duda por cada árabe de los que vinieron á la conquista de España, bien se puede suponer que hubo un centenar de moros. Y esto en el principio, mientras España estuvo sometida al califato de Oriente, y también, así durante la independencia de la España musulmana del mencionado califato, como desde la fundación del de Córdoba hasta su desmembración y ruina después de la muerte de Almanzor. La multitud de reyezuelos que surgieron de la ruina del califato, cuando no eran renegados españoles, eran moros y no árabes. Y, por último, en la época de las dos primeras grandes invasiones africanas, la de los almoravides y la de los almohades, que en España prevalecían

ron y duraron, el elemento arábigo entró por muy poco. Los invasores y dominadores de España fueron africanos bárbaros, que no pudieron traer ni trajeron ningún principio civilizador á nuestra Península. Aquí fué donde se domesticaron y civilizaron algo, sometiéndose sin sentirlo los vencedores á la superior inteligencia y saber de los vencidos y al influjo que de esto nace.

Los árabes mismos no poseían, al extenderse por el mundo y al apoderarse de España, una civilización superior y propia. Tuvieron, sí, el mérito de no destruir la civilización de los países que ocuparon: de aceptar y de recibir en cada región algo de lo que allí se sabía, ya conservándolo para que no se olvidase ó se perdiese, ya siendo como vehículo para llevarlo de una región en otra. Esta buena cualidad, que no fué sólo tolerancia, sino curiosidad simpática y afición respetuosa al saber de los vencidos, valió de tal suerte que, durante algunos siglos, acaso hasta después de las últimas cruzadas, pudo creerse que el mundo musulmán era más culto que el mundo católico, y los espíritus superficiales pudieron esperar ó temer que el islamismo en Asia, en el norte de Africa y en España, arrebatase al cristianismo europeo la bandera del progreso y la antorcha de la cultura. Casi todo este brillo, sin embargo, y esta aparente superioridad en algunos momentos históricos, se debieron en todas partes, y más que en ninguna en España, á la civilización de los vencidos, á veces respetada, por lo cual merecen los vencedores elogio, á veces viva y retoñando y reverdeciendo siempre, sin que pudieran los vencedores arrancarla de cuajo, á pesar de los esfuerzos que hicieron, y al fin sometiéndose á ella.

En suma, no es posible descubrir en toda la cultura hispano-muslímica cosa alguna de valer que haya surgido en Arabia ó en Africa, entre alarbes y moros, y que desde allí haya venido á España. A mi ver, cuanta alabanza se quiera dar á la cultura musulímica española, es alabanza que se da á los españoles mahometanos, y no á moros ni á árabes que viniesen

de fuera trayéndonos ciencias, artes ó industrias que aquí no existiesen ó que aquí no tuviesen origen.

Por lo demás, yo creo que en la prosperidad y en la grandeza de los estados ó reinos musulmanes que hubo en España, entran por mucho la ponderación y la jactancia de los historiadores. Entra también por algo la manía de no pocos críticos y pensadores modernos, de encarecer ó ensalzar demasiado cosas que, si bien son bellas ó buenas, no merecen tan ponderativos encarecimientos.

Apenas hay gran pueblo, de los que más han figurado en la historia, que no haya dejado más hermoso y brillante rastro de sí que los árabes en sus monumentos.

Se supone, y no he de negar que es suposición muy poética, que la cultura arábica no sé si en España sólo ó también en otros países, depende ó está ligada á una estrella que los griegos llamaron Canopo y los árabes Sohail. Esta estrella brilló, siglos ha, muy alto sobre el horizonte de España. En el día, á causa de la precesión de los equinoccios, apenas se levanta poco más de un grado sobre el horizonte de Cádiz. Cuando Sohail desaparezca de nuestro cielo, desaparecerán también y serán ruinas y escombros los monumentos del arte arábigo que en España quedan.

Esperemos que este vaticinio astronómico no se cumpla, para lo cual importa que haya restauradores artistas como el Sr. Contreras, y que nuestros ministros de Fomento no escatimen los recursos, no ya para conservar lo que aún existe, sino para restaurar lo que se halla lastimosamente medio destruido. Así, por ejemplo, yo no me contento con que la Alhambra se conserve, sino que, si de mí dependiese, haría restaurar las dos torres de las Infantas y de la Cautiva, cada una de las cuales es, ó, mejor dicho, ha sido, y puede volver á ser, una primorosa filigrana: un palacio ó casa real de la Alhambra en miniatura.

Acaso como arquitectos es como los árabes son, ó han sido, más originales. ¿Pero quién negará que su arquitectura tiene

escasa majestad y solidez, y que se distingue y es digna de elogio, más que por nada, por las menudencias y prolijidades del ornato?

El edificio más grandioso que de la época musulímica queda en España es la catedral de Córdoba; la antigua mezquita de Abderraman. Pero en aquel bosque de columnas que forman las diez y nueve naves ó calles, ¿hay muchas columnas que sean arábigas? ¿No ve, hasta el más profano, que todas, ó casi todas, son de templos cristianos ó gentílicos, de la época romana ó de la época visigótica, arruinados y despojados por los muslines para edificar y hermostear su templo? Este templo, á decir verdad, no me entusiasma tanto como á otros, en cuyo entusiasmo me parece advertir no poco de extravagancia. Hasta figurándome la mezquita íntegra, en todo su esplendor, sin templo cristiano en su centro y tal como estaba en la época de los Abderramanes, sin la pared que la limita ahora hacia el patio de los Naranjos, y dejándose ver desde él toda la longitud de las diez y nueve calles, alumbradas por lámparas de plata y oro, y hasta figurándome además en todo su esplendor y belleza los primorosos mosaicos, alicatados y dibujos de la capilla del Mihrab, yo hallo, y he de confesarlo aquí, aunque se pongan las manos en la cabeza los que me lean, que me parece más hermoso, más digno, más artístico el templo cristiano que se levanta ahora en medio de la mezquita y que tantas y tantas personas lamentan el que allí se haya levantado. Para mi gusto, no ya el templo en su totalidad, sino alguno de sus pormenores, como por ejemplo, la sillería del coro, vale más que el Mihrab con todos sus arabescos y que cuantos primores, labrados con prolijidad bárbara, contiene y contuvo la mezquita en su época más brillante.

No discuto aquí si hubiera sido ó no mejor edificar en cualquiera otra parte el templo cristiano y dejar la mezquita íntegra y tal como estaba. Falta de sentido arqueológico y de buena crítica de bellas artes puede afirmarse que hubo en esto; pero, ¿en el siglo XVI, hubiera habido en cualquiera otra

nación de Europa un amor más fino á la arqueología, y un juicio más claro sobre el valer artístico é histórico de un monumento, que hubieran impedido, sobreponiéndose al sentimiento religioso, la construcción de un templo cristiano en el centro de la mezquita? Si por una parte, algo de la mezquita se destruía, ¿cómo negar por otra que hay no poco de poético y de sublime en la idea realizada de levantar en medio del más espléndido santuario del islamismo y del arte oriental otro magnífico santuario, según el gusto europeo, más adecuado al culto y glorificación del Dios trino y uno?

No negaré yo la gracia y el encanto de algunas construcciones arábicas.

Si los árabes produjeron algo original, fué en arquitectura, aunque tal vez tomasen mucho del arte bizantino y de la arquitectura de la India y de la Persia y de otras regiones que invadieron ó conquistaron.

Aun así es de notar y de deplorar la vida efímera é inconsistente de los monumentos arábicos. La estrella Sohail no se había ocultado aún bajo el horizonte de España, y ya no había en Córdoba ni huellas de los palacios de los califas; Medina-Azahara se había desvanecido; los alcázares y jardines de Almotamid en Sevilla, de Almotacín en Almería, y de otros reyezuelos elegantes y sibaríticos, se diría que se los había tragado la tierra. De ellos no queda una columna en pie; ni huella, ni rastro. Todavía en Grecia, en Sicilia y en Italia, están erguidos y casi completos monumentos del arte helénico, anteriores de seis ó siete siglos á la Era cristiana; en Egipto, en la India y en la Persia y en otras tierras del centro de Asia, subsisten pasmosas obras que dan testimonio del poder arquitectónico de pueblos que fueron grandes hace miles de años, mientras que de los árabes, sobre todo en España y de la mejor época, apenas queda nada. El mismo alcázar de Sevilla, más que moro, es mudejar, y honra más el buen gusto del caprichoso y popular tirano D. Pedro de Castilla, que la elegancia del rey poeta Almotamid, ó la magnificencia de su

tremendo padre, que adornaba sus jardines y las puertas de su alcázar con las cortadas cabezas de sus enemigos.

Los encomiadores de los tiempos musulmicos en España ponderan más aún, y no menos superficialmente, el gran florecimiento y prosperidad á que la agricultura había llegado entonces. Para las irrigaciones, sobre todo, no tienen más que alabanzas. Hay quien imagina que España en tiempo de los moros era toda ella una florida, amena y fructífera huerta, que los cristianos luego hemos marchitado y destruido. Nada más falso que este aserto. Bastante digno de encomio hicieron los moros (ó, mejor dicho, los españoles musulmanes, pues no hay razón para que fuesen moros ó para que nosotros así los llamemos), á fin de cultivar, regar bien y hacer productiva la tierra, especialmente en Valencia, Alicante, Murcia y Granada; pero cuando se estudia bien este asunto, se ve que los cristianos hicieron más y mejor para el mismo fin después de la conquista, así en grandiosas y útiles obras hidráulicas, como en leyes y reglamentos para organizar sabiamente el regadío. D. Jaime I en Aragón y D. Alfonso el Sabio en Castilla, aunque no tuvieran más que este mérito, gozarían de inmortal popularidad y serían gloriosos y benditos. Pero hay más aún: los más colosales trabajos realizados para el riego, trabajos que pasan por su solidez y magnificencia, son de las épocas en que se supone á España sumergida en las tinieblas horrosas de un brutal fanatismo; son del reinado de Felipe II, bajo cuya protección y por cuya excitación se construyeron los admirables diques y pantanos de Alicante, de Elche y de Almansa, ó son del tiempo de Carlos III, bajo cuya protección y por cuya excitación se hicieron los de Lorca.

En artes y letras es mayor desatino sostener que los moros importaran nada en nuestro país, ni influyesen, salvo un poco en la arquitectura, en el desenvolvimiento intelectual de los españoles. De escultura y pintura no hay que hablar, pues, aunque, á veces, faltando á los preceptos de su religión, esculpiesen y pintasen algo, lo por ellos pintado y esculpido fué

grosero y rudo. Así lo atestiguan las esculturas y las pinturas que en la Alhambra se conservan. Poesía dramática no tuvieron nunca. Algo de poesía épica ó narrativa puede decirse que tuvieron, si bien no tuvieron nada que, ni remotamente, pudiera compararse, no digamos ya al antiquísimo poema del Cid, pero ni á las leyendas de santos de Gonzalo de Berceo. De aquí se infiere que nuestra gran literatura nacional trilingüe, castellana, catalana y portuguesa, nació ó retoñó en estos idiomas vernáculos, de su antigua raíz y tronco cristianos y latinos: raíz y tronco firmemente plantados en nuestro suelo. Y si algo de fuera, si algo extraño vino á ayudar ó á fomentar el reverdecimiento de esta literatura, vino de Francia y de Italia, y no de la morería. Por el contrario, yo creo que debe y puede sostenerse que la pompa oriental, las galas y primores, á veces excesivos, y cierta redundancia que en nuestra poesía y en nuestra elocuencia se notan frecuentemente, y aun se censuran, son ya sobras ó defectos que de muy antiguo tuvieron los españoles, y por los cuales fueron motejados en Roma Lucano, Séneca y otros prosistas, oradores y poetas de nuestra patria.

En las poesías escritas en lengua arábica por españoles y en España, aunque durante la dominación musulímica, no hallo difícil percibir, á través de la forma clásica tomada de la antigua poesía del Yemen y de la imitación de los verdaderos poetas árabes más famosos y celebrados, algo, y no poco, en el sentir y en el pensar, nacido en corazones y espíritus españoles, y que casi de seguro no hubiera nacido jamás en el alma de un moro de Africa ó de un beduino de Arabia. Este orientalismo es tan español y tan poco oriental, que á raíz de la última reconquista se manifiesta esplendorosamente en prosa y en verso en nuestra literatura española y nace del concepto fantástico, transfigurado y hermoso, que la mente de los vencedores crea y forma de las costumbres, usos, pasiones y cultura del pueblo á quien ha vencido. De aquí la novela caballescá, la ficción graciosa de Ginés Pérez de Hita. Y de aquí

la multitud de preciosos romances moriscos y el tinte imaginariamente oriental que engalana tantas de nuestras obras poéticas, desde los mismos romances moriscos que incluye en sus *Guerras Civiles* el mencionado Ginés Pérez de Hita, hasta los admirables romances de Góngora y de D. Nicolás Moratín, hasta el arabismo cordobés del duque de Rivas en *El moro expósito*, y hasta los esplendores y ensueños orientales del valenciano Arolas y del instintivo y popularmente iluminado poeta Zorrilla en su leyenda de *Alhama* y en otras composiciones y fragmentos. Casi todo esto contiene un arabismo ú orientalismo hechicero y de color de rosa, tan creado por nosotros, que bien se puede asegurar que no hay árabe ni moro que, aunque se le tradujera en su lengua, entendiese palabra de ello. Ni cómo habían de entender las quintas esencias y los refinamientos amorosos y místicos que gastan los poetas y algunos de sus héroes, y los discreteos, delicadezas y finuras de de sus galanes y de sus damas?

No voy á dilucidar aquí si algunas poesías compuestas en España, aunque en lengua arábica y por muslimes españoles, pudieron ejercer influjo en la poesía castellana; si los cristianos conocían dichas poesías arábicas; si varios romances, como el de *la pérdida de Valencia*, fueron traducidos ó imitados del árabe; si el arcipreste de Hita, ya en el fondo, ya en la forma, imitó cantares moriscos; y si la elegía de Abul-Beka de Ronda, en su primera parte, fué uno de los modelos que tuvo presente Jorge Manrique cuando compuso sus admirables coplas. Lo que sostengo es, que, en todo caso, fué cortísimo el influjo é insignificante la imitación. Schack, por más esfuerzos que hace, tiene que convenir en que los cristianos españoles conocieron poco la poesía arábigo-hispana y la imitaron menos, y tiene que convenir también en que esa poesía arábigo-hispana, más ó menos conocida é imitada, apenas tenía ya de arábica sino la lengua en que estaba escrita.

Pasando ahora de las letras á la ciencia, empezaré por decir que no me incumbe estimar aquí y tasar en su valor la de

los árabes; pero sí procuraré, aunque sea compendiosa y someramente, hacer tres importantes afirmaciones. Es la primera la de que España, cuando la conquista musulímica, tenía su ciencia propia, de la que dan testimonio clarísimo no pocos escritores y sabios, descollando entre todos San Isidoro de Sevilla, y que esta ciencia, á pesar de las persecuciones y tiranías de los conquistadores, continuó luciendo entre los muzárabes ó pueblo cristiano vencido, y dió altas muestras de sí en el abad Sansón, en San Eulogio y en Alvaro de Córdoba. Es la segunda que los árabes y los moros no eran sabios cuando vinieron á España, ni trajeron sabios consigo, de suerte que los sabios y la sabiduría que hubo más tarde entre ellos, no deben tenerse por arábigas sino por españolas. Tan español es Averroes como Séneca, como Luis Vives ó como Domingo de Soto. Y es la tercera que, lejos de destruir los cristianos españoles la ciencia mucha ó poca de los españoles musulimes, la protegieron, la fomentaron, se áprovecharon de ella y la difundieron por toda Europa. En este punto, más que en ningún otro, la acusación de Draper no puede menos de atribuirse á mala fe, á ligereza ó á supina ignorancia.

Otro pueblo, además de los árabes y de los moros, hubo en España durante toda la Edad Media, el cual, por su larga permanencia entre nosotros (tal vez, en parte, desde antes de la venida de los romanos), no podía ser mirado en España como forastero, sino como indígena. Era este pueblo el israelita, que valió, importó é influyó más que los musulimes en la civilización del mundo, floreciendo y mostrando tal actividad en España por su saber, que bien podemos jactarnos de ello como de una gloria. Maimónides, Ibn Gebirol, los Ben Ezrra, Jehuda, Leví de Toledo y otros muchos filósofos, doctores y poetas nos pertenecen, como, por ejemplo, Mendelshon ó Enrique Heine pertenecen á Alemania.

Llamemos ahora, para acomodarnos á la manera vulgar de expresarse, ciencia arábigo-judaica á toda esta ciencia que floreció en España entre los españoles que siguieron la ley de

Moisés ó la ley de Mahoma. ¿Qué fundamento hay para asegurar, como asegura Draper, que los cristianos españoles la destruyeron?

Los rabinos ilustres, los filósofos y los doctores musulmanes, arrojados de Andalucía por el fanatismo de los almohades, tuvieron franca acogida y lograron protección generosa en las cortes de los reyes de Aragón y Castilla. Así, las célebres escuelas de Lucena y de Córdoba vinieron á trasladarse á Barcelona y á Toledo. Ansiosos de difundir por el mundo esta ciencia arábigo-judaica, ya en la primera mitad del siglo XII, el arzobispo toledano D. Raimundo y sus amigos y clientes hicieron traducir, tradujeron y dieron á conocer á Francia y á otras naciones cristianas las obras y doctrinas de Al-kendi, Alfarabi, Avicena, Avicibrón y otros autores. Sin duda, Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla fueron los iniciadores y divulgadores primeros de la filosofía y del saber semíticos en la Europa de la Edad Media.

Ernesto Renán nos reconoce este mérito y nos concede por ello su nada sospechosa alabanza, diciendo: «La introducción de los textos árabes en los estudios occidentales divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas, y el honor de esta tentativa, que había de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde á Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla.»

Claro está que muy fácilmente y con erudición de segunda mano, tomada de varios autores españoles, entre los cuales sobresalen Menéndez y Pelayo y Amador de los Rios, pudiera yo extenderme aquí y convertir en libro este artículo para demostrar hasta la evidencia que todo el saber arábigo-judaico de España fué propio de los españoles, y que éstos, no sólo le crearon, sino que le divulgaron por toda Europa.

El librito del Sr. Simonet, que da lugar á las consideraciones que hemos expuesto, las confirma con gran copia de erudición y con multitud de datos y de hechos, algunos de los cua-

les citaré en este escrito, tomándolos al azar ó prefiriéndolos por más curiosos. Muladíes ó españoles de puro origen, bien probado, ya por documentos históricos, ya por sus propios nombres de mal disimulada etimología latina ó peninsular, fueron: «Abdelmelic-ben-Hagib el Asolamí, Alí Ibn-Hazm, el célebre Ibn Thofail, el insigne botánico malagueño Ibn-Albaithar, el distinguido gramático Abdalah-Ben-Vivax, el poeta y naturalista Abú Otzman Ibn Loyon, los literatos y poetas Ibn Corral é Ibn Xalvator ó Salvador, y hasta el egregio filósofo Ibn Badja ó Pace (desfigurado el ablativo latino) á quien conocieron los filósofos escolásticos de la Edad Media con el nombre de Avenpace. «En conclusión (para terminar en este punto mi artículo, como termina el Sr. Simonet el libro de que trato), de los testimonios que hemos alegado se infiere que, ni al elemento arábigo, ni al berberisco, sino al indígena, se debe, en su mayor parte, el esplendor literario y artístico del califato cordobés y del antiguo reino nazarita. Y por si acaso nuestras razones no parecieren bastante fuertes, ó inspiradas tal vez por el sentimiento patrio, concluiremos apoyándolas en la autoridad de un crítico extranjero muy competente, del alemán Guillermo Lubke, que en su celebrado *Ensayo sobre la historia del arte* se expresa así: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros países *islamizados*, se debe sin duda á las relaciones íntimas de moros y cristianos, en las cuales, éstos comunicaron á aquéllos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, arte y poesía.»

Saltemos ahora de la llamada civilización oriental á la occidental, que, según Draper, también hemos destruido. Esta civilización, que Draper afirma que era superior á la civilización española del siglo xv, es la americana precolombina.

Imposible parece que se diga de buena fe tamaño disparate. ¡Qué diantre de civilización había en América antes de su descubrimiento! Por casi todas partes era completo el salvajismo. Menos en el Perú, no creo que en región alguna hu-

biese animales domésticos. Había en varias tribus conocimientos elementales de agricultura, pero en las demás se vivía de la pesca y de la caza, ó los hombres se comían unos á otros. Los sacrificios humanos exigían millares de víctimas. El perpetuo estado de guerra y los vicios nefandos destruían la población é impedían su aumento. En Méjico, que era el imperio más civilizado, no habían descubierto aún que con un líquido combustible y con una torcida se podían alumbrar de noche, y la pasaban á oscuras por falta de candiles. Los jeroglíficos en embrión de aztecas, yucatecos y otros pueblos del centro de América (aun dando por supuesto que los más significativos y mejor pintados no son posteriores á la venida de la gente española y no son obra de indios industriados y medio civilizados ya por nosotros), á más de ser casi ininteligibles, dejan entrever una cultura hartó inferior á la de los antiguos imperios del centro de Asia más de mil años antes de Cristo. Si algo hubo de más valor en la antigua civilización americana, había decaído y se había corrompido ó degradado antes de llegar los españoles. Poco ó nada tuvimos que destruir nosotros que no fuera perverso y abominable. En cambio llevamos á América nuestra propia cultura europea y cristiana, y llevamos el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y de Asia, y otras mil cosas excelentes que por allí no había.

Se nos acusa de haber procedido con crueldad y codicia y de haber sometido á duros trabajos y atormentado con atroces castigos á la población india, hasta el extremo de mermarla y aun de hacerla desaparecer en algunas regiones. No seré yo quien defienda á todos los aventureros españoles de entonces, admirables y gloriosos por su inteligencia y por sus bríos, pero que distan mucho de valer para modelos de santidad, y que tal vez, como vulgarmente se dice, eran lo peor de cada casa. Si hubieran sido aventureros ingleses, franceses ó alemanes los que á fines del siglo xv hubieran ido á América, ¿se hubieran conducido con más humanidad que los españoles? ¿Fue-

ron más mansos y amorosos con los indios los alemanes á quienes el emperador Carlos V concedió que se estableciesen y se extendiesen por las que hoy son repúblicas de Venezuela y Colombia? ¿Se condujo más afable y dulcemente, no ya con los indios, sino con los mismos españoles establecidos en América, el enjambre de piratas, corsarios y filibusteros que en diferentes épocas fueron allí contra nosotros?

Los hombres de guerra y de aventuras en todos tiempos, y más aún en el siglo XVI, no han pecado por lo cariñosos y suaves; y en dicha época había dos corrientes de sentimientos y de ideas que endurecían más sus entrañas: el fanatismo religioso de la Edad Media persistente aún, y el renacimiento pagano, que, al traernos las elegancias y los primores, las artes y las letras de la clásica antigüedad, nos trajo también no poco de su corrupción, de sus vicios, de sus pasiones sensuales y de su sed de deleites y bienes de fortuna. Muchos de estos defectos no podían menos de tenerlos los aventureros audaces que envió España á América; pero la misma España no los tenía. ¿Pueden ser más filantrópicas que lo que son las leyes de Indias? ¿Se mostraron nunca nuestros legisladores crueles ni faltos de caridad para con los pueblos salvajes ó semi-salvajes á quienes civilizamos y cristianizamos? ¿Ha habido nunca pueblo de más *católico* corazón que el pueblo español? Y digo *católico* en el más lato sentido de la palabra, envolviendo en ella el significado que tienen hoy las palabras *cosmopolitismo* y *humanitarismo*. Fr. Bartolomé de las Casas no fué el único defensor de los indios; fué acaso el más vehemente y atrabiliario; pero antes y después de él hubo multitud de santos misioneros y de almas piadosas que defendieron y protegieron á los indios, y desde luego los consideraron iguales á ellos, y á veces superiores, cuando por su nacimiento, por la autoridad de que gozaban ó por el respeto que les tenían los de su casta, eran superiores en su tierra. No sería tan grande la tiranía y la opresión de España cuando, no sólo igualó al pueblo indio con el pueblo español, sino que dió car-

tas y títulos de nobleza á los indios que se distinguían ó eran ya nobles entre los suyos. Todavía, por ejemplo, es grande de España y duque, y goza de una pensión cuantiosa entre nosotros, el sucesor de Moctezuma.

Y últimamente, con motivo del centenario del descubrimiento de América, la ilustre duquesa de Alba, ha sacado del archivo de su casa y ha publicado un tomo voluminoso, donde se contienen multitud de títulos de nobleza, escudos de armas y honrosos privilegios concedidos por los monarcas españoles á muchos señores indios á raíz de la conquista.

En cuanto al pueblo, yo creo, y tengo por seguro, que se puede demostrar que en muchas de las tierras descubiertas y ocupadas por los españoles en América, los indios, en vez de perder, ganaron en ser conquistados. Aun durante la misma conquista, por mucha importancia que se dé á la superioridad de nuestra caballería, de las armas de fuego y de la pericia militar, no se comprende cómo unos pocos españoles pudieron vencer y sujetar con crueldades á grandes muchedumbres y á poderosos imperios. Esto se comprende mejor, entendido como debe entenderse: asegurando que los españoles triunfaron porque fueron allí como libertadores, y ganaron en muchas partes la voluntad y el auxilio de los indios mal contentos, los cuales lograron sacudir así la tiranía más espantosa. Es probable que en Otumba hubiese del lado de Hernán Cortés tantos indios como en el ejército contrario. Y no sin razón nos auxiliaron, porque salieron ganando en todo. «Antes, como dice Gómara, pechaban el tercio de lo que cogían y si no pagaban eran reducidos á la esclavitud ó sacrificados á los ídolos; servían como bestias de carga y no había año en que no muriesen sacrificados á millares por sus fanáticos sacerdotes. Después de la conquista, añade Gómara, «son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos que viven holgando. Venden bien y mucho las obras y las manos. Nadie los fuerza á llevar cargas ni á trabajar. Viven bajo la jurisdicción de sus antiguos señores, y si éstos faltan,

los indios se eligen señor nuevo y el rey de España confirma la elección. Así que, nadie piense que les quitasen los señoríos, las haciendas y la libertad, sino que Dios les hizo merced en ser españoles, que los cristianizaron, y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan; y de carne para que coman ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y lo que tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron. Porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechan mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados.»

Yo entiendo que la cándida y sencilla apología que acabo de citar, basta para prueba de cuán benéfico fué para los indios el triunfo de España sobre ellos. Dicha sencilla y cándida apología vale más que las declamaciones pomposas. Los hechos posteriores la confirman plenamente. Desde el Norte de Méjico hasta el extremo Sur de Chile y de la República Argentina, sería fácil demostrar que en el día de hoy hay más indios que hubo nunca y son más felices, mejores y más civilizados que jamás lo fueron; que bajo el dominio de España los indios que se distinguían ó lo merecían podían ser cuanto se podía ser entonces en España; generales, arzobispos, duques, marqueses, y presidentes de tribunales; y que ahora pueden ser, y son á veces, presidentes de las Repúblicas. En los Estados Unidos tal vez habrán sido más humanos con los indios. Pero yo no he visto indios muy en auge en los Estados Unidos, ni que alguno de ellos figure entre los personajes importantes, que por su riqueza, por su posición ó por su saber, influyan ni remotamente en el gobierno de la nación. Tal vez los indios de los Estados Unidos estén acorralados como en España solemos tener toros bravos en una dehesa ó jabalíes en un coto, mientras que los indios de las tierras que España

y Portugal ocuparon, ya presiden las Repúblicas como jefes supremos, ya brillan como oradores en las asambleas legislativas, ya mandan ejércitos, ya recorren como diplomáticos las cortes de Europa, ya ganan fama y aplausos escribiendo en la lengua del pueblo que los conquistó elegantes é inspiradas poesías é interesantes libros en prosa, cuyo valer y mérito somos los primeros en reconocer nosotros los españoles, no escatimándoles la alabanza sino complaciéndonos en darla, acaso y á veces más allá de lo justo.

Las tremendas acusaciones de Draper contra España están puestas en su libro con mero intento teórico, á fin de que en su ramplona filosofía de la historia figuremos nosotros como un pueblo precito, y á fin de que, en el drama cuya acción es el desenvolvimiento de la inteligencia humana y el paso de la edad de la fe á la edad de la razón, haga España el papel más odioso. Pero en el día se renuevan y se exacerban estas acusaciones, no ya para filosofar, mas ó menos burdamente, sino para sacar muy duras consecuencias prácticas contra nosotros. En los Estados Unidos escriben hoy muchos para denigrarnos como Draper escribía, siendo lo más gracioso que todo lo que dicen contra nosotros es con el fin de ensalzar á los cubanos y de afirmar que deben ser independientes y libres. Acaso el más feroz de estos escritores anti-españoles sea un cierto Sr. Clarence King, que ha publicado en la revista *The Forum* un artículo titulado *¿Ha de ser Cuba libre?* Un amigo mío anglo-americano me envió hace un mes dicho artículo, excitándome á que le contestase y hasta brindándome con que insertaría mi contestación en una revista de su tierra.

Las acusaciones del Sr. Clarence King, son menos razonables aún que las de Draper; pero como llevan el propósito de excitar en los Estados Unidos el odio y el desprecio contra España y de favorecer á los rebeldes de Cuba, auxiliándolos y declarándolos beligerantes, creo que algo conviene decir contestando al Sr. Clarence King, aunque la defensa que haga yo de España sea ligera, desenfadada y de broma, ya que el ar-

título del Sr. Clarence King no merece refutación más seria y detenida. Lo que diga yo sobre él será como remate y complemento de la impugnación que la salida de tono y los anatemas de Draper contra España me han inspirado.

Empezando ahora por contestar á la acusación que nos dirige el Sr. Clarence King de haber exterminado la población india de Cuba, que llega á suponer se elevaba á un millón de almas, diré que parece imposible que con seriedad se insinúe, ya que no se afirme, semejante disparate. Si á nosotros, fundándose en él, se nos dice: ¿Qué habéis hecho de ese millón de almas? ¿Caín, que has hecho de tu hermano? Con la misma razón podemos suponer nosotros que, en la inmensa extensión de territorio ocupado hoy por la gran república, había lo menos cuarenta millones de indios, y preguntar luego con voz fatídica: ¡Caínes! ¿qué habéis hecho de ellos?

De todos modos, á mí no me parecería razonable dirigirme á los ingleses pidiéndoles cuenta de esos indios que han desaparecido. Se la pediría en todo caso á los que se han apoderado de sus bienes después de matarlos y viven hoy en el territorio que ellos tranquilamente poseían. Porque es absurdo é irracional, suponiendo que gente de casta española mató á un millón de indios para apoderarse de Cuba, simpatizar con los herederos y con los que se aprovechan aún de la matanza y del robo, y condenar por ese robo y por esa matanza á los españoles de por acá, que desde el descubrimiento y la conquista de América hasta hoy no han hecho más que predicar y legislar en favor de los indios.

Es cosa de risa citar á Hatuei, que dijo que preferiría ir al infierno á ir al cielo con los españoles, para aplaudir á los descendientes de esos españoles porque se rebelan contra otros españoles que no sacaron el menor provecho de la muerte de Hatuei ni le hicieron el menor agravio. Todo lo que dice el señor Clarence King acerca de esto, vendría muy á propósito si hubiese aún en Cuba descendientes de Hatuei y de sus indios que apellidasen libertad y que pugnasen por arrojar de Cuba

á los españoles intrusos, lo mismo á Weyler, que á Maceo ó que á Máximo Gómez.

Otra no menos chistosa acusación del Sr. Clarence King contra nosotros se funda en la esclavitud de los negros; sosteniendo que, acostumbrados nosotros á mandar esclavos, no sabemos mandar hombres libres. No parece, al leer esto, sino que en los Estados Unidos no hubo esclavitud nunca. Dice también el articulista que España se vió *forzada* á dar libertad á sus negros. ¿Y quién le hizo tal fuerza? España dió la libertad de grado y con gusto. Y los propietarios de los negros no se opusieron con las armas á esta libertad, si bien en Cuba era el darla más difícil, más perjudicial económicamente y más peligroso que en los Estados Unidos, aunque no fuese más que porque en Cuba la población negra era tan numerosa como la blanca. No fué, pues, en España, fué en los Estados Unidos, ó al menos en mucha parte de ellos, donde se vieron *forzados* á dar dicha libertad; donde tuvieron que tragársela á regañadientes, y donde al que la dió, al libertador glorioso, no faltó quien en premio le matase de un tiro.

Por lo demás, la compasión hacia los negros esclavos acaso se pudiese probar que ha sido más tardía que en nuestra raza en la raza anglo-sajona, que bastante tiempo ha sido *negrera*, y donde aun, en el presente siglo, se inventan teorías tan filantrópicas y consoladoras, como la de Malthus y la del *Struggle for life*.

No en el día en que los españoles estamos harto abatidos, sino en los momentos ó en los siglos en que preponderábamos en el mundo, se le ocurrió á ningún español, que tuviera séquito y que valiera algo, el considerarse de una raza superior á las demás razas humanas, y el despreciarlas y humillarlas. Ni cuando el Gran Capitán se enseñoreó de Italia arrojando á los franceses; ni después de Lepanto, de San Quintín y de Pavía; ni cuando en Trento prevalecieron nuestros teólogos y reformando la iglesia oponían fuerte valladar al protestantismo y trataban de conservar la virtud que informaba y que unía la

civilización europea; ni cuando desde principios del siglo XV, con tenacidad admirable y con fe constante agrandábamos experimentalmente el concepto de las cosas creadas, circun-navegando el planeta, cruzando mares incógnitos y tenebrosos y descubriendo nuevos mundos y nuevos cielos, jamás hemos menospreciado á las otras naciones ni las hemos tratado con insolente orgullo, ni las hemos insultado como en el día se nos insulta.

A la verdad, ni ahora ni nunca habrá un solo español que rebaje la gloria de Lincoln; todos ensalzaremos esa gloria, pero alguna, aunque sea menor, nos toca colectivamente, porque dimos de buena voluntad y no por fuerza libertad á los esclavos negros de Cuba; y alguna gloria también, anterior y á mi ver más clara y con algo de divino, nos toca por haber sido de nuestra raza santos varones como Alonso de Sandoval y Pedro Claver, que hicieron por los negros, en un siglo en que aún se ignoraba hasta el nombre de filantropía, movidos de caridad cristiana, obras maravillosas por amor de Dios y de los negros de Africa.

Supone el Sr. Clarence King que en el carácter español (ya se entiende que en el de los españoles peninsulares, pues en el de los cubanos, sobre todo si son rebeldes, ha de haber habido una transformación dichosa), supone, digo, que en nuestro carácter persiste, en combinación diabólica, la crueldad pagana de Roma, reforzada y sublimada con feroz intensidad por la Inquisición. De aquí resulta que el más blando y humano de nosotros es un Calígula-Torquemada. Y que á fin de evitar que sigamos haciendo atrocidades contra los pobrecitos é inofensivos insurrectos, los Estados Unidos tienen el deber moral de reconocer la beligerancia de dichos señores que no talan, ni incendian, ni saquean, ni cometen atrocidad alguna.

Lo de la Inquisición es una cantaleta que nos están dando los extranjeros desde hace mucho tiempo, y que nos tiene ya tan aburridos, que casi justifica que algunos españoles se pon-

gan fuera de sí y en apariencia se vuelvan locos, aunque sean sujetos de mucha madurez y juicio. Así es que, sin duda por chiste y para lucir la agudeza de su ingenio, alguien defiende la Inquisición todavía, como por ejemplo, lo hace con mucha gracia el catedrático D. Juan Manuel Orti y Lara, el cual llega á exclamar: « ¡ Oh dichosas cadenas del Santo Oficio, que tan fuertemente sujetaban al monstruo de la herejía, que no le dejaban libertad alguna para impedir á los ingenios españoles el vuelo que tomaron desde las alturas de la fe por las regiones del saber y de la poesía! »

Claro está que el monstruo de la herejía, que hoy anda suelto en España sin que la Inquisición le encadene, no impide al Sr. Orti y Lara que vuele por donde se le antoje y hasta que haga la apología de la Inquisición. Pero yo no quiero ni puedo hacerla, y convendré con el Sr. Clarence King en que la Inquisición era una infernal maquinaria muy á propósito para atormentar y matar á la gente. En lo que no convengo con el Sr. Clarence King, sacando una consecuencia opuesta á la suya y muy favorable á los españoles, es en que nosotros, poseedores de la maquinaria susodicha, hayamos atormentado y asesinado jurídicamente á más personas que las atormentadas y asesinadas jurídicamente en no pocas naciones extranjeras, donde tal vez y sin tal vez no hubo Inquisición nunca. Jamás la Inquisición de España se regaló ajusticiando víctimas tan [ilustres como Servet, Vanini y Bruno. Jamás la Inquisición de España condenó, sino que aplaudió, defendió y ensalzó á Copérnico, á Galileo y á otros sabios, á quienes en tierra donde no había Inquisición condenaban. Y en lo tocante á la muchedumbre de gente menuda, quemada, ahorcada ó muerta por otros medios á manos del fanatismo religioso, nada tienen que envidiarnos los pueblos más cultos que en el día hay en Europa. Sólo de brujos y brujas, si hemos de creer á Michelet, en Tréveris quemaron siete mil; pocos menos en Tolosade Francia; en Ginebra quinientos en tres meses; en Wurtzburgo, ochocientos de una sola hornada, y mil quinientos en

Bamberg. Convengamos en que jamás hubo en España tan espléndidas y colosales chamusquinas. Y es lo más chistoso, si yo no recuerdo mal (porque no doy ahora para comprobarlo con una Historia de los Estados Unidos que contenga el período colonial), que en esos Estados se quemaron y se ajusticiaron también brujos y brujas con profusión pasmosa. Por donde yo me inclino á sospechar que en toda la América, dominada por España durante los siglos XVI y XVII, no hizo la Inquisición tantas víctimas, contando judíos, mahometanos y herejes relapsos y hechiceros de todo linaje, como las víctimas que por sólo el delito de brujería fueron sacrificadas en los Estados Unidos cuando aún eran colonias.

Otra de las razones que tiene el Sr. Clarence King para desear que Cuba no sea española, es que Cuba es un paraíso muy fecundo y que en otras manos más trabajadoras y hábiles produciría mucho más. Este argumento, no obstante, no vale nada en favor de los cubanos. Es probable, es casi seguro que si los dejásemos en libertad, Cuba no prosperaría más de lo que hoy prospera. Si prevaleciesen los negros, Cuba sería como Haití, y si prevaleciesen los blancos y mulatos, Cuba sería como es Santo Domingo. Los cubanos, que de buena fe y de corazón estén con los rebeldes, si quieren entrever y columbrar el porvenir que siga á su triunfo, bien pueden mirarse en el citado espejo. Harto lo comprenderá el Sr. Clarence King, coincidiendo con mi parecer; pero por cierta púdica delicadeza no deja ver el fondo de su pensamiento. El fondo de su pensamiento es que Cuba llegue á ser una estrella más en la bandera de su patria. Adiós entonces idioma, casta, sangre y linajes españoles en la Isla. En ella, al cabo de veinte ó treinta años ó de menos, no se hablaría más que inglés. Todo hombre de origen español desaparecería de la Isla más pronto que desaparecieron los indios cuando se apoderaron de la Isla los españoles.

¿Pero qué mal, qué daño, qué terribles ofensas hemos hecho los españoles de la Península á los españoles de Cuba,

para que á ser unos con nosotros prefieran algo á modo de suicidio colectivo?

Nada prueba menos que el exceso de prueba. Figurémonos que el Sr. Clarence King tiene razón; que los españoles no sabemos gobernarnos; que nuestra administración es absurda y corrompida. Con esto no probará sino una cosa: que si los cubanos toman muy á pecho su desgobierno, no deben separarse de España, sino separarse de ellos mismos y ser otros de los que son, y convertirse, por ejemplo, en *yankees*. ¿En una nación tan democrática como es y ha sido siempre la nuestra, qué diferencia puede haber ni hubo nunca entre un español de Cuba ó un español, v. gr., de Málaga, de Loja ó de Logroño? ¿Los que alternan, en España, en el poder, con turno más ó menos pacífico, los Narvaez, los Cánovas y los Sagastas, ¿no pudieron ser cubanos? ¿Qué inferioridad hemos supuesto nunca, ni por ley ni por costumbre, que exista entre un español de por acá y un español de por allá? La igualdad más perfecta entre todos los españoles de la Península y de Ultramar ha sido proclamada siempre en leyes, pragmáticas, ordenanzas y decretos. Felipe II la proclamó solemnemente con palabras citadas por el mismo Sr. Clarence King. Si esta unidad legal existió bajo un poder absoluto, lo mismo era para los peninsulares que para los cubanos, y estos últimos no podían pretender entonces ser más libres que nosotros. Pero no bien hubo en España una Constitución liberal, en 1812, la Asamblea que formó esta Constitución declaró, adoptando la elevada idea de Felipe II, que la nación española es el conjunto de todos los españoles de ambos hemisferios. Las libertades de que desde entonces debieron gozar los peninsulares las debieron gozar también los cubanos. No fué culpa nuestra que Fernando VII, el Deseado, diese al traste con todas esas libertades, no bien volvió á España en 1814. Renacieron dichas libertades en 1820, en virtud, por desgracia, de un motín militar, que puede considerarse como el pronunciamiento inicial en la larga serie de pronunciamientos que después ha

habido. Y menos culpa nuestra es aún que, en 1823, así los peninsulares como los cubanos, perdiésemos de nuevo las mencionadas libertades, por obra de los cien mil hijos de San Luis, sostenidos moralmente por la Santa Alianza, ó sea por Rusia, Prusia y Austria, con el beneplácito sin duda de la libre Inglaterra.

De cuantas crueldades y tiranías y de cuantas muestras de grosero, torcido y falso celo religioso hizo y dió entonces un partido fanático por el afán de extinguir en España la civilización moderna y de retroceder á una edad de ignorancia y barbarie, que jamás existió y fué completamente soñada, más culpa que dicho partido fanático y servil tuvieron la Santa Alianza, los franceses que ejecutaron sus órdenes y casi toda Europa, abrumando con su peso al pueblo español y desatando las manos de Fernando VII para que, en premio de haber peleado por su trono, cargase á este pueblo de cadenas. Pero aun así, justo es confesar que los cubanos fueron los que menos padecieron, si es que algo padecieron, de este último absolutismo de los diez años.

Una prueba más de que no son los españoles peninsulares tan culpables de este absolutismo de los diez años, sino de que nos le impusieron las más poderosas naciones de Europa, es que, desde que en 1834 hubo en España un gobierno liberal, los gobiernos de esas naciones se negaron á reconocerle, le volvieron la espalda y favorecieron al pretendiente, rey de los fanáticos y serviles. El nuevo orden de cosas no fué reconocido en España, por Prusia y Austria hasta después de la revolución de 1848, y por Rusia hasta 1857.

Y como yo no quiero condenar á nadie en más de lo justo, y menos á naciones tan ilustres como Rusia, Prusia y Austria, ni quiero tampoco injuriar al partido absolutista español, diré que alguna explicación y hasta disculpa tuvieron el odio y el terror de ellos á las modernas libertades, ya que tanto glorificaban, como el Sr. Clarence King, la primera Revolución francesa. Por pasmosos que hubiesen sido sus triunfos guerre-

ros, no bastaban á atenuar las atrocidades de Dantón, Marat y Robespierre, y los espantos del *Terror* y de la guillotina; y fué lo peor que todo ello tuviese por resultado un gran genio militar sin duda, pero á la vez un déspota, que humilló y ensangrentó la Europa entera, sin que el más hábil y sutil profesor de filosofía de la historia pueda descubrir, fuera de la ambición personal, del prurito de elevar á la familia y á los amigos, y del afán del predominio de un pueblo sobre los otros, propósitos y fines altos y providenciales, parecidos á los que más ó menos conscientemente tuvieron Alejandro y César.

Será pensamiento mío, que tal vez escandalice á muchas personas, pero que ahora se me ocurre y no puedo menos de expresarle: la primera Revolución francesa, en vez de acelerar el advenimiento de la libertad verdadera y los progresos del linaje humano, vino á atajarlos, poniéndoles como obstáculo que tienen que saltar en su curso, el miedo y la repugnancia que los desórdenes y crímenes de la Revolución inspiraron.

Comoquiera que ello sea, pues sería muy largo discutirlo aquí, vuelvo á la cuestión de Cuba. Hoy que tenemos libertad, los cubanos la tienen también como nosotros. Sus senadores y sus diputados toman asiento en nuestras Cortes. Allí defienden sus intereses, allí piden reformas, allí concurren á legislar con los demás representantes del pueblo, y aun son más considerados y atendidos. Nunca, pues, la rebelión ha sido menos justificada que en el día por motivos políticos.

¿Lo será acaso por motivos económicos? Menos aún. Los cubanos no pagan tanta contribución como nosotros. Apenas pagan contribución territorial. Pagan en las aduanas. Y si algún empleado de los que van de la Península, se enriquece por allá, bien puede afirmarse que no es á costa sino con beneficio de ellos, favoreciendo el contrabando.

En lo tocante á la solicitud con que el gobierno de la metrópoli procura el fomento de la producción agrícola, de la industria y del comercio de Cuba, se llega á un extremo casi

increíble. En prueba de ello, baste citar el Tratado que los señores Foster y Albacete negociaron en Madrid, siendo Presidente de la República el Sr. Arthur, y que el Sr. Cleveland, no bien entró en la Casa Blanca, retiró sin consentir que se ratificase. Si el Tratado hubiese sido ratificado, los azúcares de Cuba hubieran ido á la gran República libres ó casi libres de derechos, y de la misma manera hubieran sido recibidas en Cuba las harinas, las carnes y muchos productos de la industria anglo-americana. Inútil es ponderar la prosperidad y el auge que esto hubiera traído á la perla de las Antillas. Para lograr este fin, hubiéramos sacrificado nosotros con buen ánimo la agricultura de Castilla, cuyas harinas no hubieran podido resistir la competencia, el comercio de Santander, bastante de la industria catalana y no cortos intereses de nuestra marina mercante.

Alguna queja tengan acaso los cubanos de que, á fin de proteger la industria azucarera peninsular, se grave con demasiado derecho de introducción la azúcar de Cuba; pero el fundamento de esta queja es aparente cuando se considera el corto consumo que España puede hacer y hace de azúcar, en comparación de lo que totalmente produce la Isla, que por otra parte cuenta con más ricos, favorables y cercanos mercados.

Dice el Sr. Clarence King, que por codicia, por la riqueza que de la Isla sacamos, y por lo que esperamos sacar, nos resistimos á que sea independiente y libre. A mi ver, nada hay más falso; y creo que de los diez y ocho millones que hay de españoles, sólo no pensarán como yo mil ó dos mil á lo más. Todos sabemos que en los cuatrocientos años que hace ya que poseemos á Cuba, sólo durante quince ó veinte ha habido sobranes en las Cajas de Ultramar. En los otros trescientos ochenta y tantos años, Cuba no nos ha valido sino gastos, sacrificios y desazones. ¿Pues entonces—dirá el Sr. Clarence King—por qué España no abandona á Cuba? La pregunta equivale á la que pudiera hacerse á una buena madre, cuya hija

mimada no le trajese más que gastos, si se la aconsejara que la dejase en plena libertad para que ella se ingeniase y buscase quien con más lujo la mantuviera. Conservar á Cuba no es para nosotros cosa de provecho, sino punto de honra de que España no puede prescindir.

La nación que ha descubierto, colonizado, cristianizado, y civilizado á América, tiene más derecho que ninguna á ser y á llamarse americana, aun dentro de las doctrinas de Monroe, y tiene el deber sagrado é ineludible de sostener este derecho con razones y con armas, hasta donde sus fuerzas alcancen y mientras su sangre, su dinero y su crédito no se agoten.

No se comprenden los argumentos que se puedan alegar en los Estados Unidos para proclamar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar acaso á otras potencias á que también la declaren. No hubiera habido menos motivo para pedir ó declarar hace años la beligerancia del Tempranillo, del Chato de Benamejí ó de los Botijas. No se conducen mejor Máximo Gómez y su cuadrilla ni atinan con más habilidad á escabullirse de sus perseguidores. Las diferencias que hay son favorables á aquellos antiguos bandidos de la Península, porque no eran incendiarios, y porque, cuando se acogían á indulto, cumplían como caballeros y no volvían á las andadas, engañando y burlando á los que los habían indultado.

En la pasada guerra civil cubana, el conde de Valmaseda, ofendido de estas villanías con que era burlada y pagada la generosidad española, dió un bando, no he de negar que harto violento; pero esto no basta para justificar la nota dirigida por el Sr. Fish, secretario de Estado, al ministro de España en la gran república.

Esta nota es una dura reprimenda hecha en nombre de la civilización cristiana y de la humanidad, por alguien que debió de creerse, sin el menor interés, representante y Encargado de Negocios de dicha civilización y aun del linaje humano, y con autoridad para dirigirse á nosotros como á un subordi-

nado suyo. Fueran las que fueran las faltas cometidas por el conde de Valmaseda, el Sr. Fish cometió al dirigir la nota un atentado contra la soberanía, la autonomía y el decoro de España, cuyo ministro, si su gobierno no hubiera sido tan débil y le hubiera prestado apoyo, lo menos que hubiera debido hacer es devolver la nota sin contestación, dándola por no recibida, como alguna otra nota, menos insolente y soberbia, se devolvió en Madrid á un ministro anglo-americano.

Ahora, por fortuna, si de algo han pecado el noble general Martínez Campos y los demás jefes y autoridades de España en Cuba, ha sido de lenidad, de espíritu de conciliación y de generosa confianza. Repito, pues, que no se comprenden los argumentos que pueden alegarse en los Estados Unidos para declarar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar á otras potencias á que la declaren.

Ni el gobierno español ni sus agentes han cometido ni cometerán en Cuba crueldad alguna. Aunque los foragidos que está asolando el llamado, por el Sr. Clarence King, fecundo paraíso, no merecen que las potencias cultas de Europa los amparen ó los protejan, no contra nuestra saña, sino contra nuestra justicia, yo espero que ésta se temple y mitigue con la mayor misericordia; mas no por eso acierto á explicarme que á los cabecillas rebeldes, á los principales al menos y á los que no tienen siquiera la excusa de ser cubanos y de estar cegados por un mal entendido amor á la patria, se les perdone si llegan á caer en poder de nuestros soldados. Justo y necesario será algún saludable escarmiento.

Difícil es, cuando no imposible, descubrir el motivo de queja que, en nación tan grande y generosa como los Estados Unidos, pueda haber contra España, bastante á mover á mucha parte de su ilustrada prensa periódica, al Sr. Clarence King y á una respetable comisión de senadores, á que pidan, valiéndose de mil injurias contra España, que el gobierno de la gran república declare beligerantes á los insurrectos, procure que otras potencias también los declaren, y garantice

así la impunidad de todos ellos para el día en que depongan las armas, cansados de andar á salto de mata y de perpetrar toda clase de delitos. Por el contrario, España es quien puede quejarse por no pocos motivos: porque la acogida y el favor que reciben en aquel país los ingratos y rebeldes hijos de España excede sobremanera á la más franca hospitalidad, y porque bien puede recelarse que excitado por ellos el gobierno anglo-americano ha mostrado con frecuencia cierto prurito de vejarnos y lastimarnos.

Hay una, en mi sentir, detestable costumbre, fundada en torcidos principios de Derecho internacional, que prevalece en todas las naciones cultas, y no lo negamos, también en España. Hablo de la exagerada obligación en que se creen los gobiernos de proteger á sus súbditos en país extraño y de pedir, hasta con amenazas, que reciban indemnización de perjuicios que se les causen ó de pérdidas que tengan.

Los gobiernos, movidos por la opinión pública, extraviada ó violenta, reclaman, tal vez sin mucha gana y por cumplir, pero reclaman, y suelen nacer de las reclamaciones tirantez, enfriamiento de amistad y hasta conflictos. Y es lo más deplorable, que cuando la potencia que reclama es fuerte, humilla á la débil, en ocasiones la atropella y casi siempre le saca el dinero. Y en cambio, cuando es más débil la potencia reclamante, en vez de salir airosa, es desdeñada en su reclamación, y su súbdito ofendido se queda burlado en vez de lograr se indemnizado.

Cuando por cualquiera circunstancia se equilibran las fuerzas de las potencias reclamante y reclamada, suelen originarse hasta guerras, aunque para declararlas se busque ó se invente otro fundamento. Así, por ejemplo, si bien se rastrea y aun se escarba hasta llegar á la raíz de algunas expediciones belicosas, se verá que nacen de reclamaciones poco atendidas de particulares. Probablemente, si Francia y España no hubieran reclamado algo en balde para súbditos suyos, tal vez nunca hubieran tenido la ocurrencia de favorecer

en Méjico á un partido monárquico y un tanto aristocrático y de ir allí á levantar el trono, que pagó más tarde muy caro un príncipe egregio y bondadoso. Tampoco sin reclamaciones hubiera habido guerra del Pacífico, ni bombardeo de Valparaíso y del Callao.

Cuando la nación de quien se reclama es débil, sin duda que no hay guerra, pero suele haber violencia y atropello. Así, pocos años ha (y prescindo de todo disimulo diplomático) Italia contra Colombia.

Véase, pues, con cuánta imparcialidad reconozco que apenas hay potencia, incluso España, que no adolezca de esta manía de reclamar exageradamente en favor de sus súbditos, establecidos ó de paso, en país extranjero, aunque cristiano y civilizado como aquel de que son naturales. A mi ver, sería bueno y provechoso decidir en el primer gran Congreso diplomático que haya, que esa protección del súbdito en país extranjero no la ejerza ninguna potencia cristiana y culta, sino cuando dicho súbdito vaya á vivir á un país bárbaro ó resida en él, y que, si reside en un país culto y cristiano, como el país de que procede, se someta á las leyes, usos y costumbres del país de su nueva residencia, sufra las molestias y se exponga á los peligros que allí sufren ó á que allí se exponen los demás, y reclame contra cualquier agravio ó daño, no por la vía diplomática, sino por los medios y recursos que le preste la legislación del país adonde voluntariamente ha ido.

Así se evitarían muchos males. Así se evitaría que, en ocasiones, en vez de ser una ventura que venga un extranjero, con capital ó con inteligencia ó con ambas cosas, á un país pobre y débil, sea una calamidad ó un ominoso preludio de vejámenes y sobresaltos, y así se evitaría que el extranjero que pasa de un país débil á un país fuerte sea desatendido y acuda en balde, en cualquier reclamación, á su legación, á su cónsul ó directamente á su gobierno.

Hasta hoy no se ha pensado en esta reforma del Derecho internacional, que ligeramente dejo indicada. No clamo, pues,

E. M.—*Febrero* 1896.

contra la costumbre protectora. No protesto del uso, sino del abuso. Y lo que más lamento es que en los Estados Unidos se haya sutilizado y alambicado tanto el uso ó el abuso, que no reclaman sólo en favor de legítimos, castizos y nativos anglo-americanos, sino en favor de cualquier cubano rebelde que se va á la gran república huyendo de la autoridad española por delitos políticos que su nueva patria adoptiva no considera como tales. Han procedido de aquí muchas reclamaciones, que hemos satisfecho con longanimidad lastimosa, por donde los rebeldes, al ver la protección triunfante que se les otorga y la condescendencia con que España la acepta y paga, desdeñan á España y reciben alicientes y estímulos para rebelarse contra ella.

A despecho de tanta dificultad, entre las cuales, como se ve, cuentan por algo las que los Estados Unidos nos suscitan, todavía espera la mayoría de los españoles, y yo con ella, que Cuba, por ahora, *no ha de ser libre*, como el Sr. Clarence King ansía y propone. Esperemos que Cuba siga siendo libre, pero española, como la metrópoli desea, pero tenga por seguro el Sr. Clarence King que, si por desgracia y lo que Dios no permita, se agotasen nuestros recursos y tuviésemos que abandonar la gran Antilla, no hay español peninsular que sueñe por espíritu vengativo con que aquello se vuelva ó *yankee* ó *merienda de negros*. Por cima del patriotismo y más allá del patriotismo, vive y alienta en nosotros el amor de casta ó de raza. Ojalá, primero, que Cuba siga siendo española; pero si Cuba deja de serlo, ojalá que sea pronto, para gloria y satisfacción de la antigua madre patria, una gran república cultísima y floreciente. Entonces, Máximo Gómez, por ejemplo, á quien ahora fusilaríamos ó ahorcaríamos sin escrúpulo y para cumplir con una penosa obligación, brillaría con aplauso nuestro, á la altura de los egregios libertadores; podría ponerse al nivel de Simón Bolívar y de Jorge Whashington y tener estatuas y monumentos como los que ellos tienen. Lo malo es que bien se puede apostar uno contra mil á que ese estado de florecimiento

y de grandeza no llegará para Cuba, ni en muchos siglos, si prematuramente y con marcada y notoria ingratitud, lograra separarse ahora de la metrópoli. Queden, pues, tranquilos los anglo-americanos y los hispano-americanos, y no recelen, que ni á Jorge Whashington ni á Simón Bolívar le suscite el cielo ó el destino un rival de gloria.

JUAN VALERA.

LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO

III (1):

DESDE el reinado de Carlos IV, en que la reina María Luisa de Parma, había impuesto á la alta sociedad de Madrid, el trato íntimo de una elegancia suprema, hasta la regencia de María Cristina de Nápoles y los veinte primeros años del reinado de doña Isabel II, no habían vuelto á reproducirse aquellas costumbres del buen tono que han dado carácter á la corte de España en ciertas épocas determinadas de nuestra historia moderna. La exaltación de las costumbres populares, adoptadas en su más bella expresión, por la reina, la corte, las clases superiores y opulentas, las musas de Moratín y los númenes de Goya, imprimió su tinte peculiar á la primera de las épocas referidas: la exaltación de la poesía y de las artes, convertidas de igual modo, en el Liceo y en el Instituto, en la idolatría de todo el régimen social, desde el trono hasta las buhardillas de la indigencia, imprimió el suyo á la de la regencia de doña María Cristina de Borbón y el del reinado de doña Isabel II, principalmente desde la declaración de la mayor edad y los casamientos reales, fué los salones y los bailes suntuosos, los desfiles de la Castellana y el Teatro Real. Los bailes y las recepciones animaban las espléndidas salas de la residencia real, en el palacio de

(1) Véanse los I y II en LA ESPAÑA MODERNA, Enero, 1896, pág. 88.

Oriente. Ya con el carácter de familia, ya con el de recepciones ó bailes generales, hacían una segunda corte de la morada en que la Reina Madre, casada con el duque de Riansares, é ilustrando la primera edad de sus lindas hijas la marquesa de Vista Alegre y la duquesa del Castillejo, habitaba en la calle de las Rejas, frente al palacio de los próceres de doña María de Molina. La alta banca extranjera domiciliada en nuestra capital, como la casa de Mr. Daniel Weisweiller y la diplomacia acreditada cerca del gobierno, estimulaba por los mismos medios aquella aproximación de clases y de elementos políticos de todo género. Además, la sociedad aristocrática mantenía abiertos salones, donde, cuando menos un día señalado á la semana, se reunía un número de contertulios distinguidos á tomar te, danzar ó *hacer* música, jugar al tresillo, y á veces dar lecturas poéticas ó representaciones dramáticas de elegantes aficionados, amén de tres, cuatro ó seis bailes de mayor extensión en las proximidades de cada cuaresma. Madrid tenía en esta época tres salones cuando menos siempre abiertos, de ninguno de los cuales era enteramente ajeno la política: los salones de la condesa del Montijo, los salones de María Buschental y los salones que seguían á la mesa diaria de la condesa del Campo de Alange. Esto no obstaba para que otros nobles ó ricos y siempre algunos de los representantes de las diversas potencias en nuestra corte, facilitaran también los suyos á la gente joven del gran mundo y á la gente provecta de la fortuna, de la política, de las letras y de la banca. Esta costumbre estuvo algún tiempo tan en boga, que todos recordaban que en el año de 1850, en menos de dos meses, de Enero á Marzo, se dieron por la sociedad elegante de Madrid y en sus domicilios particulares cuarenta y nueve grandes bailes, de los que sólo dos ó tres fueron de trajes ó de máscaras y uno de niños.

Desde el casamiento de Eugenia de Guzmán, con el emperador Napoleón, la residencia de su noble madre en Madrid fué el centro de la alta política, con tanto mayor motivo, cuanto que, habiendo sobrevenido en 1854 la revolución de Julio,

que expulsó de Madrid á la reina doña Cristina, los salones del palacio de la calle de las Rejas quedaron deshabitados, y aún más que deshabitados, desnudos; porque en los motines de Julio las turbas insurrectas hicieron hoguera de los ricos muebles de aquella casa, como la habían hecho de los de las del conde de San Luis, el marqués de Salamanca y otras personas influyentes de las últimas situaciones *polacas*, en quien el odio popular había puesto su blanco.

La condesa del Montijo tenía la costumbre de solemnizar cada año con un gran baile los días de su hija mayor, la duquesa de Alba; después todos los domingos tenía recepciones no generales, que duraban hasta que al fin de la primavera se retiraba de temporada á su preciosa quinta junto á Carabanchel. La proximidad de esta linda posesión á Madrid hacía que fuese visitada con la misma frecuencia que si formara parte del radio de la capital: por manera que, cuando en los estíos, la condesa no salía á sus expediciones al extranjero, la quinta de Carabanchel era la continuación de los salones del palacio de la plazuela del Angel. El año de 1853 celebró la condesa en París, con el casamiento de la emperatriz los días de la duquesa Francisca de Sales; pero desde el siguiente de 1854 aquellas mismas recepciones tuvieron otro carácter: la dueña de la casa ya no era simplemente la viuda de un grande de España y la madre de dos hermosuras de primer orden, condecoradas además con el rango superior de la vieja aristocracia española y sostenida con una cuantiosa fortuna; la dueña de la casa desde entonces era la madre de la emperatriz de los franceses, consideración de sumo peso para nuestra propia corte, para la gente política y para la representación diplomática extranjera acreditada cerca del gobierno de doña Isabel II.

Para la temporada de 1854, lo primero que mandó hacer la condesa fué transformar en su adorno las habitaciones principales de su espacioso palacio. Todo se había retocado en él, todo había sufrido alteraciones más ó menos importantes; pero

cuando después de su restauración, el 29 de Enero, se inauguraron los salones de su hermosa residencia, todo el mundo selecto que fué invitado á ellos, por mucho tiempo se hizo lenguas del lujo y exquisito gusto que allí se había desplegado. La antigua sala amarilla había sido estucada de blanco con infinitas molduras doradas, que le hacían revestir un aspecto mágico con sus colosales espejos, sus espléndidas colgaduras, sus soberbios candelabros de cien luces cada uno y su mueblaje todo de la última novedad en la construcción artística y en los escogidos materiales. Hasta el pavimento, antes de losetas alternas de mármol y pizarra, había sido cambiado por un mosaico de maderas primorosas, y que fué el primero de su clase que se construyó en Madrid. El gabinete ovalado había sido revestido nuevamente de damascada seda azul, y la amplia escalera resplandecía con sus grandes lámparas de gas, sus estatuas de alabastro y sus jarrones colosales de mayólicas italianas ó de porcelana del Japón y la China, inundados de flores y de palmeras y arbustos de salón. La vista allí se dilataba en conjunto tan magnífico de cosas artísticas y de cosas elegantes, en aquel tiempo en que el lujo moderno no se había generalizado entre nosotros, como posteriormente sus espléndidos atavíos. Los revisteros de entonces dijeron que aquello era imposible de describir y más imposible todavía de imaginar. En el Casino de Madrid y en otros círculos de la murmuración se dijo que aquella ostentación había provocado la rivalidad de la reina madre, en su palacio de la calle de las Rejas, y desde luego se echó de ver, que, aunque á la primera de las recepciones de la condesa del Montijo en aquel año asistió el duque de Riánsares, la reina María Cristina objetó un pretexto para excusarse. Esto no fué obstáculo para que la concurrencia fuera aquel día tan verdaderamente extraordinaria, que hasta las primeras horas de la madrugada, habiendo comenzado el baile á las once de la noche, apenas podían moverse en las espaciosas salas ni las parejas de la polka y el vals, ni los cuadros del rigodón. Por una parte suscitaba

gran curiosidad ver las transformaciones hechas en aquel palacio, que desde mucho tiempo antes se habían venido ponderando en todo Madrid; por otra, á la sociedad española había sido muy agradable ver exaltada una compatriota que gozaba tantas y tan universales simpatías á un trono como el de Francia, y todos se adelantaban á revelar estas pruebas de su adhesión á la feliz madre que veía á sus dos hijas colocadas en la altura que habían logrado. Todavía viven muchas damas de las que aquella noche asistieron al baile de la condesa del Montijo, entre ellas la duquesa Angela de Medinaceli, entonces en todo el esplendor de su juventud, perpetuada por los encantos de una naturaleza que no se rinde y cuya rivalidad con la duquesa de Alba ha pasado á las leyendas de la posteridad; la duquesa de Fernán-Núñez, joven entonces también, y que en la riqueza de sus trajes y joyas no admitía competencia con ninguna; la marquesa de Molins, digna consorte de un poeta soñador, á la sazón ministro de la corona, y gloria á la sazón de todas las Cármenes; la condesa de Heredia Spínola, otro tipo de la rica esplendidez castellana; la entonces señorita de Zarco del Valle, después marquesa de Mendigorria, y otras de las que constituían el núcleo militante de la buena sociedad con las duquesas de Alba y Fernandina, de Medina de las Torres y de Sanlúcar la Mayor, de San Carlos y de Tames, princesa Pía de Saboya, las marquesas de Escala, Portugalete, Santa Cruz y Arenales, las condesas de Campo de Alange, Esterhazy, Castellá, Quinto y Velle, Fuenrubia y la Cimera, y muchas otras de que aquí no cabe un catálogo abreviado.

A fin de apagar en parte los humos de aquella gran solemnidad de la madre de la emperatriz Eugenia y de la duquesa de Alba, para el día siguiente, el 30 de Enero, la reina Cristina había circulado sus invitaciones, más numerosas que otras veces, á todo el gran mundo social, político, literario y artístico de Madrid. Aunque la rivalidad fué conocida, no dejaron de ser de los primeros que pisaron la residencia casi real de la

calle de las Rejas la condesa viuda del Montijo y los duques de Alba; pero como se había sabido que la reina Isabel no asistiría, como se había anunciado, algunas personas de las que pisaban las alfombras de aquella casa en las grandes ocasiones, se retrajeron, y la recepción quedó reducida á una de las que con carácter de familia se celebraban allí todos los lunes, y que hasta entonces habían estado muy brillantes. El mes de Febrero era siempre, como antesala del carnaval, el mes de la actividad de los salones: los del cuerpo diplomático, con excepción de los del marqués de Turgot, embajador de Francia, no fueron abiertos, no faltaron otros que los reemplazasen, aunque en los círculos fueron muy comentadas algunas de aquellas omisiones. Los condes de Esterhazy, representantes del imperio de Austria-Hungría, fueron de los que pretextando la próxima salida del ministro para Viena á fin de asistir á las ceremonias y fiestas del casamiento del emperador Francisco José con la princesa Maximiliano de Baviera, Isabel Amalia, no obsequiaron, como en años anteriores habían tenido por costumbre, á sus numerosos amigos del gran mundo madrileño. Esta conducta la imitó el barón Daniel de Weisweiller, que había pasado el invierno en París. Pero en todos los círculos se creyó que aquella excusa obedecía á la tirantez en que habían quedado las relaciones entre los dos imperios con motivo de la exaltación de la condesa de Teba al tálamo nupcial de Napoleón y de los sentimientos que éste, para justificar su elección, había expresado sobre el segundo matrimonio de su gran tío Napoleón I con una archiduquesa de Austria. Otro salón tampoco abierto aquel año á la sociedad de Madrid, fué el del Sr. Osma, después marqués de la Puente y Sotomayor, y á la sazón ministro del Perú en nuestra corte. Pero éste tenía motivos de muy diverso género. Para dar mayor esplendor á sus recepciones, no solo había tomado en arrendamiento uno de los pisos del suntuoso palacio de Villahermosa, en la esquina del Prado, sino que había mandado adornarlo y amueblarlo con un lujo casi de leyenda. Aunque creyó que para el prime-

ro de Febrero estarían terminadas las obras emprendidas con este motivo, nuestros artistas no dieron cumplimiento á los cálculos del diplomático opulento, y aquel año tuvo que renunciar á las fiestas de su casa, que eran muy apetecidas por toda la sociedad madrileña.

Sin pretenderlo aparentemente ninguna de las dos partes, el caso fué que los dos salones de la reina Madre y de la madre de la emperatriz, en el invierno que precedió á la revolución de Julio, quedaron frente á frente, y que, aunque para disimular aquella tácita rivalidad, en que los ladinos podían adivinar la dirección de los sucesos, se hizo dar otros dos bailes á la marquesa de Fourbiel y á los señores de Buena Esperanza, marqueses de Gaviria, «la mansión habitual del buen tono y de los mayores atractivos», como escribía un revistero de *La España*, estaba reconcentrada en el palacio de Ariza, cuyas reuniones formaban «una cadena de placeres». Al baile de los señores de Buena Esperanza, que tenían su morada en la calle del Arenal, asistió la reina Cristina, con el duque de Riánsares y sus hijas, y se ponderó el precioso patio que se había iluminado con faroles chinescos de colores; pero aunque para celebrarlo se escogió un día de los que la del Montijo tenía señalados para sus reuniones semanales, se notó mayor concurrencia en la plazuela del Angel que en la calle del Arenal, y aun en la primera la de algunas personas que después tomaron parte muy principal en los sucesos del campo de Guardias y en los posteriores al encuentro de Vicálvaro. Tampoco eran ajenas á la disposición de aquellos acontecimientos las comidas que los viernes daba en su casa lord Howden, ministro de Inglaterra, á algunos de nuestros personajes políticos y de nuestros literatos de más renombre. Estas comidas eran siempre de diez y ocho cubiertos; el pretexto, el amor del noble inglés á nuestra literatura; pero entre los literatos de gran renombre se entreveraban los hombres políticos que más influencia tenían en el Parlamento y en la prensa en la movida opinión del país. Los comensales del viernes 17 de Fe-

brero fueron el duque de Rivas y D. Joaquín Francisco Pacheco, jefes de la fracción puritana que hizo la revolución; González Brabo y D. Alejandro de Castro; el marqués de Morante y D. Alejandro Oliván; los generales D. Francisco Serrano y D. Antonio Ros de Olano, los Madrazo, D. José y don Federico y D. Eugenio de Ochoa, Corradi, el director de *El Clamor Público* y D. Modesto Lafuente, del partido progresista histórico, Hartzenbusch y Amador de los Ríos, que, aunque puramente hombres de letras, se consideraban en los puestos avanzados del partido liberal, al menos por sus simpatías, Rúa Figueroa, el conde de Vegamar y el actor D. Julián Romea. D. Manuel María de Santa Ana era también de los asiduos á estas comidas, y á quien se suponía mentor de todas las noticias políticas de que allí se hablaba tanto, como del movimiento literario.

Las últimas recepciones que la reina Cristina celebró en su residencia habitual, fueron en los días 21, 24 y 27 de Febrero. La primera y la última fueron de familia, y baile general el del día 24. A la penúltima de familia y á la del 24 asistió la reina doña Isabel. Fué este último un baile que tuvo gran resonancia y para los que se habían hecho extraordinarios preparativos. Empezó, como entonces era de rito usual, á las once y cuando á la una y media se hallaba en su apogeo, se presentaron los reyes doña Isabel y D. Francisco de Asís. Una redcilla de riquísimas piedras cubría la cabeza de la reina, ceñida de un trasparente velo blanco bordado de oro que le caía sobre los hombros: la falda y corpiño de mangas perdidas eran verdes y por todas partes resplandecía en el traje tal abundancia de oro y pedrería, que podía decirse que toda su gallarda y hermosa figura estaba deslumbrante. A su llegada bailó una contradanza con el ministro de la Guerra, que lo era el general D. Anselmo Blaser, y después con varios individuos de la primera nobleza bailó aquella noche polkas, valeses y rigodones. Su presencia y su primera pareja fueron consideradas como un reto; mas si en los acontecimientos que á los pocos

meses estallaron, su posición personal no estuvo realmente comprometida, como más tarde en 1868, aquel fué el último gran baile que su madre pudo dar en Madrid, pues, segunda vez arrojada de España por la revolución, ya no pudo volver hasta 1867, desprovista de todo influjo en la política y pretestando hallarse aquí como de paso, y no queriendo entender nada que con la política se relacionara.

Las recepciones de la casa del Montijo no fueron interrumpidas nunca por ninguna clase de sucesos políticos, aunque muchos tuvieron origen, ó al menos inmunidad, en sus salones. Después de la revolución de Julio volvieron á abrirse á su sociedad acostumbrada el 7 de Enero de 1855, y todos los domingos se bailaba en ellos, alternando con los miércoles de los Sres. de Osma, y con los tes del ministro de Méjico Vivó, de la condesa de Velle, del embajador francés M. Turgot, del conde de Azinhaga, ministro de Portugal, de la señora de Iturbietta y del barón de Weisweiller, que había regresado de París. En una de estas reuniones, la de la señora de Miranda, de origen belga, se introdujo en la Epifanía de aquel año la costumbre extranjera de la *torta de reyes*, que después ha descendido á una costumbre popular. Respecto á los grandes salones, hubo novedades también que la crónica debe conservar. El baile anual del día 29 en el palacio del Montijo fué celebrado en 1855, con una ostentación inusitada, y aunque nuestras grandes damas habían elevado el lujo de los trajes y de las joyas á una graduación que hasta entonces no se había conocido, la duquesa de Alba, cuyos ricos prendidos han quedado legendarios, aquella noche se presentó adornada solamente de flores naturales. La señora de Osma, después marquesa de la Puente y Sotomayor, la condesa de Sobradiel, la duquesa de Medina-celi, la marquesa de la Scala y la condesa de Velle lucían aderezos de brillantes cuya riqueza y exquisito gusto artístico excedían á toda ponderación. La duquesa de Alba rodeaba su ebúrneo cuello, que parecía torneado á cincel, un collar de flores menudas, casi microscópicas, y, como decía un escritor

de la época, «nada más nuevo, ni nada más aéreo, que aquel adorno, el cual con el resto de su atavío hacía aparecer á la reina y á la heroína de la fiesta como el personaje fantástico de una leyenda, como *la hada de las rosas*.» Si mucho se habló aquellos días de esta novedad elegantísima, aún más se comentó otra que los concurrentes á los salones de la plazuela del Angel hallaron en ella: una dama que se familiarizaba poco en esta clase de comunicación social: la duquesa de la Victoria, cuyo marido, el regente intruso de 1841, había venido de su retiro de Logroño á presidir el gobierno de la revolución y á salvar el trono de la reina Isabel.

No pagaba generosamente esta señora á los personajes progresistas que de estas cosas hacían un mérito superior. El 20 de Diciembre, para ver de cerca y halagados por su real magnificencia aquellos personajes de cuyos nombres apenas tenía más noticias que las que le suministraba la lectura del *Diario de las Sesiones de las Cortes* y los periódicos políticos diarios, dió en palacio un gran baile, para el cual repartieron-se por miles las invitaciones. Desde el último baile del palacio de la calle de las Rejas, la reina había formado el propósito de no bailar más que el rigodón. Para abrir el de la regia morada aquella noche señaló al duque de San Miguel para que fuese su pareja. El anciano general, llegó con casi lágrimas de gratitud á la reina; pero se excusaba de bailar diciendo que hacía más de cuarenta años que no bailaba. La reina cogiéndole por el brazo, le replicó:—No temas: seré tu guía, y formó la cabeza del cuadro donde el pobre viejo, á pesar de tan gran directora, tuvo que hacer un triste papel. A la reina, que siempre fué burlona, y en aquel tiempo la lozania de la edad le hacía serlo más, no debieron desagradar los apuros del general San Miguel, y al rigodón siguiente, indicó á Madoz, como presidente que era de las Cortes. San Miguel, aunque hacía cuarenta años que no bailaba, al fin y al cabo había bailado alguna vez; pero Madoz... ¡no había bailado nunca!

(Continuará.)

RECUERDOS

Los últimos meses de mi estancia en Almería fueron —como dije en el artículo precedente— por todo extremo desagradables, á causa de unas tercianas fuertes y tenaces que se apoderaron de mí.

Tuve que salir á no sé qué operación de campo; pasé toda la mañana tirando visuales y midiendo ángulos; á la una concluí; monté á caballo; y, dejando atrás peones y ayudantes, emprendí, á buen paso, el camino de vuelta hacia Almería.

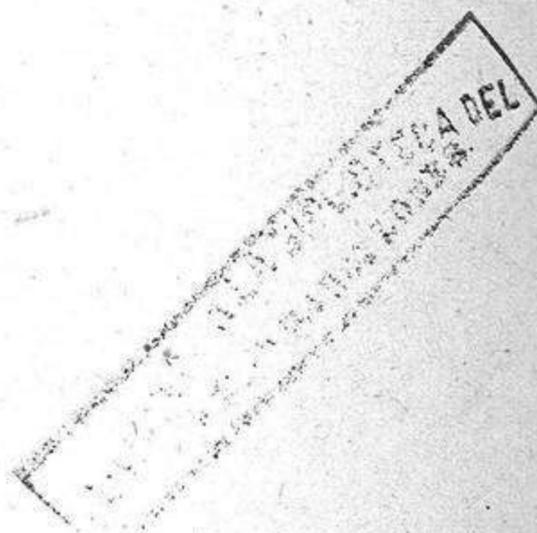
Aunque apenas estábamos en primavera, el día resultó abrasador. El sol desplomaba torrentes de fuego; las ramblas eran estrechas y áridas. Ni una sombra; ni un hilo de agua; ni la más ligera brisa. Me sentía materialmente ahogar, porque llevaba todavía ropa de invierno y un capotón de mucho abrigo.

Lo que más me molestaba era la sed, y como encontrase una mujer con una carga de naranjas, le compré ocho de ellas, que resultaron deliciosas.

Lo he dicho muchas veces: mi memoria es eminentemente geométrica. Casi todos mis recuerdos se apoyan en una figura, en un dibujo, en un paisaje.

Cuando recuerdo, veo siempre el recuerdo dibujado, por decirlo así.

Yo me veo ahora mismo en un mediano caballejo de alqui-



ler, de pelo negro y de alguna sangre; las riendas hechas un nudo y abandonadas á sí mismas para tener las manos libres.

Yo me veo, repito, sacando de los bolsillos del capotón una tras otra naranja, mondándolas con ansia, y devorando, más bien que comiendo, sus jugosos gajos.

Yo me veo, en fin, marchar al galope por las infernales ramblas, bajo una lluvia de fuego.

A la caída de la tarde llegué á Almería, sudando á mares, tostado el cutis, y ardiendo la cabeza bajo mi gorra de uniforme.

Sin embargo, no me encontraba mal. Comí con apetito, pasé la noche en casa de mi buen amigo D. José Monasterio, me acosté á la hora de siempre, leí un rato, y me dormí tranquilamente.

Me desperté á las nueve, y al despertar me sentí malo.

Por segunda vez en mi vida sentí *dolor de cabeza*. Sólo cuando tenía once años había sufrido otro dolor parecido.

Pero éste era formidable. No sólo me dolía, sino que parecíame que todo el cráneo estaba relleno de plomo.

Yo no soy sufrido para los dolores físicos, me molestan mucho, y esto le pasa á todo el mundo; pero, además, me irritan como á pocos, y como á ninguno me desesperan.

No comprendo el dolor, es decir, no comprendo que exista. Jamás le encuentro causa justificada.

El dolor es algo así como lo absurdo que toma vida.

Me vestí, no obstante, sin pensar ni por un momento en quedarme en cama, y sin almorzar, me fui, según costumbre, á casa del ingeniero y compañero mío Don M. C.

El estaba almorzando tranquilamente y con muy buen apetito, unas perdices escabechadas y un plato de dulce.

Me acuerdo de este pormenor, porque me irritó sobremanera.

¿Cómo era posible, que sufriendo yo tanto, hubiera justicia en la tierra para que otro hombre almorzase tan bien?

Pues nada, siguió almorzando como si tal cosa, sin perder

el apetito, sin perdonar un alón, y apurando casi todo el postre, mientras yo me paseaba febril, explicándole «que mi dolor de cabeza era intolerable».

Don M. C. era muy partidario del célebre médico y republicano francés Raspail.

Oyó con toda tranquilidad mis quejas y mis relaciones, y cuando acabó su opíparo almuerzo, se puso á mi lado á pasear por la sala, explicándome con gran autoridad en qué consistía mi dolor de cabeza.

—«Mire V.—me dijo:—V. tomó ayer mucho sol, y el calor le ha congestionado la sangre en el cerebro. Cada venilla del sistema sanguíneo, es como un tubo por donde va el rojizo líquido. Secándose éste en gran parte, por la evaporación, se ha espesado, y ha formado coágulos, que se han quedado detenidos como verdaderos tapones de la tubería. La sangre se acumula, *sangre arriba*, y de ahí procede el dolor, el aturdimiento y la pesadez. Y yo voy á curarle V. en seguida.»

Diciendo esto, sacó un frasco de *agua sedativa del Dr. Raspail*, y me mandó que durante un cuarto de hora me estuviese humedeciendo con ella la frente y la cabeza.

—«Verá V. lo que sucede»—me dijo, continuando conmigo el paseo cuando tuve bien empapada la cabeza en aquella agua tan portentosa, según él.

«Esta agua admirable, va á penetrar á través del cutis; va á llegar á las venillas inyectadas; va á insinuarse en ellas, y va á disolver inmediatamente todos esos taponcillos de sangre seca y coagulada, con lo cual recobrará el licor sanguíneo su fluidez, circulará fácilmente, desaparecerá la congestión, desaparecerá el dolor, y antes de quince minutos está V. completamente bueno, y se comerá V. con tanto apetito como yo, otra perdiz que debe haber quedado allá dentro.»

*
* *

Yo le oía como á un oráculo; la teoría que me había expuesto me encantaba, parecíame la verdad misma. Veía materialmente la red venosa y arterial obstruida por pequeñísimos tapones análogos á los que á veces se forman en las cañerías de conducción de aguas.

Seguía, con el pensamiento, al agua sedativa en sus filtraciones, la observaba disolviendo los malditos coágulos de sangre, y tenía la seguridad de que en seguida iba á sentirme bueno.

A mí las teorías, cuando están bien preparadas, me encantan, me seducen y me dominan.

Las teorías, la explicación racional de las cosas por conceptos del entendimiento, las leyes que de ellas se desprenden, todo esto es para mí la verdadera belleza de la ciencia y su admirable Estética.

Los hechos deben ser, á no dudarlo, la base de toda ciencia; pero como la teoría y la ley no los traben, los hechos aislados son como granos sueltos de un arenal: la esterilidad, la menudencia abrumadora, el aislamiento, la muerte, la nada.

Si la teoría no se funda en los hechos, será pura ilusión, fantasma insustancial; pero si los hechos no dan de sí la ley teórica, que es su unidad, por muchos que sean serán como gotas dispersas de la nada.

Nada es nada si no se relaciona con *otra cosa*, y si no tiene dentro de sí partes que se relacionen unas con otras.

Lo he dicho ya: los hechos aislados son granos de arena de un desierto. Y es preciso que entre sí se traben, y que se unan al aire y al agua, y que los penetren las grandes fuerzas de la naturaleza, que el calor los caldee, que los empape la luz, que los estremezca la electricidad, para que el desierto se convierta en jardín cuajado de hojas y de flores.

Verjel de la ciencia son las grandes teorías, flores divinas son sus grandes leyes. ¡Y aún hay quien niega, que exista la belleza estética en la verdad científica!

Podrá haber quien no la sienta, como hay ciegos que no

E. M. — *Febrero* 1896.

ven la luz; pero negar la belleza científica es declararse ciego del entendimiento.

Podrá éste ir palpando hechos aislados, formando de memoria índices y catálogos insulsos, fabricando almonedas mentalmente; pero con todas estas enumeraciones irresistibles, enojosas y abrumadoras, que no se precie de haber visto ni un girón siquiera de la verdad.

Ya sé que no todas las teorías son exactas. Que las teorías se transforman, se desarrollan, se corrigen, se completan: pero esto le sucede á todo cuanto existe, ya en el terreno de la realidad, ya en las esferas del pensamiento.

*
* *

Perdóneme el lector este largo paréntesis; y, volvamos á mi dolor de cabeza, que aún era mayor que el que tal vez le habré dado con mis filosóficas lucubraciones.

Vuelvo á decir que la teoría de mi compañero parecióme exactísima, y que el líquido del Dr. Raspail parecióme infalible; con lo cual apuré toda la botella sobre mi cabeza, empapando cuanto pude mi pelo, que, por entonces, era espeso y sedoso y de un rubio oscuro que no dejaba de ser interesante.

Pero ¡oh mala ventura de las teorías mal fundadas! ¡Oh ruina lastimosa de mis esperanzas! ¡Oh derrota de mi compañero Don M. C.!

Pasaron quince minutos, y pasó media hora, y aun tres cuartos de hora pasaron, y el dolor crecía, crecía con latidos intolerables, y la pesadez aumentaba hasta el punto de que me costaba trabajo sostener la cabeza: se me cerraban los ojos, y me invadía el cuerpo una calentura abrasadora.

Por mucho que ame yo las teorías, como no concuerden

con la realidad, las mando muy enhoramala; y á todos los diablos mandé el agua sedativa del Dr. Raspail.

—Mire V.—le dije á Don M.:—yo me siento muy malo: me parece que voy á perder el sentido; con que me voy á la fonda, voy á meterme en cama, y ya le mandaré á V. noticias mías, si es que puedo mandarlas.

Y me fui todo lo aprisa que pude, dejando á mi compañero en plena y plácida digestión de sus perdices escabechadas y de su plato de dulce.

—Vaya V., vaya V.—me dijo al despedirme;—pero esté V. tranquilo, que eso no será nada.

Llegué á la fonda, y llegué con el convencimiento profundo de que se me preparaba una gravísima enfermedad.

Sin embargo, ni por un solo momento pensé que de aquella enfermedad pudiera morirme.

Era una molestia, era un contratiempo, pero nada más. Ni temía á la muerte ni la creía posible.

Mi apuro y mi miedo, cuando llegué á la fonda, eran otros: «Yo voy á estar—pensaba—treinta ó cuarenta días en cama: acaso tenga un tifus: y en todo este tiempo no podré escribir á mis padres, que será para ellos gran disgusto al principio y gran alarma después.»

«Es preciso evitarlo—me dije á mí mismo.»—Y en seguida escribí, como pude, una carta muy breve; anunciándoles que salía al campo para unos trabajos del distrito y que no se asustasen si en muchos días no llegaban mis cartas de costumbre; porque iba á vivir en despoblado, y era seguro que no tendría ocasión de escribirlas.

Di la carta para que la echasen al correo, pedí dos vasos de agua de naranja, que puse á la cabecera de la cama, y me acosté casi mecánicamente, porque iba perdiendo el sentido por instantes.

¿Deliré ó dormí? No lo sé: Sólo tenía conciencia de un hondo malestar, de un calor insufrible y de unas visiones muy raras, creaciones, sin duda, de la fiebre.

Así estuve unas siete horas. A las ocho de la noche me desperté con la cabeza perfectamente buena: y aunque estaba el cuerpo algo dolorido, no era cosa mayor.

Me levanté, me vestí y me fui al teatro, pensando que todo ello había sido lo que vulgarmente se llama *un causón*.

Gran triunfo fué para mi compañero D. M. C., cuando me vió entrar en el palco.

—«¿Lo ve V.?—me dijo.—El agua sedativa es remedio infalible.»

—«Pues no me ha librado—repliqué—de siete horas de fiebre.»

—«Naturalmente—repuso él, aferrándose á su idea;—como que ha necesitado todo ese tiempo para penetrar bajo la piel y destaponar el sistema circulatorio.»

Yo me dí por vencido, y juntos proclamamos las excelencias y maravillas del agua sedante de M. Raspail.

Pasé bien la noche; pasé sin novedad el siguiente día; pero, al despertar al tercero, me sentí como el primer día me había sentido: dolor de cabeza, pesadez plomiza, fiebre muy alta.

Ya no cabía duda: conocí que eran intermitentes, y llamé á un médico, que confirmó mis sospechas y que me recetó altas dosis de quinina.

Pero la quinina no ejerció en mí más que efectos pasajeros. Cuatro ó cinco días estaba bien; y al sexto volvía la terciana con la misma fuerza que al principio; como que me duraron seis meses, y sólo pudo vencerlas mi padre dándome no sé qué preparaciones arsenicales.

Eso sí, á la primera toma quedaron vencidas, y no han vuelto más aquellas malditas intermitentes, contra las cuales habían sido impotentes cantidades enormes de quinina; purgas de muy diversas clases; emplastos varios, á cual más repugnante; toda clase de amargos; todo linaje de remedios caseiros, tan sucios como extravagantes; y hasta unas píldoras que me recomendaron de telas de araña, que yo iba buscando por

los rincones de la fonda, la cual—dicho sea entre paréntesis—fué, para medicina tal, farmacia inagotable.

—«¿Lo ve V.—le decía yo á mi compañero—como el agua sedativa no ha servido para nada?»

Y él montaba en cólera y proclamaba á voz en cuello la virtud prodigiosa de su medicamento favorito.

—«Quéjese V.—me decía;—á no haber sido por el agua sedativa, á estas fechas estaba V. muriéndose, ó se había V. muerto ya, nada menos que de tifus.

»Gracias á mi consejo y á lo pronto que acudimos, se le quitó toda malicia á la enfermedad; y en vez de la tifoidea formidable de que estaba V. amenazado, escapó V. casi de la tumba con unas intermitentes, más ó menos molestas, pero que no inspiran cuidado alguno. Y si se dejase V. de quinas, emplastos, porquerías y telarañas, y se frotase V. todas las mañanas la cabeza con el agua sedativa del Dr. Raspail, ya estaba V. bueno.»

Era un hombre famoso el ingeniero Don M. C.

Voy á bosquejar su retrato, como he de bosquejar los de la mayor parte de las personas con quienes he tropezado en este mundo: criticos, autores, poetas, sabios, políticos y particulares de fisonomía más ó menos curiosa.

He dicho ya que dicto estos recuerdos para mi solaz, entretenimiento y desahogo; y, en todo caso, para que el lector los tome como otros tantos documentos humanos.

* * *

El ingeniero Don M. C. era hombre de mucho talento, talento clarísimo, pero talento eminentemente matemático, sin la más mínima flexibilidad.

Era hombre recto y honrado como el que más, pero pensando mal de todo el mundo.

Aunque él no lo decía, yo creo firmemente que él dividía

el género humano en dos grandes grupos: los tontos y los tuanantes.

De aquí un gran escepticismo que invadía con sombras tristísimas todo su espíritu.

Con los inferiores era dulce y cariñoso; pero sabía imponerse y mandar.

Con los superiores era rebelde, intratable, terco é indisciplinado. Jamás supo obedecer.

En cuanto recibía una orden, lo primero que se le ocurría era cómo podría desobedecerla, para dejar mal al superior; porque estuvo perpetuamente convencido de que cuantas órdenes recibió en su vida de ingeniero eran injustas, absurdas, ridículas y perjudiciales para el servicio público.

«Si yo hago un bien—decía con profundo convencimiento—oponiéndome á que la orden se cumpla.»

Conocía admirablemente la legislación, sobre todo la de Obras públicas, y su principal trabajo, al recibir una orden cualquiera, era buscar una ley, un reglamento, un artículo cualquiera que le prohibiese dar cumplimiento á la orden recibida.

Hay que confesar que casi siempre lo encontraba; y entonces, ¡qué triunfo! A mí venía con un tomo de la Colección legislativa en la mano, y me leía—comentándolo gozosísimo—el artículo en cuestión: y despés se sentaba á almorzar tan satisfecho, diciéndome con sonrisa de triunfo: «¿Ve V. cómo la orden no podía cumplirse?»

Y para ayudar á la digestión, escribía un larguísimo oficio desmostrándole al jefe del distrito, y á la dirección de Obras públicas, y al ministro y al mismísimo Poder moderador, que la orden recibida era un atentado contra toda la legislación vigente.

El ingeniero Don M. C. era la desesperación y la pesadilla de todos sus jefes. En tales luchas jamás le vencieron: él venció siempre; pero al fin le aplastaron, como ya diré en otra ocasión: le aplastaron sin vencerle.

Con este sistema no hay que decir si recibiría oficios de *desagrado*.

Imitando á otro ingeniero ya viejo, tenía él también su carpeta de desagradados.

Recibía un oficio; empezaba á leer: «S. M. ha visto con el mayor desagrado»... me miraba sonriendo, si yo estaba delante,—pero aún creo que no estándolo se sonreiría también,—y sin acabar de leer el oficio, decía: «á la carpeta de los desagradados.»

Yo, que siempre he sido eminentemente subordinado, temblaba por mi pobre amigo; y esperaba á diario verle conducir á Madrid entre la guardia civil.

Había seguido la carrera con brillantez; hasta creo que había sido el número uno de su promoción, y á los pocos años de salir de la Escuela, á la Escuela volvió como profesor de una importante asignatura.

He oído siempre á sus discípulos y á sus compañeros que había sido un profesor modelo. Exactísimo en el cumplimiento de sus deberes, de explicación clara y sencilla, y bondadoso para los discípulos.

Si hubiese seguido en la Escuela, habría concluido, tranquilamente su vida y jamás habría existido la diabólica carpeta de los desagradados.

Pero surgió un conflicto en la Escuela, y no provocado por él, sino por choques entre el director y el de Obras públicas. Al lado del director de la Escuela estuvo con toda la energía de su carácter el ingeniero Don M. C.; y el resultado fué que le echaron de Madrid, destinándole al servicio de provincias. Que fué perder la escuela un profesor excelente y encontrarse el servicio de Obras públicas con el más testarudo ingeniero que ha existido.

Dos ó tres rasgos acaban de pintar su carácter.

El ingeniero C. era al mismo tiempo laborioso y holgazán. Para el estudio, laboriosísimo: para el trabajo material, para montar á caballo, para hacer proyector, para visitar obras,

me duele decir que era holgazán; pero la verdad se impone y ya ningún daño le causo, porque no existe.

Cada hombre es como es: hay grandes actividades espirituales: hay grandes actividades materiales; y fué grave error no utilizar las primeras en quien tantas y tan excelentes atesoraba, pidiéndole las segundas, que jamás las tuvo, y que, dadas sus condiciones de carácter, tampoco las quiso tener.

He dicho que voy á citar algunos ejemplos para poner en relieve algunos rasgos dominantes del retrato que me he propuesto trazar.

Por exigencias de cierto diputado, mandóle la dirección de Obras públicas ir al pueblo X., que era pueblo de alguna importancia, á estudiar una conducción de aguas al mismo, desde unos cerros próximos.

Molestóle grandemente la comisión; irritóle sobremanera el empeño del diputado; y decidió en el tribunal de su conciencia, que aquello era una picardía, además un disparate, y sobre todo, una impertinencia, y falló que la conducción de aguas proyectada no debía verificarse.

Pero, ¿cómo dejaba de cumplirse la orden terminante del director de Obras públicas? Muy sencillo: demostrando que no había agua; porque si no había agua no podía haber conducción, y la orden no podía cumplirse, que era lo importante.

Fué, pues, á X., hizo un reconocimiento á la ligera; se convenció ó quiso convencerse de que todos los alrededores del pueblo eran secos como desierto africano, y dirigió un triunfante oficio al director de Obras públicas, demostrando por A más B que, ni había agua, ni dada la constitución del terreno, podía haberla, ni por lo tanto, podía dar cumplimiento á la comisión que se le había confiado.

El sediento pueblo lanzó un grito de angustia; el diputado puso el grito en el cielo; indignóse la superioridad, y el ingeniero C. recibió orden terminante para que se constituyera inmediatamente en el pueblo; para que en él continuara

hasta nueva orden, es decir, indefinidamente, y para que buscara agua por todas partes, es decir, por todos los alrededores.

Obedeció, con firme propósito de no obedecer. Con dos ayudantes y un repuesto de obras científicas se fué al pueblo y se metió en una posada; y es público y notorio que no abandonó la posada en seis meses.

Todas las mañanas despachaba á los ayudantes en una ó en otra dirección. Se levantaba tarde, almorzaba fuerte, se sentaba después en un banco de piedra que á un lado de la puerta de la posada había, y hasta que faltaba la luz se estaba leyendo la teoría industrial del calórico de Peclet.

En aquellos seis meses, leyó, volvió á leer y anotó ampliamente la obra clásica del distinguido ingeniero francés.

A veces, las mujeres y los hombres del pueblo y buen golpe de chiquillos, formaban corro y miraban con curiosidad al ingeniero de Madrid, murmurando por lo bajo—según él mismo me contaba—Mira, mira: está viendo en el libro cómo ha de traernos una fuente.

Pero el agua no llegaba nunca; y él periódicamente oficiaba á la Dirección para poner en conocimiento de la superioridad, que por más que buscaba no aparecía agua por ninguna parte.

La superioridad, al cabo, se dió por vencida. Le mandaron volver á su provincia y enviaron otro ingeniero.

El nuevo ingeniero encontró agua, aunque no mucha, á decir verdad, ni de muy buena calidad tampoco, según se dijo. Pero se construyó una fuente; se hizo una conducción, y el pueblo vió con alegría frente al banco en que el ingeniero leía sus librotas, un cañito de agua que fué regocijo para todos los vecinos.

No por eso cedió en sus opiniones el ingeniero C. Continuó asegurando que aquello no era agua, sino un veneno que había de diezmar á la población; que aquello no era una fuente, sino un escarnio de toda fuente verdadera. Y que,

además, cada litro de aquella agua nauseabunda había costado un montón de oro.

Como yo no he estado nunca en aquel pueblo, ni he probado de aquel agua, ni sé cual fué el coste de la conducción, no sé de parte de quién estaría la razón.

Y vaya otro ejemplo; pero este ejemplo no irá hasta el número próximo.

José ECHEGARAY.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Desaparición de la nobleza en Alemania.

I

LA nobleza tiene importancia allí donde posee el suelo y donde al mismo tiempo ocupa una posición excepcional en el ejército y en la administración; pero siempre es preciso que se apoye en la propiedad territorial, como la forma más segura y duradera de la riqueza. Una fortuna colocada en la industria puede perderse en poco tiempo. Además, está expuesta á las grandes fluctuaciones de la vida de los negocios; pueden ser causa de su completa ruina las crisis mercantiles, las guerras, etc. Por el contrario, los bienes raíces garantizan siempre cierta renta, que puede aminorarse en los malos tiempos, pero nunca se extingue del todo; por otra parte, una mala administración rara vez puede ponerla en peligro hasta el punto de producir su pérdida total. Así se explica cómo las fortunas territoriales perduran muchos siglos en manos de una misma familia, mientras que jamás acontece lo propio con las fortunas industriales y con los bienes raíces; por eso, la propiedad del suelo es lo único que puede constituir una firme base para la aristocracia.

La familia noble sólo tiene sólido asiento en el dominio he-

reditario. Algunos de sus miembros eminentes se distinguen en los cargos públicos, aumentando de ese modo los ingresos por su posición personal y por las rentas siempre infalibles de sus fundos. Otros se satisfacen con vivir tranquilamente del producto de sus tierras, y perpetúan la raza conservando los bienes para algún nieto más ambicioso y mejor dotado, que á su vez se dedicará á la vida pública.

Pero la propiedad territorial sólo puede tener necesariamente esa importancia donde no se haya convertido aún en un capital circulable. Donde esté movilizadada, tiene que obedecer, hasta cierto punto, las mismas leyes que el capital colocado en la industria. Y digo «hasta cierto punto», porque aún existen diferencias esenciales.

Cuanto mayor desarrollo económico adquiere un país, tanto más á menudo cambia en él de dueño la propiedad territorial, y recíprocamente; así es que la importancia de la nobleza y el desarrollo económico son factores que están en razón inversa en un mismo país.

Desde el punto de vista económico é intelectual, Alemania se divide en dos partes, una de otra separadas por el Elba. La oriental, es decir, todo el territorio sito al otro lado del Elba, manifiesta un desarrollo social más profundo y allí tiene gran importancia por ahora la aristocracia; allí tienen también los *agrarios* su fortaleza, su *Hochburg*; y esos agrarios forman el partido de los hidalgos, el *Junkerthum*, que va desapareciendo.

A decir verdad, en el resto de Alemania también hay nobleza con algunos privilegios, pero no son privilegios escritos. En la mayoría de los Estados alemanes, se dan de preferencia los altos empleos á quienes pueden anteponer á sus apellidos la partícula *von* (de); cierto es que á menudo son antiguos esos apellidos, pero los que los llevan no se distinguen de sus colegas de la clase media en ninguna particularidad, pues de generación en generación sólo vive la familia del mezquino sueldo señalado á los cargos públicos. Representa el tipo de las familias de altos funcionarios: el padre se casó machucho,

porque hasta entonces no tuvo suficiente sueldo para hacerlo; las hijas no se casan, porque carecen de dote; todo pasa á los hijos, quienes necesitan llevar un método de vida relativamente costoso, y llegan muy tarde á bastarse á sí propios; guárdanse con esmero las apariencias, y no es raro que en el interior de la familia se contenten con cosas que no pueden ver los de fuera de casa, viviendo del modo más mezquino. Además de esta nobleza (que sólo se encuentra en el ejército y en la administración pública), existe la nobleza fincada; pero ésta tampoco se distingue por ningún concepto de la clase media de igual posición, con la cual está en relaciones de alianzas por medio del matrimonio, ya casándose un aristócrata pobre con una burguesa rica, ya haciéndose un rico burgués marido de una señorita noble, pero sin bienes de fortuna. Otra tercera categoría está representada por los antiguos señores mediatizados. Algunos conservan importantes fortunas; pero la mayor parte de ellos vive en una pobreza relativa. No tienen ninguna influencia personal, y nada suponen dentro de la organización social.

Muy de otra manera pasan las cosas al Oriente.

La parte oriental decide notoriamente hoy de los destinos de Alemania, pues toda la fuerza y el particularismo de Prusia estriban en las provincias del lado de allá del Elba. Pues bien; esto no es obra del acaso, y es preciso buscar sus causas en la historia. Se puede afirmar que á su nobleza debe Prusia el haberse elevado á su actual poderío, y puede añadirse que, gracias á su nobleza, mantiene aún su supremacía hoy. Por eso, no es extraño que todo se consagre al sostén de esta clase decadente; tanto, que en ciertos momentos casi entran tentaciones de pensar que el imperio alemán sólo existe para el hidalguelo ó *Junker* del Elba oriental.

Remontémonos á la guerra de los Treinta años. Lo mismo que toda Alemania, el electorado de Brandeburgo veíase devastado de la manera más terrible. El Brandeburgo presentaba entonces, aún más que los otros países alemanes, la particu-

laridad de que en él no existía vida municipal ó ciudadana digna de importancia. Aquellas comarcas eran pobres; el suelo, todo de arena, no producía sino una insuficiente cosecha de centeno, allí donde no estaba cubierto de bosques de pinos achaparrados; ninguna mina, nada de vida mercantil. Los individuos de clase media eran escasos; no había más que hidalgos y labriegos. Pues bien; si se estudia el desarrollo del absolutismo en los demás Estados, obsérvase que en todas partes se apoya en los plebeyos y que éstos están en pugna con la aristocracia. Los príncipes electores de Brandeburgo no tenían á su pro esa fuerza. Claro es que de vez en cuando hicieron algunas tímidas tentativas para atraerse á su partido á los aldeanos y domeñar con su ayuda á la nobleza; pero en la naturaleza misma de las cosas está el que los campesinos vivan desparramados, que el trabajo al cual se dedican les quite las ganas de cualquiera clase de agitaciones, que sólo tengan una estrecha política de campanario, y, por consiguiente, no puedan asociarse á miras amplias y á grandes planes. Por otra parte, esas tentativas se hicieron demasiado tarde: los labriegos estaban ya bajo tal dependencia de los hidalgos de gotera, que el *Junker* era para ellos un personaje político, más poderoso que el príncipe elector. Por ende, el poder efectivo del país estaba en manos de los hidalguetes; y el príncipe reinante estaba obligado, en el fondo, á hacer lo que éstos quisiesen.

Tres puntos merecen considerarse aquí: el establecimiento ó más bien la agravación de la servidumbre, la condición de las clases rurales, la creación de los ejércitos permanentes.

No es de este lugar el referir cómo consiguió el hidalgo trocar en siervo al campesino que en otros tiempos tenía idénticos derechos que él. Cuanto más nos acercamos á los tiempos modernos, tanto más vemos al *Junker* agravar esa servidumbre para su mayor provecho personal. Procura á la vez ensanchar sus dominios, agregándoles las tierras de labriegos que quedaron yermas durante la guerra de los Treinta años, y más tarde expulsando sencillamente de sus campos

por un medio cualquiera á los aldeanos. El dominio señorial, que al principio no era mayor de una doble *Hufe* ó aranzada de tierra (1), extendióse así en algunas comarcas hasta el punto de incorporarse toda la campiña de un término municipal; pero no pararon aquí las usurpaciones. Los hidalgos tenían hijos y parientes á quienes colocar, y para eso hacían falta ejércitos permanentes en los cuales darles plazas de oficiales. Por aquel entontes el oficial tenía que desempeñar ciertos servicios económicos para el regimiento: esto producía muchas ganancias, según las ocasiones, y por tanto, era un modo muy cuco de emplear magníficamente el dinero para hacer negocio. Claro es que el ejército tuvo necesidad de aumentarse en proporción al número de nobles á quienes había que colocar; tanto, que, con motivo del último aumento del cupo militar, los diputados socialistas en el Reichstag han acusado al gobierno de no tener otro propósito sino el de crear plazas para ciertos personajes. Por eso, gracias á la enorme cifra de su ejército con relación á la importancia de su territorio, de su población y de sus recursos económicos, pudo arrogarse Prusia con el tiempo la supremacía del poder.

En la batalla de Jena hundióse ese Estado. Entonces se vió que su situación y sus instituciones ya no respondían al cambio de circunstancias. Bajo las banderas de Napoleón combatía un ejército salido del pueblo: los soldados franceses sabían que iban al fuego por la libertad y por la salvación de los suyos, á quienes habían dejado en sus hogares; bajo las banderas prusianas, costábales inmenso trabajo á los oficiales (gracias á la más severa disciplina) retener juntos á un puñado de mercenarios, montón de gente perdida, hato de vagabundos. Con tales tropas, que sólo ocasión esperaban para desertar, nadie podía resistir la táctica de Napoleón; y aun

(1) La aranzada de tierra equivalía, por término medio, á 765,97 áreas. La *Hufe* no tiene un equivalente constante en áreas: por ejemplo, la *Königshufe* tiene doble medida que la *Hufe* ordinaria, por eso varía según las regiones.

cuando los jefes del ejército prusiano hubiesen tenido mayores capacidades, no hubieran podido renunciar á los movimientos tácticos en orden cerrado, único que les permitía posibilidad de retener en filas á sus hombres.

Era necesario oponer al ejército francés, emanado del pueblo, un ejército del pueblo prusiano. Pero para tener éste, era preciso dar al pueblo prusiano lo que tenía el pueblo francés, abolir la servidumbre, y en condiciones tales que el campesino se convirtiese á su vez en propietario. Comenzóse por abolir la servidumbre y luego se derogaron los tributos feudales. Esta derogación había de efectuarse por medio del abandono de las tierras ó abonando su valor en moneda metálica. Compréndese que esta legislación tuviera las mismas consecuencias que la revolución francesa. El prodigioso entusiasmo de las guerras por la libertad fué su resultado.

Pero si la reacción política siguió inmediatamente á las guerras por la libertad, aún fué más rápida la reacción social. Preciso es ponerse en el caso del noble propietario del suelo. Hasta entonces no había tenido necesidad de caballos, pues los labriegos estaban sujetos á todas las prestaciones forzosas y gratuitas de yuntas. Naturalmente, tampoco tenía cuadras. Además, había podido pasarse sin criados y jornaleros, puesto que todos los siervos tenían que pechar con toda clase de trabajos. ¿Dónde iba á encontrar ahora los obreros necesarios para que le labrasen sus campos? Estando abolidas las prestaciones personales y la servidumbre corporal de otros tiempos, ya no podía hacer trabajar á nadie sino pagándole un salario y reemplazando los pecheros por trabajadores á sueldo; pero, ¿no preferirían los siervos de antaño labrar sus propias tierras? En definitiva, era menester proporcionarse caballos. Pero no se podía renunciar á la prestación forzosa del trabajo corporal humano, pues no podía esperarse hallar obreros voluntarios. Los nobles hicieron prevalecer su voluntad. Luego de terminadas las guerras, apareció una declaración que sólo reconocía como dueños de sí mismos á los labra-

dores que tuviesen una yunta; y se añadía que quienes carecían de caballos no podrían eximirse de los servicios manuales. Semejante estado de cosas no cesó sino con la revolución de 1848.

A pesar de esta medida, después de las guerras por la libertad hubo una abrumadora crisis de la propiedad territorial. Los precios, que se habían sostenido altos durante ellas, bajaron con rapidez. Y así como en las guerras por la independencia se crearon por vez primera oficiales plebeyos, de igual modo en las crisis posteriores recibieron un gran golpe las condiciones de la propiedad de la nobleza. Más de un propietario tuvo que declararse en quiebra, y sus bienes pasaron á manos de un plebeyo; á menudo de algún pastor, pues el pastor era en aquella época el capitalista de la comarca. Muchas de esas familias de ganaderos fueron ennoblecidas después; y aunque probablemente sólo tendrían sangre azul en las venas por efecto del derecho de pernada de sus antiguos señores, esta aristocracia de nuevo cuño, no deja de dar que hacer al sociólogo que carece de informes exactos acerca de los ascendientes y de las estirpes.

La baja de los precios de las tierras se sostuvo hasta 1830; después se reanudó progresivamente el alza. De 1860 á 1875, hubo un rápido aumento en el valor de los terrenos de labor; y esas circunstancias, tan ventajosas en apariencia, causaron, en realidad, la ruina, de la cual vemos hoy los comienzos.

Muchas cosas contribuyeron á ello. El descubrimiento de los *placeros* (álveos de riachuelos, de donde se extrae el oro) en California provocó una baja importante en el curso del oro, y, por contragolpe, un alza en el precio de las sustancias alimenticias, de la cual se aprovechó la agricultura. La elevación de precio de los víveres tuvo como consecuencia un aumento en la producción industrial. Al mismo tiempo se construyeron las grandes líneas de ferrocarriles. De ahí resultó mayor demanda de materias alimenticias y una elevación de

sus precios. Vino luego la guerra de Crimea, durante la cual no se exportó trigo ruso: y vino después la guerra de secesión en los Estados Unidos. Estas dos guerras dieron vuelo á la actividad industrial en Europa.

Este prodigioso impulso ha producido, en la antigua situación de los nobles, una revolución emanada del suelo. En el siglo anterior, aún eran primitivas las condiciones de existencia en esas provincias, y se vivía con una sencillez enteramente ruda. Los tiempos difíciles de los diez primeros años del siglo actual, con sus consecuencias que se prolongaron hasta 1850, habían enseñado también la parquedad y los gustos sencillos. La vida del oficial en el regimiento era análoga á la de su familia en sus posesiones. Todos los afanes y esperanzas de un padre limitábanse á poder enviar á su hijo el modesto subsidio que éste necesitaba para poder llevar con decencia la vida de oficial; y á dar una dote no menos modesta á las hijas, que se casaban con alguien de su misma condición y que viviese bajo el mismo pie que ellas.

Vivíase bien y en la abundancia con todo lo que la hacienda producía, y no precisaba de ningún modo comprar otras cosas. Había allí buen jamón, tocino, salchichas, huevos; no se comía carne sino cuando mataban á algún carnero, y el vino generoso era una rareza en la mesa mejor servida. En estas condiciones se crió la generación de los oficiales que hicieron la guerra franco-alemana de 1870 á 1871.

Esto cambió con el impulso económico.

Todos los dominios de la vida social tienen entre sí conexiones y no se comprenden el uno sin el otro. Por eso debemos tener en cuenta aquí la condición de las clases trabajadoras, cuyo actual desarrollo tiene tan grande importancia para el asunto de que nos ocupamos.

El punto de partida de la legislación obrera ha sido la situación del *Instmann*. Lo que la caracteriza es que el contrato de arrendamiento del servicio personal no se celebra con un individuo, sino con una familia; y que los obreros no recibenn

todo su salario en dinero, sino parte en productos naturales bajo la forma de derechos de trilla, que les asegura un tanto de la cosecha. En los años buenos, ese tanto es lo suficiente elevado para permitirles vender hasta cierta cantidad de grano; además, reciben un pequeño lote de tierra que ellos mismos cultivan. El 90 por 100 de estos obreros viven en el estado económico natural: les da la tierra casi todo lo que necesitan para alimentarse; cultivan lino para hacerse camisas, esquilan ganado lanar para hacerse ropas; hilan, tejen y ellos mismos se fabrican los vestidos.

En estas condiciones de trabajo, había estrechos vínculos entre el amo y los jornaleros. El hijo del *Instmann* haciase criado; su hija criada. Ambos desempeñaban las tareas cotidianas; para los trabajos exclusivos de una determinada época estaba el *Instmann*. Al quedar vacante la plaza de éste, casábase un criado antiguo y ascendía al cargo de *Instmann*. Todo esto estaba reglamentado, y las familias de los trabajadores del campo formaban parte, en cierto modo, de los dominios señoriales. El obrero agrícola tenía así desde la infancia el sentimiento de sus conexiones con el señor, quien por su parte se cuidaba del bienestar de sus servidores, cual nunca deja de acontecer cuando median esas íntimas relaciones. El trabajador tiene los mismos intereses que el amo. Si la cosecha de trigo es buena, su participación es grande; si están altos los precios, gana proporcionalmente tanto como el amo. Tiene una vaca, á veces hasta dos; vive con mucha sencillez, como el señor, pero de nada carece. Mata dos cerdos para el invierno; tiene manteca, leche, huevos, pan y patatas que le abasten. Regálase con espeso puré de guisantes con tocino.

En tales condiciones, eran grandes y robustos los hombres; virtudes consuetudinarias en ellos eran la obediencia y la adhesión á los señores; y cuando iban á la guerra, marchaba á su cabeza como oficial un hijo de su amo. Esos fueron los ejércitos de la campaña de 1870-1871.

La gran prosperidad económica fué desde luego fatal para esas gentes. Ya hemos visto que parte de los obreros agrícolas tiene ocupación diaria, al paso que otra parte sólo trabaja en determinadas épocas. Por efecto del gran impulso económico, ha llegado á ser más numerosa la que sólo es necesaria en ciertas épocas. Cuando no se trillaba el trigo sino con el trillo vulgar, los obreros tenían faena para el invierno; la introducción de las trilladoras mecánicas, que pueden acabar toda la trilla en otoño, ha hecho inútil el trabajo de esos mismos braceros en invierno. Al mismo tiempo, el cultivo de la patata y el uso del azadón en el cultivo de los trigos á consecuencia de la introducción de las sembradoras en línea, exigieron mayor suma de trabajo durante el estío. Así llegó á ser oneroso el mantener los contratos anuales con una familia; prefirióse emplear al obrero enteramente libre, á quien no se le pagaba más que un salario en dinero, que sólo trabajaba cuando había necesidad de él, y que en lo restante proveía él mismo á su propia subsistencia.

El alza en la renta del suelo tiene siempre como consecuencia la concentración de la propiedad territorial en pequeño número de manos, mientras que la baja produce á menudo el resultado de subdividir grandes haciendas rurales. El antiguo predio señorial no era muy extenso, pues no medía más de doscientas hectáreas. Entonces se formaron *latifundia*, compuestos de varios fundos reunidos; y los *latifundia* que ya existían agrandáronse. Los dueños de los nuevos *latifundia* sólo en parte eran descendientes de la nobleza antigua; y, aun donde todavía lo son, sólo es casi siempre por línea paterna. El antiguo *Junker* no tenía capital inmediato para comprar una gran propiedad territorial; sólo podía adquirirla casándose con una plebeya rica. Con la revolución de 1848 comienza la invasión de los ministerios por funcionarios plebeyos de los países ribereños del Rhin. Los Hausemann, los Camphausen, los Delbruck y otros descendían marcadamente de las circunscripciones industriales de Prusia, de Westfalia y de la

provincia rhiniana. En la misma época celebráronse alianzas de familia entre los nobles del Elba oriental y los plebeyos de las márgenes del Rhin. Además, muchas hijas de banqueros y bolsistas israelitas se enlazaron con hijos de familias de rancio abolengo. Sin embargo, la otra parte de los nuevos poseedores de *latifundia* era de origen puramente plebeyo. Entre las dos clases no hay más diferencia que los nombres; pero, en realidad, la primera no tiene ya nada de común con la aristocracia antigua. Esto se ve también en la situación política. Los antiguos *Junker* son conservadores de antiguo cuño; los nuevos propietarios de *latifundia* son conservadores á la moderna; y mientras que los primeros eran declarados adversarios de los liberales nacionales, los últimos combatían unidos con éstos.

En Alemania no tenemos ninguna estadística que permita seguir el curso de esos movimientos. Tomamos las cifras siguientes de una información privada hecha por el Dr. Meyer acerca de la provincia de Pomerania.

En 1856 había en Pomerania 25 grandes propietarios territoriales nobles dueños de 229 haciendas; en 1891, los mismos propietarios tenían 485 fincas rústicas. En 1891, había en esa provincia:

76 nobles, propietarios de *varias* haciendas: 182 fincas, que representaban 109.950 hectáreas;

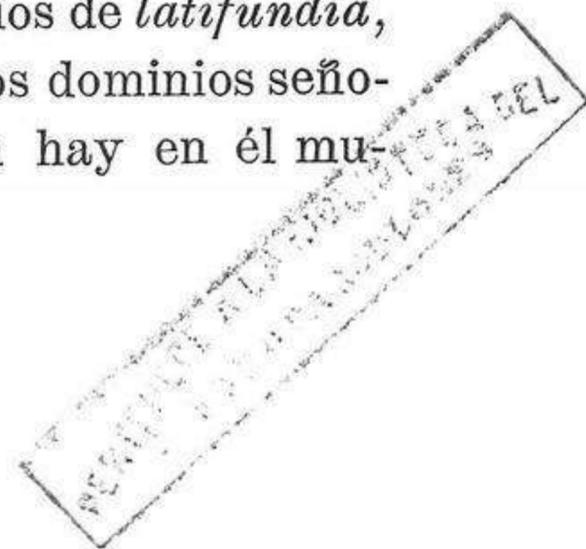
219 nobles, propietarios de *una sola* hacienda: esas 219 fincas representaban 169.432 hectáreas;

119 plebeyos, propietarios de *varias* haciendas: 295 fincas, que representaban 131.198 hectáreas;

y 785 plebeyos, propietarios de *una sola* hacienda: esas 785 fincas representaban 377.591 hectáreas.

Los 219 nobles que sólo poseían *una* hacienda, son los descendientes auténticos de los antiguos *Junker*.

En la actualidad, los hijos de los propietarios de *latifundia*, lo mismo que los de los poseedores de antiguos dominios señoriales, aún sirven en el ejército; pero también hay en él muchos hijos de la clase media industrial.



Luego veremos qué giro trágico toman los negocios de la nobleza alemana.

Según es fácil de comprender, los resultados de la guerra de 1870-1871 rodearon de inmensa aureola de gloria al ejército alemán; y el oficial ocupa una posición muy alta en la jerarquía social. Por eso es muy apetecida la carrera militar; sólo que hoy no es ya el hijo del modesto dueño de un dominio señorial quien da el tono en el cuerpo de oficiales, sino la *juventud dorada*, los jóvenes ricos del país. En general, han aumentado con exceso las necesidades de placeres y de lujo; tanto que en varias ocasiones se han dejado ya oír quejas. Por consiguiente, de año en año se ha hecho más difícil para la nobleza antigua mantener á sus hijos en el ejército; y eso hace que la aristocracia de pergaminos se vea sustituida ya en los cuadros de la milicia por la clase media y la aristocracia del dinero.

Agréguese á esto el tremendo cambio de situación económica, que dura desde 1874 y 1875. La baja de precio de los productos agrícolas data de 1874. El trigo, que en 1874 aún se cotizaba en el mercado de Londres á 58 chelines y 6 dineros, en 1875 ya no vale más que 45 chelines y 2 dineros; en 1893, cae hasta el precio de 26 chelines y 4 dineros.

Pues bien; esta baja de precios tiene una significación importante.

El cultivo intensivo, la creación de las destilerías de alcohol, etc., habían reclamado capital. Este no se encontró sino por medio de la hipoteca; y en el estado de cosas de entonces, recurrióse á ella sin dificultad. Hipotecar sus bienes era un medio de enriquecerse. En circunstancias ordinarias, para un propietario territorial que cultiva él mismo sus tierras (y ese es el caso general aquí), puede ser ventajoso gravar con hipoteca sus haciendas. El capital prestado sobre fincas paga un interés mucho menor que el producido por el dedicado á empresas industriales, y en esta última categoría entra el capital de explotación agrícola. Mientras que el ca-

capital territorial hipotecado no pagaba más que una renta del 4 por 100, el capital llamado de arrendamiento producía una renta del 8 por 100. Por tanto, si el propietario hipotecaba sus bienes, la parte de su capital que daba una renta inferior representaba una cifra más pequeña de lo que de otro modo hubiera sido.

Otra circunstancia había en las provincias orientales. En esa parte de Alemania existen aún sociedades de crédito que vienen de siglos atrás y están abiertas á los poseedores de bienes señoriales: se llaman *Landschaft*. Estas sociedades é instituciones de crédito, por efecto de donativos del Tesoro real ó de otras maneras, andando el tiempo, han adquirido un capital propio y pueden prestarlo á un interés mínimo. Sólo piden el 4 por 100, del cual se reserva el 0,50 por 100 para amortización; de modo que los propietarios no tienen que pagar más que el 3,50 por 100 de interés. Pues bien; como el interés corriente entonces era más alto, los poseedores de bienes señoriales hacían un buen negocio dando á la *Landschaft* hipoteca sobre sus tierras y comprando sencillamente con el producto de este empréstito títulos de la Deuda pública, ó sea una renta del 4 por 100 garantizado. Con el tiempo, al terminar la amortización, habían ganado bonitamente el importe de las sumas hipotecadas.

A igualdad de circunstancias, esto era una buena suerte. Pues bien; según ya sabemos, subió la renta territorial. Por tanto, desde ese momento era más ventajoso para los propietarios, en vez de comprar papel, hacer nuevas adquisiciones de tierras con el importe de las hipotecas. Así tenían además el beneficio que pudiera esperarse del alza de la renta territorial. Pongamos el ejemplo siguiente: los Sres. A. y B. tienen cada uno una hacienda rural libre de deudas y que vale 100.000 thalers. Cada uno de ellos toma en 1850, en la *Landschaft*, un préstamo hipotecario de 66.000 thalers. El Sr. A. emplea estos últimos en renta del Estado prusiano, y con los cupones paga los intereses hipotecarios. Al cabo de cuarenta

años, en 1890, encuéntrase con su hacienda exenta de cargas, y además con 66.000 thalers en consolidados prusianos. Por su parte, el Sr. B. compra con sus 66.000 thalers otra nueva hacienda; la hipoteca por 44.000 thalers, y así sucesivamente, hasta que se encuentra en posesión de una propiedad de bienes raíces valorada en 300.000 thalers, de los cuales están hipotecados 200.000 thalers en la *Landschaft*. Según sus cálculos, todas sus haciendas deben reeditarle el 4 por 100. Con los dos tercios de ese interés paga los censos hipotecarios, que amortiza, y al cabo de cuarenta años tiene fincas rústicas libres de gravámenes y que valen 300.000 thalers. Entre tanto, la renta territorial se ha beneficiado de un alza, pongamos que del 25 por 100. Por consiguiente, el valor real de los bienes raíces es en la actualidad de 375.000 thalers; el valor de los bienes del Sr. A. es á la sazón de 125.000 thalers. El Sr. A. ha ganado $66.000 + 25.000 = 91.000$ thalers; al paso que la ganancia del Sr. B. es de $200.000 + 75.000 = 275.000$ thalers, ó sea triple que la del Sr. A.

Además de esas deudas de pura especulación, había las deudas de sucesión hereditaria, influidas también por el alza de la renta territorial. Cuanto más subía ésta, más elevada era también la hipoteca que el heredero tenía que dejar tomar sobre los bienes heredables.

A partir de 1874, las rentas de las tierras han sufrido una gran baja. Las causas de ella son: la baja del precio de los trigos, por la competencia de Ultramar; más tarde, el retroceso de la industria alcoholera, por la competencia rusa primero y después por la superabundante oferta de los alcoholes en todos los mercados del mundo. La exportación de los alcoholes de Alemania era en 1881-1882 (punto máximo) de 100 millones de litros; en 1892 descendió á 7 millones! Vióse entonces el reverso de la medalla: mientras que de 1850 á 1875 se ganaba en grande con la hipoteca, ésta conducía ahora á las gentes al borde del abismo. Estímase en un 25 por 100 la baja de la renta territorial en las provincias sitas al Oriente

del Elba durante estos últimos veinte años. Figurémonos ahora que los Sres. A. y B. hiciesen su respectiva operación rentística en 1874. En la actualidad el Sr. A. posee un finca rústica que ya no vale más que 75.000 thalers y que está gravada con una hipoteca de 66.000 thalers amortizada en parte; además tiene 66.000 thalers en rentas del Estado.

Aún sale del apuro sin pérdida, gracias á la *Landschaft*. El Sr. A. tiene bienes raíces que ya sólo valen 225.000 thalers (1), con 200.000 thalers de deudas hipotecarias, también en parte amortizadas. Ha perdido una porción de su capital. Añádase á esto que uno y otro se habían acostumbrado á gastar anualmente el 4 por 100 de interés de 100.000 thalers; si continúan viviendo bajo el mismo pie, se interrumpe la amortización, pues necesitarán contraer nuevas deudas cada año. En otro tiempo se decía: «cuanto más se hipoteca, tanto más se gana». Ahora es preciso decir: «cuanto más se hipoteca, más se pierde.»

Nuestros Sres. A. y B. aún pueden soportar sus respectivas pérdidas; pero la situación es mucho más difícil para quienes están gravados con deudas hereditarias á consecuencia de las tierras que les han sido legadas por sucesión, y se ven reducidos á vivir de la renta de la parte no hipotecada de sus bienes. Por ejemplo: si el Sr. A. es primogénito entre tres hermanos y cada uno de los otros dos han recibido 66.000 thalers, deduciendo cierta cantidad por amortización, sólo le quedan actualmente á él $75.000 - 66.000 = 9.000$ thalers como valor real de su hacienda; y como en estos tiempos difíciles no ha podido pensar en la amortización, acaso haya contraído más deudas nuevas que amortizado antiguas.

Tal es hoy la situación de los propietarios de dominios señoriales, por lo menos de la mayor parte de ellos. Y adviér-

(1) 225.000 thalers suponen una pérdida del 25 por 100 con relación á 300.000; pero suponen una pérdida del 40 por 100 con relación á 375.000 thalers que llegaron á valer los bienes del Sr. A. cuando sus rentas subieron un 25 por 100, según el articulista.—(N. del T. esp.)

tase que al valorar la baja de las rentas del suelo en 25 por 100, tomamos la cifra mínima.

Otras razones decisivas se agregan á lo que llevamos dicho.

Cuando se ignora si los propietarios territoriales tienen otros recursos, sólo puede tener un valor hipotético la estadística de la deuda privada, fundándose en lo que antecede. Sin embargo, podemos indicar las cifras asentadas por el señor Miquel, fundándose en las bases para la exacción del impuesto sobre la renta para el ejercicio económico de 1893-94. Véase aquí el cuadro:

CIRCUNSCRIPCIONES TERRITORIALES	Valoración de la renta según la pro- piedad territorial. — <i>En marcos.</i>	VALORACIÓN DE LOS INTERE- SES DE LA DEUDA	
		En marcos.	Tanto por 100 de la renta.
Koenigsberg	14.379.000	7.355.541	51
Gumbinnen	7.484.201	3.280.197	44
Dantzig	8.082.819	3.921.232	48
Marienwerder	10.526.259	6.066.150	58
Postdam	30.110.133	16.007.049	53
Francfort	12.970.118	6.278.306	48
Stettin	12.723.454	6.133.730	48
Koeslin	7.752.553	5.026.927	65
Stralsund	6.490.072	3.235.789	50
Posen	14.964.382	8.998.799	60
Bromberg	9.648.836	5.769.292	60
Breslau	24.599.682	10.726.562	44
Liegnitz	13.095.777	6.549.372	50
Oppeln	16.229.526	7.757.286	48

De suerte que el 44 al 65 por 100 de las rentas hay que abandonarlo á los acreedores. Añadamos á esto los intereses de los créditos no hipotecarios, las pérdidas causadas por las crisis agrícolas, y veremos que en muchos casos los alemanes linajudos están condenados á morir de hambre.

En las circunscripciones territoriales del Oeste son mucho

menores las deudas: el porcentaje más alto es allí del 29, en Arnsberg; el más bajo es del 14, en Aquisgrán y en Osna-bruck.

Queda manifiesto que la mayor parte de la gente está al borde del abismo; si continúa la baja de los precios, se verán precipitados en él del todo.

A todas estas causas agréganse también las consecuencias de los cambios producidos en la organización obrera. Los trabajadores del campo y de las comarcas de Levante, cada vez menos ligados y más reducidos al simple salario en dinero, naturalmente han comparado sus jornales con los de los obreros de las ciudades y de las comarcas de Poniente. De ahí ha resultado un éxodo general hacia las ciudades y una emigración anual hacia el Oeste. Las extensas plantaciones de remolacha y el cultivo mucho más intensivo en esta parte, requieren en la temporada de la recolección un gran número de braceros, asalariados nada más que para este período del año; y suelen colocarse sobre todo los que antes estaban empleados por los propietarios territoriales del Oriente. En Abril comienzan á despoblarse las aldeas, y á menudo sólo quedan en ellas viejos inútiles y niños. En el Oeste, los *Sachsengænger* (los que van á Sajonia), como se les llama, ahorran lo suficiente para satisfacer sus necesidades en sus casas durante el invierno; y cuando poseen en su pueblo algún trozo de tierra, pueden reunir al cabo de años un capitalito de unos cuantos centenares de thalers. Los propietarios de fincas rústicas de Levante no tienen por su parte más medio de salir del apuro que llamando á braceros nómadas, que les suministra principalmente la Polonia rusa. Pero no siempre basta este recurso. A menudo, es tan grande la falta de brazos, que cuesta sumas dificultades entrojarse las cosechas; hasta ocurre á veces que se pudra parte de ellas en el campo, por carencia de obreros. El efecto natural de semejante estado de cosas es la carestía de los salarios, lo cual hace aún más desfavorable la posición de los propietarios de dominios señoriales. Esto se remedia tem-

poralmente tomando otros segadores que vienen de Rusia. Por último, se llegará á determinar á la Polonia rusa á establecerse de un modo permanente en las provincias del Elba oriental. Así se vería al elemento alemán rechazado por el elemento eslavo de ese mismo suelo que aquél conquistó á éste á fuerza de trabajos y de luchas.

No cabe dudar que tales circunstancias, ejercen perniciosos efectos en la condición de los obreros del campo, la cual es ahora más desfavorable que antes; y lo único que puede consolarles de ello es el progreso que han hecho para elevarse á un grado más alto de cultura intelectual. Pero si los trabajadores rurales llegan á ser más inteligentes y á tener mayor conciencia de sí mismos, eso será un nuevo peligro para los nobles. En efecto, los segundos habían considerado siempre á los primeros como su hueste política; y hoy se advierte ya que comienzan á debilitarse las opiniones conservadoras de esta población obrera agrícola.

Pues bien; sobre todo en el actual estado de cosas, quien dice poder político dice también ventaja económica. Si los nobles pierden esta última, también se les escapa de la manos el primero.

Los aristócratas han hecho votar en su propio beneficio los derechos aduaneros sobre los trigos, las primas á los alcoholes y azúcares. Estas son ventajas muy reales. Por el contrario, no ha cesado el retroceso de la renta territorial, aunque también ha disminuido. Parece que ha de ser más eficaz la legislación acerca de la propiedad parcelaria.

No puede preverse cuándo y cómo tendrá fin el movimiento descendente de la renta territorial; y la desesperación que causa una propiedad que de año en año disminuye de valor, induce á los antiguos propietarios á desprenderse de ella. Los compradores se encuentran en la clase inferior del pueblo, donde siempre háy gran deseo de adquirir un pedazo de tierra. Pero sólo hay un obstáculo, y es que esas gentes no suelen tener el capital necesario. Gracias á un ingenioso sistema

de pago á plazos combinados con el crédito abierto por el Estado, tienen esas capas de la población el medio de adquirir en parcelas los bienes de la aristocracia casi tronada, y esas compras se realizan á altos precios, como es de regla en esas ventas parcelarias.

Trátase aquí de dos leyes, la una de 27 de Junio de 1890 y la otra de 7 de Julio de 1891. La última contiene las disposiciones reglamentarias para ejecutar lo legislado en la primera. En el corto tiempo transcurrido hasta fin de 1892, ofreciéronse 150.000 hectáreas de terrenos apartelados y se constituyeron 572 pequeñas propiedades, que sumaban en junto 6.550 hectáreas; en el siguiente año se constituyeron 1.882 propiedades que comprendían 17.379 hectáreas; y más adelante 3.673 propiedades, formando 37.886 hectáreas cuya superficie se ha deslindado, pero cuya transmisión de dominio no se ha hecho aún definitivamente. Además, se han ofrecido otras 114.000 hectáreas más.

La perspectiva del porvenir para los adquirentes de esos bienes es de lo más triste que imaginarse pueda. Con independencia de la baja futura de la renta territorial, tendrán que padecer por efecto de que cediendo á la seducción de las condiciones de pago, por lo común compran las tierras á un precio muy alto, lo cual no puede tener otra salida sino la de formar un proletariado de *Kuhbauer* (1), que vive en las condiciones más miserables y precarias.

Pero cuando el último aristócrata haya convertido en propiedad parcelaria y vendido su última hectárea de tierra, podrá decirse que se acabó la clase noble en Prusia; entonces compartirá la suerte de sus iguales en los países donde está en decadencia, y descenderá hasta desaparecer entre la clase media.

(1) El *Kuhbauer* es un campesino que no tiene caballos para la yunta, sino vacas, porque su lote de tierra es harto pequeño para permitirle mantener caballos.

Según hemos visto al comienzo de este estudio, la nobleza fué el factor esencial de la formación del Estado en Prusia; hoy, todavía es el verdadero sostén del Estado, y, por consiguiente, del imperio, en su actual constitución. La burguesía alemana se ha mostrado incapaz de desempeñar ese papel. Pero hay en Alemania un poder que no ha llegado aún á entrar positivamente en la actividad política, es cierto, pero que ha dado pruebas de significativas aptitudes políticas, y empieza á pesar hoy mucho en la balanza política: me refiero á la clase de los obreros industriales.

Las revoluciones sociales tienen muchos vínculos con las revoluciones políticas. Es difícil imaginar que la abdicación de la aristocracia pueda efectuarse sin sacudimientos políticos; y el resultado probable de éstos será el advenimiento de un gobierno democrático de obreros, lo cual cambiaría toda la situación política.

Los Estados europeos van á paso de gigante hacia una terrible catástrofe. Su constitución económica tiene por base la exportación, y los diferentes dominios de ésta se emancipan cada vez más de Europa. Si ese movimiento sigue con obstáculos, no puede engendrar en Europa sino falta de trabajo, pérdida de los medios de producción, empobrecimiento y despoblación. Añádase que la pequeña Europa se divide en dos campos enemigos, el alemán y el francés; y que agota sus fuerzas en armamentos inútiles, mientras nuestros adversarios económicos, los Estados Unidos, las Indias, Rusia, representan enormes territorios donde no hay traza ninguna de guerras interiores. Las condiciones de la existencia futura de Europa dependen de una alianza entre los Estados europeos, sobre todo entre Alemania y Francia. La sensible anexión de Alsacia y Lorena ha hecho nacer en Francia el afán del desquite, y en Alemania el miedo al mismo. Así se encuentran separados por una desconfianza recíproca los pueblos llamados á proseguir de común acuerdo los progresos de la civilización europea.

Si en Alemania pasa el gobierno á manos de los obreros, todo puede mudar por efecto de ello, pues el partido obrero fué el único que en la época de la guerra protestó contra la anexión de Alsacia y Lorena; por consiguiente, no tendría que hacer sino reanudar ó continuar su antigua política, para conseguir aliarnos con Francia. Y entonces quedaría Francia libre de esa alianza que tan pesadamente gravita sobre el resto de Europa. El papel de Prusia, después de la destrucción de Polonia (la más loca perfidia que se ha cometido en el mundo), sería el de impedir la creciente supremacía de Rusia. No ha desempeñado este papel, porque los aristócratas han sacrificado por sus intereses personales los intereses europeos, mucho más grandes. Aun después de la campaña de 1870-1871, si hubiesen podido aliarse Alemania y Francia, estaría realizada hoy esa tarea; pero Francia ha sido empujada á los brazos de Rusia. Esto es absolutamente lo mismo que aconteció cuando Polonia fué desmembrada á causa de sus disensiones interiores; y los países europeos sufrirían la misma suerte que la Polonia de antaño, si la constitución social de la Alemania de hogaño no estuviera en vías de disolverse y trasformarse.

DR. PABLO HERNST.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el

LICENCIADO PERO PEREZ.

CRONICA INTERNACIONAL

Los boeros en el Transvaal.—Su origen holandés.—Caracteres de Holanda y Flandes.—Historia de ambos pueblos.—Causa del crédito que los holandeses gozan en Alemania é Inglaterra.—El Transvaal y sus conflictos.—Luchas entre los boeros y los uitlanderes.—El presidente Kruger y el filibustero Jameson.—Grandes simpatias de Inglaterra por éste.—Intervención de Alemania en el conflicto.—Muerte del gran estadista belga Frere Orban.—Aniversario de una escuela en Suiza y de un Imperio en Alemania.—Muerte de Floquet.—Otros muertos ilustres.—Problemas intercontinentales.—Alianza de Rusia con Turquía.—Inglaterra y los discursos de sus jefes sobre las cuestiones pendientes.—Bautizo del principe Boris.—Conclusión.

I

EL célebre conflicto entre los boeros y los uitlanderes del Transvaal ha puesto de moda la raza holandesa durante todo el mes que acaba de expirar ahora, durante todo el mes de Enero último. En estrecho triángulo, cuyo vértice da en el mar y cuyos lados en las fronteras de Francia y Alemania, extiéndense los húmedos Países Bajos, combatidos á la continua por las hirvientes olas de los mares del Norte y á la continua inundados por las turbias desembocaduras del Rhin, del Mosa y del Escalda. Semi-celtas y semi-germanos aquellos pueblos, según que se aproximan á las fronteras de Francia ó á las fronteras de Alemania, casi han escapado y huido al poder omnímodo y absoluto del Lacio en-

tre sus inciertas y fangosas marismas, á pesar de nominales sumisiones en tiempo del Imperio. Verdad que César exterminó algunas de sus tribus más numerosas y fuertes, sin dejar varón alguno á vida; pero verdad también que si les impuso pechos, no los pagaron jamás, acaso, cual dice con gracia un escritor moderno, porque no tuvieran medios con que pagarlos. Distinguíerose con distinción verdadera entre todos aquellos pueblos el pueblo bátavo, quien unas veces se unía con los germanos y otras veces con los latinos en sus luchas constantes. El nombre de Civilis flota sobre los héroes opuestos á Roma como el nombre de Viriato en España y como el nombre de Arminio en Alemania. Sin embargo, nada hoy de cierto se alcanza respecto al fin de la historia de Civilis; y no sabemos todavía si murió frente al poder ó bajo el poder de la diosa Roma. El Imperio tuvo á los Países Bajos entre sus provincias; pero no los marcó profundamente con su indeleble sello. Cuando las irrupciones bárbaras vinieron, hallaron coexistentes y sin mezclarse sus dos razas fundamentales, la raza celta y la raza germánica. Desde los tiempos de Vespasiano hasta los tiempos de Odoacro, los Países Bajos tuvieron la dominación de Roma, pero no el carácter romano. Así reciben las irrupciones bárbaras sin protesta y quedan esencialmente los mismos, celto-germanos como en sus comienzos, bajo el poder nuevo de los francos. El caudillo Carlos Martel sujetó los Países Bajos á la Monarquía franca; y el prelado Bonifacio á la Iglesia católica. En tiempo de Carlo-Magno subleváronse al par que las tribus sajonas, pero Carlo-Magno los sometió bien pronto y los tuvo reunidos bajo un solo cetro. Este mismo Carlo-Magno quiso restaurar el antiguo imperio latino, poniéndolo bajo la tutela de los Pontífices de Roma; y sus tiempos no se lo consintieron. En cuanto el grande hombre se tendió sobre su lecho de granito en Aquisgrán, el feudalismo, rudo germen de futuras edades regado con sangre, debió estallar, para que la ley de variedad se cumpliese fielmente, como en el Universo, en las

humanas sociedades. Indignos sucesores dejaron caer de sus manos debilitadas la unidad formidable que fundaron Pipino y Carlo-Magno. Los Países Bajos entraron por entonces en el caos propio de la Edad Media. Aquí los obispos de Utrecht, allá los condes de Brabante, acullá los duques de Luxemburgo, más lejos los barones de Malinas y los marqueses de Amberes constituían varios Estados sin unidad, erigidos todos en la fuerza. Cinco siglos duró este régimen de tristísimo aislamiento. Pero en estos cinco siglos dibújanse los tres elementos, que han de disputarse con disputas eternas el predominio en las sociedades cristianas y han de tejer la nueva urdimbre de una civilización poderosa. Estos tres elementos resultan: la nobleza militar, que libra en la espada su derecho y que tiene la espada por cetro de gobierno y por balanza de justicia; el clero, que representa por sí sólo el ideal humano de aquellas edades y difunde con la luz de la ciencia eclesiástica el calor de la vida espiritual; y el comercio, que trabajando y vendiendo, aquista oro, con el oro independencia, con la independencia libertad, con la libertad derechos, con los derechos una fuerza muy superior á la fuerza del ejército y un ideal mucho más luminoso que todo el ideal de la clerecía. Esta última clase funda y compone las grandes ciudades mercantiles, que darán su carácter democrático y su gobierno republicano á Holanda. Los escandinavos con sus irrupciones, las cruzadas con sus mezclas de clases, el movimiento municipal con su carácter emancipador, el comercio con su riqueza que levantaba y ennoblecía el trabajo, las cartas donde se hallaban escritas ideas confusas de libertad echaron los fundamentos de aquellos progresivos Estados, los cuales habian bien pronto de iluminar y esclarecer la tierra con el calor y la luz de sus progresivas democracias.

II

Por 1417 un esbozo de unidad aparece, como incierto albor, en los Países Bajos. Una joven de diez y siete años hereda el imperio de sus tres fundamentales provincias, y muere después de haberlas poseído, combatida y destronada por su sobrino el duque de Borgoña, llamado el Bueno, según anti-frasis frecuentísima en la historia. El principio de unidad indispensable á los Estados modernos, fundada en Francia por Luis XI, en Inglaterra por los Tudores, en España por Fernando el Católico, se funda casi al mismo tiempo en los Países Bajos por los duques de Borgoña, quienes, merced á la traición de Felipe llamado el Bueno, se apoderan del dominio de las Provincias Unidas y establecen la necesaria unión, poniéndole por cúspide su corona. Dueño de la baja y alta Borgoña; conde, por herencia, de Flandes y Artois; comprador de Namur; soberano por el dolo y la fuerza de Holanda y Zelanda; usurpador del ducado de Brabante, al cual otras soberanías iban anejas; tanta fuerza y tanto poder, si bastaron á dar unidad á tan diversas regiones, verdaderamente no bastaron á destruir la libertad, por más que resultara incompatible principio tan humano y progresivo como éste con autoridad y poder tan fuertes como el poder y autoridad obtenidos entonces por los duques de Borgoña. Dados estos á restringir las franquicias populares, no pudieron evitar que surgiera la Reforma, ni que se inventara la imprenta, proporcionando una y otra poderosas fuerzas á los que ya tenían aliento propio adquirido en los combates formidables con las olas y con los vientos.

III

A Felipe llamado el Bueno, sucede Carlos llamado el Temerario. Ningún apellido tan justificado. El nuevo duque de Borgoña nace con los intintos del combate como las alimañas carniceras. Dotado por las previsiones paternas de un ejército permanente y de un cuantioso tesoro, entra en liza, como si las armas fueran órganos naturales suyos; y lucha con todo el mundo, como si todo el mundo fuese su enemigo. Así aquella serie de combates que no concluyen jamás; combate con Luis XI de Francia, combate con los cantones de Suiza, combate con todos cuantos estaban cerca de su mano. Tres campos nefastos funestaron la historia de este Aníbal de la derrota: el campo de Granson, el campo de Morat y el campo de Nancy. Carlos el Temerario murió á la edad florida de cuarenta y tres años, dejando los Estados varios que componían su corona fuerte y deslumbrante, á la princesa su hija, designada en la historia con el nombre de María de Borgoña. Como sucede á la muerte de todos estos tiranos, y al comienzo del débil imperio de todas estas pobres mujeres, los instintos populares se despiertan y reclaman nuevamente los derechos desconocidos por la traición y atropellados por la fuerza. En cumplimiento de tal histórica ley, los pueblos varios de los Países Bajos compendian sus derechos en fórmulas claras y los elevan á la consideración de su nueva soberana, quejándose de los desacatos y agravios inferidos á su venerable grandeza por el abusivo poder de Felipe el Bueno y de Carlos el Temerario. A tal requerimiento de los pueblos, brota el Gran Privilegio, carta constitucional de Holanda, en cuyos párrafos se ven á una contenidas y consagradas todas las viejas libertades históricas.

Los Países Bajos entraban de nuevo en el goce de sus derechos. El ciudadano de Flandes y de Holanda podía holgarse con representar la mayor suma de libertad conocida entonces en Europa. La duquesa María hubiera desmentido su oficio regio si no conspirase contra las libertades mismas que otorgara mal de su grado. Apenas reconoce las nuevas instituciones, cuando ya envía emisarios á Francia para entenderse con Luis XI y tratar de destruirlas. El taimado rey francés encuentra muy llano delatar á los libres holandeses y flamencos las tramas urdidas contra sus libertades; y los ciudadanos de Gante se apresuran á colgar á los embajadores que los han traicionado y vendido. Ningún poder humano podrá salvarlos. María sale de su palacio y va hacia el mercado á interceder por ellos, tocada de luto, desceñida de cintura, despeinada y llorosa: nadie la escucha. Los pueblos han recobrado su libertad y están decididos á defenderla contra las perfidias del débil y contra las violencias del fuerte.

IV

María de Borgoña se casa con Maximiliano de Austria. Tan trascendental matrimonio se cumple á 18 de Agosto de 1477. Maximiliano comprende que la fuerza está en manos del partido municipal; y conspira en el palacio de su mujer á favor de los municipios. El cielo, en estas le da un heredero; y el heredero se llamará en la historia Felipe el Hermoso. Pero una casualidad le deja huérfano de madre á los cuatro años. La duquesa María, tan amiga de los ejercicios ecuestres como su padre Carlos el Temerario, cae del caballo en una carrera vertiginosa y se mata. Entonces Maximiliano reclama la tutela de su hijuelo y reivindica la regencia. Pero si Holan-

da le reconoce tal derecho, Flandes se lo niega. Una regencia colectiva se apodera del nuevo monarca y gobierna en su nombre desde la mercantil y artística ciudad de Brujas. El archiduque Maximiliano corre á derribar tal gobierno, pero con bien escasa fortuna. Empeñado en un combate, véncenlo sus enemigos, y lo apresan, y lo encierran en humilde vivienda de la plaza del Mercado. El regio cautivo, para salir de tal encierro, tiene que pactar con sus carceleros, los cuales, á una, le imponen condiciones bien duras. Acéptalas, cuando preso, el taimado; y las revoca una vez libre. La división á que las democracias parecen condenadas por su exceso de vida, basta indudablemente á explicar la victoria del monarca sobre su pueblo. Si Holanda hubiera seguido á Flandes en la reivindicación del derecho de los ciudadanos al gobierno, y en la protesta contra los ejércitos extranjeros, no predominaran, no, las dobleces y las traiciones de Maximiliano sobre la justicia y la libertad.

V

Maximiliano se venga de la resistencia de Flandes. La carta concedida y jurada por María desaparece traidoramente, por su voluntarioso viudo borrada. Muchos ciudadanos mueren á una en la horca por haber querido convocar Congreso general que tuviese á raya los caprichos del regente. A las arbitrariedades políticas suceden las extorsiones económicas en el fatal gobierno de éste. No contento con esquilmar á su pueblo por los tributos, se mete á monedero falso. Después de tan colosal estafa, prescribe que todos los patrimonios particulares, faltos de sucesor varón, pasen á la corona. Todas aquellas provincias, inclusa la Frisia, cuyos

habitantes se creían más libres que los huracanes y los oleajes de sus costas, caen bajo el yugo infame de una misma servidumbre. En 1496 se verifica el matrimonio de Felipe el Hermoso; y cuatro años más tarde, al comenzar el siglo XVI, en su año primero, nace de este matrimonio el Gran Carlos V. En 1506 Felipe el Hermoso muere, y la corona de los Países Bajos pasa entonces á las sienes de Carlos V.

VI.

Gante merecía entonces el título de la ciudad principal de Flandes y de una de las principales ciudades del mundo. Erasmo, muy amigo de los reyes y poco amigo de los pueblos, alaba y encarece á Gante por centro de cultura, de riqueza, de inspiración y de trabajo entonces. En Gante había nacido su nuevo poderosísimo señor, Carlos. Llanuras fértiles la circuían; calles y plazas espaciosísimas la formaban; monumentos de primer orden la enriquecían; libre constitución la dignificaba; y sus innumerables fábricas y sus ejércitos de trabajadores decían que aquella fabulosa prosperidad estaba sostenida por la mayor y más fecunda entre todas las fuerzas, por la fuerza material del trabajo, que genera y vivifica la fuerza moral de la virtud. Gante, como ciudad libre, tuvo con Carlos una gran diferencia por causa de los enormes tributos que demandaba éste para sostener tanta y tan ruinoso guerra como tenía empeñada en las cuatro partes del mundo. En su resistencia los ganteses, no solamente se negaron al pago de los tributos, sino que requirieron de amistad y trato al rey de Francia. Francisco I procedió con los súbditos de Carlos V como había procedido Luis XI con los súbditos de María de Borgoña. En vez de agradecer tal afecto, los delató al soberano que debía conside-

rarlo como un crimen. Pidió Carlos I permiso para poder atravesar la tierra de Francia en este gran conflicto con sus paisanos, fiándose por completo á la caballería personal de su enemigo; y Francisco I le dejó el camino franco y le trató como merecía en el hospedaje debido á tan excelso huésped.

VII.

Cuando Carlos llegó á Gante, duró la entrada triunfal de su cortejo en la ciudad más de seis horas. Precedíanle cuatro mil lanceros armados hasta los dientes, cinco mil mosqueteros de los más diestros entre sus numerosas tropas, y cinco mil alabarderos, guardias todos personales de su cuerpo y de su vida, que, por el número y por el armamento, parecíanse, no á un séquito militar y cortesano propio para el ornato y orgullo de un monarca, no, á valeroso ejército aparejado para inmediata guerra. El emperador entró caballero en alazán de bella estampa y ricos jaeces; rodeado de cardenales y arzobispos, en mulas montados, cuyos arreos ostentaban tal número de campanillas y cascabeles que componían extraña música; seguido de caballeros y ricos hombres con sus banderolas y sus plumajes al aire, sus blasones y sus collares al pecho, vestidos de terciopelos y brocados relucientes de pedrería; formando todos ellos la más vistosa corte que ojos mortales vieran jamás en la tierra. Para mostrar cuánto ganaría la ciudad con tal ceremonia, baste decir que aposentó y alimentó sesenta mil extranjeros y quince mil caballos en días tan solemnes. Y sin embargo, aquella ceremonia cortesana debía parecerse á una ceremonia fúnebre. Las fiestas ruidosísimas ocultaban una grande crueldad en el

corazón de tan poderoso monarca y una incertidumbre todavía mayor en el corazón de su pueblo. Parecía que, transcurrido un mes entero, las fiestas y regocijos debían haber prestado á las graves heridas bálsamo y á los tristes recuerdos olvido. Mas no fué así: á mediados de Febrero entró en Gante Carlos, y al mediar Marzo ahorcó en la plaza pública diez y nueve ciudadanos tenidos por cabezas de la resistencia. Y mes y medio más tarde fué ahorcada la ciudad también, porque perdió sus fueros, sus libertades, sus bienes públicos, sus rentas perpetuas, sus fortalezas, traspasado todo á la potestad real y todo prohibido á su antiguo poseedor y dueño, el pueblo gantés, quien además debía en realidad aprontar los cuatrocientos mil florines, á cuyo pago se había resistido, con ciento cincuenta mil de multa y seis mil de renta perpetua. El 3 de Mayo del mismo año rebosaban las calles de tropa en armas; grupos de caballería y algún que otro cañón cargado hasta la boca, ocupaban las encrucijadas y los puntos estratégicos; porque los principales ciudadanos de la ilustre ciudad iban vestidos de sayales, rapadas las cabezas, descalzos los pies, con sogas al cuello en vez de los antiguos áureos collares, á la casa municipal, donde Carlos, con su hermana la reina de Hungría al lado, sus príncipes y obispos en torno, circuido de alabardas y lanzas, sentado en el trono, vestido de púrpura, su diadema en la frente y su cetro en las manos, les daba un perdón, más cruel, por humillante, que todos los suplicios.

VIII

Mal quedaron los Países Bajos tras tales sucesos. La libertad en ellos no era solamente un derecho, era una tradición, y esta libertad se había perdido. Aquellas constituciones anti-

guas, aquellos fueros, semejantes á los fueros de Suiza, los municipios democráticos, las Cortes libres, las cartas venerandas, todo había desaparecido, todo, bajo la segur impía del absolutismo nivelador, que todo lo había segado. Y, sin embargo, la libertad estaba en las tradiciones de su historia, en el temperamento de su raza, en la sangre de sus venas, en la letra de sus leyes, en la continuación histórica de sus estados, en los deseos de su alma, y era necesario que la libertad volviese y triunfase. Corría entonces por el mundo, quizá venido del cielo, un viento de revolución espiritual, que sublevaba los ánimos contra los viejos poderes históricos, y movía las conciencias para que buscasen, allá en el espacio infinito, la llama eterna de la santa y vivificadora libertad. Esta revolución, suscitada en Alemania, pasó á Suiza; y allí en Suiza, por las predicaciones de Zuinglio y de Calvino, se dilató hasta formar una doctrina y una Iglesia verdaderamente republicanas. Pocos pueblos tan preparados en el mundo para recibir y aceptar esta idea como el pueblo de los Países Bajos. Su temperamento germánico se compadecía muy bien con la reforma religiosa y con ella se armonizaban sus tradiciones históricas. Todo estaba, pues, preparado allí para una transformación; y como tal transformación debía verificarse bajo el trono más católico de Europa, todo estaba preparado allí para un conflicto.

IX

Examinando la historia de este pueblo se ven ya de antiguo sus propensiones á la revolución religiosa, preparada casi por la sucesión de los tiempos y por los decretos de la naturaleza. En el siglo XI los holandeses y flamencos sos-

tuvieron la causa gibelina de los emperadores contra la causa güelfa de los Papas. En el siglo XII, cuando la conciencia humana dormía bajo el ala maternal de la Iglesia, despertábase, y en tropel bullicioso, herejías innumerables por el suelo de los Países Bajos. Todas las nuevas doctrinas encontraron allí sectarios y resonancias. Los valdenses pulularon como en Lyon; los arnaldistas siguieron las sublevaciones prematuras del entendimiento humano contra la autoridad eclesiástica; los albigenses de aquellas tierras compitieron con los albigenses del Mediodía de Francia; y no hubo herejía que no tuviese allí en aquellos espacios sus sectas y sus resonancias. Las traducciones de los Libros Santos al francés hechas por Waldo, corrieron todos aquellos territorios y ocuparon mucho antes que las traducciones luteranas la noble atención de tan despierto pueblo. En el siglo XIII comenzaron á decaer allí los monasterios; en el siglo XIV corrieron las doctrinas de Wiclef desde un extremo á otro de aquel territorio; los mismos caballeros que fueran á la cruzada contra los hussitas de Bohemia en el siglo XV volvieron con grandes inclinaciones á la herejía y á los herejes. La imprenta esparce allí los primeros rumores de la tempestad que conmovía las conciencias. Los reyes preparaban sin saberlo el movimiento. Felipe el Bueno quita el derecho de asilo á las iglesias. Carlos el Temerario impone costosa tributación sobre los bienes eclesiásticos. Grandford de Croninga prepara los ánimos al combate. Erasmo, sin quererlo ni desearlo, inclina el sentido común á separarse del dogma ortodoxo. A Maximiliano I sólo se le ocurre unir con la corona del Imperio la tiara del Pontificado en su cabeza. Y los más moderados gritaban que Lutero era de los reyes y de los clérigos odiado porque á un tiempo mismo atacaba los vientres de los frailes y las bulas de los Papas. Así los holandeses gozan mucho crédito en los pueblos del Norte, por protestantes y por germanos. Un destacamento, digámoslo así, de tal raza embarga hoy el interés público desde Africa, desde la República de Transvaal.

X

Eramos pocos y parió mi abuela, dice con gracia cierto refrán español para significar el crecimiento de numerosa familia. Eran pocas las dificultades internacionales y ahora surge otra de primera magnitud en Africa. Precisa enumerarlas mil veces para sentirlas en toda su acerbidad y comprenderlas en toda su extensión. Hay gravísima dificultad de los Estados Unidos con Inglaterra por los límites entre la Guayana inglesa y el Estado de Venezuela; dificultad gravísima de Inglaterra con Rusia por los proyectos de esta última potencia sobre Mandchuria, colindante de la Siberia moscovita; dificultad de Inglaterra y los primeros imperios y gobiernos europeos con Turquía por la cuestión de Armenia; todas ellas dificultades múltiples de gravísima exacerbación; y cuando parecía que la medida se colmaba y ningún accidente nuevo podía sorprendernos y sobrevenirnos; el cielo se nubla y el rayo estalla por donde menos podíamos temerlo, por el Cabo de Buena Esperanza, hoy sumido en guerra, y por tanto sumiéndonos á todos los amigos de la paz en una desesperación verdadera. Allá por el Cabo de Buena Esperanza, tan célebre de suyo en Geografía como en Historia, se han sobrepuesto á las tribus primitivas de salvajes diversas compañías mercantiles de nuestra Europa, las cuales han debido constituirse Estados primeramente, comerciar luego con el mundo todo, y defenderse por último de zulúes, cafres, y demás indígenas con piel negra y temperamento bárbaro, generados por los ardores del clima en selvas y montes y desiertos. Aunque los portugueses descubrieron el Cabo, nuestra mala suerte ha querido que pasase á poder aquel espacio de bátavos é ingleses, quie-

nes hoy se dividen su dominación absoluta, no sin porfias y competencias entre sí mismos, agravadas por los horrores del ambiente clima y la bravura de los naturales históricos. Hay allí una colonia inglesa que se llama del Cabo, dirigida por el gran político Rhodes; otra, vecina de ésta, holandesa, pero en la cual nada tiene que ver su patria, dirigida por el presidente Kruger, colonia llamada República del Transvaal; otra lusitana, Lorenzo Marqués, mandada todavía directamente por Lusitania, pero siempre requerida de protección por Inglaterra que cuenta muchos intereses allí, ó por Alemania que desea, mejor dicho, codicia contarlos. Con el horror á la uniformidad, verdaderamente distintivo de los ingleses, y el acomodo á las circunstancias en ellos consuetudinario, donde pueden, se alzan siempre con el domino directo; y donde no pueden hacer esto, apechugan siempre con una tutela más ó menos franca, que les permita explotar las ventajas mercantiles é industriales sin los cuidados y los desvelos políticos. De tal especie son las colonias del Cabo y del Transvaal, más dominada la primera, esencialmente británica, y menos la segunda, compuesta de holandeses, quienes admiten á una tanta protección de la gran potencia cuanta necesitan para tener á raya los indígenas, en batalla siempre, cual todos los salvajes. El Transvaal se halla compuesto de dos partidos, que realmente son dos clases, ó mejor, dos gentes. Llámense unos los boeros y otros los uitlanderes en el mundo. Los boeros son los holandeses, y los uitlanderes aquellos extraños, especialmente ingleses, que van allí tras el ejercicio de una industria y forman su rancho aparte por las leyes del país, nada hospitalarias. Cuáqueros, liberales, industriales, económicos, republicanos de abolengo, muy apegados al gobierno de sí mismos y muy contrarios á compartir este gobierno con los demás, constituyendo un patriciado ilustre, sumergidos en espacios adversos á su naturaleza y á su historia, encastillanse dentro del propio poder, y repugnan todos compartir este grande privilegio con aquellos que sólo han ido allí, aguijoneados por un afecto tan bajo como el deseo

de lucro y no pueden querer á un país que sólo desean explotar. Así los derechos políticos, sobre todo el derecho de sufragio consagrado por los boeros, no quieren transmitirlo por modo alguno estos á los uitlanderes.

XI

Los uitlanderes van desde la colonia del Cabo á la colonia del Transvaal. Guíalos allí la sed hidrópica de oro y mantíenelos allí la industria minera consiguiente al deseo que los guía. Pero si pueden ejercer á su sabor industria y comercio, no pueden ejercer los derechos de ciudadanos. Tienen libertad de creer y escribir, hasta jurados; mas las leyes aquellas no los admiten al Comicio, y menos, por tanto, pueden admitirlos al gobierno. Así han armado una grande agitación en demandas de garantías, que creen les tocan por estricta justicia. Mas los boeros saben perfectamente que, magüer gobiernen ellos, no constituyen la mayoría del pueblo cristiano; lo constituyen los extranjeros, los ingleses, los uitlanderes; y se niegan por modo resuelto á toda entrada de estos en el comicio y menos en el gobierno. Los peticionarios están apoyados por Inglaterra, la cual se funda para ello en dos razones: primera, en el espíritu liberal suyo que la hace protectora nata de todos cuantos mantienen amplitudes justas de los derechos políticos, y segunda en el origen y carácter inglés de los peticionarios. Pero Inglaterra, que quizá tuviera razón en el fondo de sus preferencias, hala perdido en absoluto por los procedimientos al defenderlas. Y hala perdido porque ha dejado, no solamente organizarse á sus anchas una conspiración dentro de la colonia del Cabo contra la colonia del Transvaal, sino que ha permitido ataques á mano armada, en los cuales

toda razón se pierde y todo derecho se vulnera. ¿Quién ha dirigido una irrupción de mil soldados contra el gobierno vecino? El Dr. Jameson. ¿Y quién es el Dr. Jameson? Pues un médico que, después de haber curado al presidente Kruger de una enfermedad mortal, hale inferido esta enfermedad política de muerte, la invasión armada, que ni las invasiones del cólera. Y lo peor del caso estriba en que Jameson es un segundo de Rhodes y Rhodes una representación viva en el Cabo de Inglaterra. Así, nada más natural que todo cuanto acaba de suceder en esta ocasión y con este motivo. Acaba de suceder que los boeros, y en su nombre y representación el gobierno, se han dirigido á Inglaterra quejándose del proceder de los ingleses en el Cabo. Y ha tenido Inglaterra que desautorizarlos y condenar ese acto, bien desgraciado por cierto, pues de los mil irruptores comandados por el médico inglés han muerto cerca de cien, han quedado prisioneros más de quinientos, y el resto, roto y desesperado, ya se dispersa en todas direcciones, ya se rinde á discreción, y demanda, como única merced, no ciertamente la libertad, no, la vida. Pero aún hay cosas peores tras tantas nefastísimas. Aún hay que Guillermo II de Alemania se cree con derecho, en virtud de sus intereses más ó menos fantásticos sobre los espacios de la horrible Africa Meridional. Y reunió Consejo en cuanto supo lo allí sucedido, para disponer nada menos que una escuadra; y en esa escuadra equipar soldados de todas armas que desembarcasen allí, sobre la colonia lusitana de Lorenzo Marqués, y corrieran en defensa del Transvaal. Mas como quiera que la victoria de esta república, en tan inminente daño puesta por sus congéneres, haya sido tan pronta, se ha limitado el Emperador á enviarle una felicitación, la cual resuena como una gran bofetada en las mejillas de Inglaterra. Y así un cambio de artículos entre periódicos ingleses y alemanes tan terribles los unos contra los otros y tan henchidos de mutuas ofensas, que parece ya sonar el apocalíptico minuto en que rompa y estalle una guerra entre la mayor potencia con-

tinental de los germanos y la mayor marítima. El pueblo inglés ha mostrado suma extrañeza de que un amadísimo nieto de su Reina Victoria sea osado á tamaños atrevimientos contra el imperio de su abuela, como si el mundo se rigiese por intereses dinásticos, cual en los tiempos del pacto de familias, y no por lo que todo arriba lo dirige, por las ideas, y por lo que todo lo dirige abajo, por el interés.

XII

Tan congruentes guerras con desgracias aparecerán siempre á nuestros ojos, que sólo es propio del ánimo en muertes y en muertos ocuparse. Una colectiva necrología se impone á todos los periódicos liberales del mundo, la necrología de Frere Orbán. Hijo de un conserje, se levantó por esfuerzos de la voluntad soberanos y por títulos de mérito indiscutible á primer ministro del rey de Bélgica y á jefe de aquel partido liberal. Diez y ocho años consecutivos desempeñó la cartera de Hacienda, y en estos diez y ocho años abolió la capitación y los consumos, que gravaban mucho al pobre pueblo en los tiempos anteriores á su gobierno tan pródigo y fecundo. Ministro de Obras públicas largo tiempo también, extendió muchas de las redes férreas que facilitan las comunicaciones en el industrial país belga; y no contento con extenderlas, acertó á salvarlas del tercer Napoleón, quien, soñando siempre con engrandecimientos y conquistas, quería enredar Bélgica entre sus dedos. Tres grandes inclinaciones distinguieron al glorioso difunto: la inclinación al derecho sacratísimo del espíritu y del pensamiento humano, la inclinación al gobierno parlamentario moderno, la inclinación al principio individualista de la Economía política. Con estas tres grandes inclinaciones prestó ser-

vicios valiosos á Bélgica y á su libertad. Era un estadista bastante conservador para constituir en los Parlamentos una derecha liberal y una izquierda conservadora. Pero en sus tendencias á la derecha y en sus tendencias á la izquierda exageró algunos principios que le suscitaron sumas dificultades y que cedieron al cabo en deservicio de su propia causa. Llevó á sangre y fuego sus relaciones con la Iglesia de su país, con la Iglesia católica, trayendo así odios que dieron á la natural emulación entre reccionarios y liberales carácter de guerra litúrgica y religiosa. Exageró su liberalismo tradicional en frente de la Iglesia católica. Y en frente del sufragio universal aún se mostró más exagerado, petrificándose dentro del dogma de los privilegios burgueses con sus capacidades sumadas á sus censos, y resistiendo á reconocer el advenimiento de la democracia universal. Así cosechó el fruto de ambos errores. La eterna contradicción implacable con la Iglesia le quitó el poder para dárselo á una fracción católica, no tan verdaderamente conservadora como su partido; y la eterna contradicción implacable con la democracia le quitó la diputación para dársela por mal de todos á un socialista, no tan liberal y tan amante del progreso como él, vencido por los votos del pueblo. Así ha pasado los últimos años de su vida fuera del gobierno y los últimos días fuera del Parlamento. Mas, orador afuente, político experto, cristiano viejo, aunque no católico, economista consumado, administrador de primer orden, un financiero como decimos ahora de primera magnitud, sin llamarse idólatra del pueblo como los comunistas y demás sectas del socialismo, ha descargado de gravámenes horribles el pan con que los pobres de su patria se alimentan y ha mejorado la condición social de estos con reformas prácticas y tangibles, superiores á las leyendas y fantasías de todos los videntes que pululan por el mundo. Nunca podrá, jamás, olvidarlo la historia.

XIII

¡Cuál diferencia entre los dos aniversarios estos días celebrados en Alemania y en Suiza, pues, mientras la república veneraba un maestro de escuela, el imperio veneraba un emperador de combate! ¡Cuánto más meritorio vivificar que destruir! ¡Cuánto más glorioso esclarecer un alma que bombardear un pueblo! Entre la gloria de Benjamín Franklin arrancando el rayo al cielo, y la gloria de Guillermo Brandeburgo arrancando á Francia su Lorena y su Alsacia, no es la elección dudosa. El maestro Pestalozzi rodeado de niños en aquellas montañas divinas se parece mucho á Cristo, mientras el vencedor Guillermo ciñéndose la diadema imperial en Versalles entre matanzas é incendios se parece mucho á César: y notad cómo no podría el mundo pasar sin maestros de escuela, cual no podría pasar sin redentores sublimes, y podría pasar sin Césares imperiosos y combatientes como pasan muchos pueblos y todo un continente. Así, mientras el puñal de los Casios y de los Brutos mata á César para siempre, no pudieron los sayones de Tiberio matar á Cristo en la cruz: al tercer día de consumada la sentencia suya resucitó de entre los muertos. ¡Cuán envidiables las gozosas aldeas helvéticas á la falda de los Alpes coronados por nieves eternas y á la vera de los lagos repitiendo en sus cristales el cielo, aldeas donde solamente se ven hombres libres y ciudadanos iguales en dignidad y en derechos! ¡Cuán aborrecibles ceremonias como la de Versalles, aquel jardín baldío de los déspotas, erigido por turbas de siervos para santuario de un Dios implacable como Luis XIV, cuyos últimos representantes y sucesores en el trono francés provocan y hasta justifican la invasión extran-

jera! Cuando uno recuerda la ceremonia de Versalles el año 71, en que fué coronado el vencedor, monarca de monarcas, entre reyes feudatarios, que llevan en sus manos por timbres las señales del combate y de la conquista, por roja púrpura la sangre vertida entre los rojos reflejos del incendio y las desolaciones del saqueo y de la matanza, no puede menos que preguntar al cielo cuándo se acabarán los conquistadores; y si compara tal espectáculo con un comicio helvético, con una peregrinación á la capilla de Guillermo Tell, cantado por Schiller y por Rossini, ¡ah!, no puede menos que decir: sólo es digno del hombre vivir en los senos de un pueblo libre.

XIV



No ha menester la muerte de cooperadores como los Césares; harto vuela con sus alas de murciélago y hartas vidas siega con su guadaña de aniquilamiento y exterminio. Hace poco hemos llorado á un sabio como Pasteur y á un literato como Dumas; lloramos hoy á Floquet. Presidente de la Cámara en Francia, presidente del Consejo, tribuno de la plebe republicana bajo Napoleón III, primate radical en la República; su enfática elocuencia, un poco solemne y algo artificiosa, jamás adoleció de doblez, pues tenía la sinceridad entre sus primeras condiciones y cualidades tal hombre de bien. Esta sinceridad lo perdió. Acusado por la malicia pública en la tribuna francesa, de haber distribuido entre los publicistas republicanos acciones del Panamá; como no tenía una sombra en su mente, ni una mancha en sus manos, ni en su peculio un céntimo que no fuera suyo y de los suyos, tomó por lo más natural y justo del mundo secretas dádivas, que podían hacerse por las necesidades ineludibles del gobierno, pero que no

pueden justificarse ante la opinión pública y menos ante la conciencia universal. De aquí el descenso de su popularidad en las muchedumbres y de su crédito en las asambleas. Pero ya deslizara el nombre de Polonia en los oídos del Czar cuando la Exposición del 67; ya defendiera en el tribunal de Tours contra la familia de Pedro Bonaparte á la familia de Víctor Noir en las postrimerías del Imperio; ya declamase ante las reuniones públicas por la democracia y por la libertad en las luchas generadoras de la revolución del 4 de Setiembre; ya dirigiera sus invectivas ciceronianas á Boulanger en discursos que parecían ecos de las frases dichas por Marco Tulio contra Marco Antonio; ya cruzara su fino guante de abogado con el guantelete férreo de tal competidor; ya propusiera revisiones constitucionales absurdas y divorcios entre la Iglesia y el Estado imposibles; no puede dudarse que á sus aciertos como á sus errores presidió siempre un móvil desinteresadísimo, dimanado, ya de sensibilidad hartamente exaltada ó ya de doctrina muy errónea, pero nunca de personales intereses y menos de bajas pasiones. Republicano gubernamental yo y él republicano radicalísimo, estuvieron en discordia nuestras inteligencias, pero en concordia nuestros corazones, pues le debí una continua é inalterable amistad. Dios le haya recibido en su gloria. Dos muertes de poetas célebres en Portugal y en Francia. El poeta portugués, cuya muerte nos apenas hoy, cantó el amor en todas sus exaltaciones, y sin embargo, supo consagrarse á la enseñanza en todos sus ramos; el poeta francés, cuya muerte nos apenas también, supo cantar todos los deliquios de la religión, amén de todas las voluptuosidades y goces del sentido. Cuando lo que hay de animal en el hombre tiraba de él hacia los abismos de abajo, revolcábase como un hipopótamo en el estercolero inmenso de todas las inmundicias; pero cuando todo lo que hay en el hombre de ángel impelíale á los abismos de arriba, nadaba en el éter de la primera luz y oía el concierto de las esferas como los mensajeros hieráticos del Creador en los primeros días de la creación. Contradicciones tales há-

llanase á cada paso en el Universo material, en el espíritu infinito, en la sociedad, en la Historia. Pero la muerte lo purifica todo y la inmortalidad sólo se concede las á obras buenas y hermosas en el mundo.

XV

Pocas veces los negocios de nuestro continente se han por tan estrecho modo enlazado con los negocios de las otras partes y porciones del mundo como ahora. En lo más extremo del Oriente la cuestión japonesa y en lo más extremo del Occidente la cuestión cubana; guerra de Portugal con las razas vecinas á su colonia de Lorenzo Marqués y sublevación terrible contra Portugal de las tribus indígenas extendidas por los dominios de Goa; combates de los holandeses con los britanos en la república del Transvaal; litigios, mejor ó peor terminados, de Inglaterra y Francia sobre las riberas del Río Amarillo, y litigios muy graves y confusos por terminar sobre las hieráticas riberas del río Nilo; proyectos acariciados por Alemania y su emperador Guillermo para un desembarque de tropas germánicas en el Africa meridional y apresamiento de las tropas italianas por el Negro abisinio Menelik, que las lleva en rehenes entre filas de soldados suyos, promoviendo grande anhelo en Italia que se había holgado ya con la ilusa esperanza de una paz definitiva y pronta; victoria del Czar en la Mandchuria que han abandonado á los moscovitas los ejércitos ocupantes y mayor victoria en Armenia, quien parece asirse á sus manos al par que se desase de las manos del imperio turco; entrada en escena de los Estados Unidos, quienes pretenden arrogarse por interpretaciones absurdas y maquiavélicas del dogma de Monroe un arbitraje nato para dirimir pleitos entre las potencias americanas y potencias europeas, amén de un pontifi-

cado enriquecido con excomuniones y anatemas que se permiten con insolencia patente y sin derecho alguno sobre nuestro modo de combatir insurrecciones interiores, para el cual nos aconsejan humanidad como si ellos no presentaran ejemplos de crueldades é inhumanidades en los canes rabiosos azuzados contra los siervos de antaño y en los linchamientos bárbaros y en el exterminio de los pieles rojas tostadas dentro de los bosques incendiados por sus teas; competencias terribles entre Austria y Rusia por el futuro dominio de Serbia y Macedonia, como disolución del otomano Imperio, sobre cuyas resquebrajadas moles echan suertes los poderosos del planeta y libran esperanzas los privilegiados pueblos de la divina Grecia. El sentimiento de que algo muy grave y muy trascendental se prepara está en el ánimo de todos y á todos nos embarga. Como hay tantos intereses comprometidos y tan pocas ideas luciendo sobre su egoísta competencia, todos á una tropezamos en los negrísimos senos de un misterio impenetrable. No son estos aquellos tiempos en que los ejércitos europeos iban al son de las liras y de los coros como las antiguas legiones helénicas en pos de muerte gloriosa para en los campos de Misolonghi ó Solferino redimir á las naciones sublimes, generadoras en lo antiguo de la ciencia y del arte. No son aquellos tiempos, en que un emperador recibía Venecia de otro emperador, y entregaba su posesión á Italia; ó aquellos tiempos, en que un grande tribuno devolvía las islas jónicas á Grecia y todos nos regocijábamos de tal reconocimiento del principio salvador de la nacionalidades como si de nuestra propia patria se tratase. Hoy reina el derecho de conquista puesto en boga por el retroceso que delata en los afectos humanos los acaparamientos por la victoria ciega y por la fuerza bruta de Metz y Estrasburgo, usurpadas al imperio alemán contra todo el torrente de sus voluntades respectivas y contra todos los cánones y principios del humano derecho. Así parecen los gobiernos jaurías soltadas contra codiciables presas, que husmean á una con su olfato, atisban á una con sus ojos, perciben á una en sus

oídos, ojean á una en sus ambiciones y exterminan á una en sus batallas. Este gobierno se queda con Chipre y Alejandria, cedidas como predios ó bombardeadas sin piedad; el otro campa por las orillas del Mar Rojo disputando sus posesiones á los Maedíes y abisinios; es otro se alza con Madagascar y Túnez y grande porción de tierra amarilla, ejerciendo como conquistador y como guerrero, cuando es víctima de la conquista y de la guerra; el de más allá dilata con paso de tortuga pero con seguridad de triunfo su imperio hasta las puertas boreales de India, Persia y China; llegando el atrevimiento acaparador á extremos tales, que una oligarquía de azucareros quiere disputar á España los archipiélagos invenidos por su genio creador, y otra turba de mineros más ó menos facinerosos menguar Venezuela y el Brasil y el Transvaal, como si la humanidad no tuviese más dios que el oro, más sentimiento que la codicia, ni más finalidad que allegar las grangerías del odio y del despojo.

XVI

Para ver cómo este retroceso de la política universal ha trastornado las inteligencias, basta considerar que anda ó corre muy válida la inverosímil noticia de una cordial inteligencia entre moscovitas y turcos, ó sea, entre ratones y gatos, entre milanos y palomas, entre lobos y corderos, entre las más enemigas especies. Yo comprendo á Turquía en potencia propincua de asirse al primer clavo ardiendo que le depare la suerte, después que ha perdido su amistad con Inglaterra, en cuyos senos antaño poseyera un verdadero seguro. Cuando los ingleses coincidieron en esto de proteger á los búlgaros, contra Turquía subvertidos, con los rusos; y al surgir de la insurrección búlgara una guerra oriental y de la guerra orien-

tal un pacto como el célebre de Berlín, se alzaron sin escrúpulo con Chipre, como compensación de Besarabia, conseguida por el Czar pontífice, y de Bosnia con Herzegovina conseguida por el emperador austriaco, todos entendimos cómo había terminado el principio de la integridad del imperio turco entre los dogmas capitalísimos de la política internacional inglesa. Y si á esto se añade la grande agravación de haberse Inglaterra sustituido por fuerza de armas y por derecho de ocupación violenta en el patronato sobre la histórica región del viejo Egipto á Turquía, se comprenderá la pérdida por los turcos del antiguo arrimo de los ingleses y su resolución de vivir por sí mismos, en cuanto se lo permitan y toleren las innumerables fuerzas de atracción, que arrastran hácia las moles mayores y más poderosas á las moles menores ó más débiles. Sólo cuerpos fluidos y gaseosos como los cometas, carecen de órbita calculable y se van por esos espacios inmensos á su guisa y modo, atravesando desde unas fajas á otras fajas del inmenso espacio. Turquía no puede salir de este triángulo fatal: ó con Inglaterra, ó con Rusia, ó con Alemania. Separada hoy de Inglaterra, cae por su propio peso en el radio de las atracciones rusas. Pero no cabe dudarlo; si alguna tradición prepotente y secular predomina en Rusia y si los rusos oyen alguna monótona y unisona voz de vocación suprema é imperiosa, es el llamamiento á expulsar de nuestra Europa cristiana la media luna osmanlí en Oriente, como sintieron los españoles el llamamiento á borrar la herradura tradicional árabe aquí en Occidente. Y nada vulneró á los árabes, nada les dañó en su poder y su fuerza, nada los debilitó hasta disponerlos y aparejarlos para la expulsión, sino que tuvieron pactos é inteligencias con los monarcas cristianos de nuestra Península. Cuando los Alhamares iban á sitiar la Hispalis musulmana en compañía de San Fernando y luego pagaban tributo á Castilla y le rendían parias; expulsábanse de nuestro suelo ellos mismos antes de que los expulsase la victoria definitiva del cristianismo con la cruz, erguida por la manos del Cardenal Men-

doza sobre los adarves de Granada. Sólo con que haya corrido esa noticia, se demuestra cómo corre Turquía desbocada y sin freno á su total ruina.

XVII

Más pujanza muestra el emperador Menelik de Abisinia, que el sultán Hamid de Constantinopla. Decidido á entenderse con Italia, se había por completo avenido á que la potencia, con quien acababa de aliarse, lo representara en las cortes y ante los gobiernos de nuestra Europa. Un tratado, convenido entre las dos naciones aliadas y llamado de Uccellai, arreglaba los términos de la cordial concordia. Pero como quiera que las lenguas abisinias sean ignoradas en Europa y las lenguas europeas en Abisinia, se cometieron erratas de traducción, las cuales han dado margen á mucho derramamiento de sangre. Mientras los abisinios creían haber firmado un mero convenio de alianza, los italianos creían haber cogido una tutela de protectorado. Y como en Roma no se leyó nunca el original abisinio y en Abisinia no se leyó nunca la traducción romana, duraron mucho tiempo las satisfacciones del negro africano por haber contraído una grande amistad con Italia y las satisfacciones del rey europeo por haber conseguido sobre tal poderoso señor un protectorado. Todo hubiera permanecido sin dificultad, si el extranjero no se mezcla en ello. Pero se mezcló por exigencias de cancillería, corrientes entre los pueblos más apartados en el mundo, si anudan y mantienen alguna relación diplomática. Un día recibe carta Menelik de colega tan eminente como la reina Victoria, y otro día del mismísimo emperador alemán. ¿Cuál no sería su asombro, viendo que una y otra le daban poco menos que por destronado, á causa de haber admitido la capitisdiminución subsi-

guiente al predominio sobre su persona y sobre su imperio de un protectorado extranjero? La carta de Victoria guardaba consideraciones á su coronado compañero, si bien le descendía ó rebajaba el tratamiento de majestad á tratamiento de alteza; pero la carta de Guillermo le borraba del número de los soberanos y procedía con él como si fuera un subteniente. Los hombres de todas estas regiones, que si os profesan amistad, no parecen vuestros amigos, parecen vuestros siervos, en lo dóciles y flexibles, así que se ven pisoteados, tíranse contra quien los pisa con el aspid tijereteando de la serpiente, con la uña cavadora del tigre, con el sepulcral hocico de la hiena, con la quijada machacante y la gola rugiente del león, con la crueldad voraz del águila, con el furor ciego de la pantera, con los esfuerzos del elefante, con todos cuantos medios y recursos de combate y destrucción tienen á mano. Así Menelik declaró á los italianos la guerra, y en esta guerra no les fué á estos últimos tan favorable la fortuna como antes, al posesionarse de la colonia entera y someter la Kazaba de los mahedíes y conseguir un tratado con Abisinia en que Humberto se supo aparecer como protector de aquel vasto imperio africano. El mayor Tosseli fué vencido y muerto en Dogali primero; después el comandante Galiano sitiado en Makallé. Tales incidentes han sacudido en alternativas horribles la fortuna de Crispi, ascendente unas veces hasta el zenit y otras descendente hasta el ocaso. Que los italianos quedan vencidos, pues requerimiento á que caiga Crispi, siquiera equivalga la rota en último término á una victoria por el heroísmo que han mostrado las tropas y por el sacrificio que han hecho digno de los antiguos Scévolas. Pero como á las noticias del desastre sucedan en seguida noticias de tratados pedidos por los abisinios, ascensión nueva del crédito de Crispi á las estrellas. Y como á estas noticias sigan otras de que los italianos se mueren por sed en el sitio de Makallé, nuevo descenso del nombre de Crispi; y como á las noticias de una muerte colectiva por sed suceda la noticia de una salida con todos los

hombres de la guerra, nuevo ascenso; y como esta salida se convierte en una especie de Cautiverio nómada en los partes subsiguientes, novisísimo descenso, hasta que ahora, como quiera se reduzcan las pretensiones de Menelik á restaurar el tratado de Uccellai tal como él cree haberlo firmado y no como lo han traducido las cancillerías, resurgen otras esperanzas nuevas y se cree posible una paz próxima que llegue á estancar en el erario de tanto malvertido tesoro y en el cuerpo de Italia tanta malvertida sangre. Bien lo deseamos nosotros, en el amor sincero nuestro á la paz universal.

XVIII

Aparecen de tal modo complicadas las especialísimas cuestiones europeas con las universales cuestiones planetarias, que se necesita un curso de geografía para conocer desde los problemas planteados en los glaciales desiertos de Siberia y sus anejos hasta los problemas planteados en los encendidos desiertos de Transvaal y sus anejos, ó desde los problemas planteados en las cordilleras del Tauro y del Olimpo hasta los problemas planteados en la desembocadura del ardiente Orinoco y en los hielos eternos de la boreal Terranova. Así los discursos de las notabilidades inglesas, los discursos de Salisbury, de Chamberlain, de Balfour, parecen temas variados sobre Historia Universal. Decididamente Inglaterra no puede consolarse del desaguado de Jameson y del triunfo de Kruger en el Transvaal. Aunque morales deberes háyanla obligado á maldecir del acto de un filibustero casi propio; la procesión en pro de este señor anda por dentro. Así, mientras el ministro de las Colonias, Chamberlain, telegrafaba sus anatemas legales despedidos por un deber internacional sobre la cabeza del terrible invasor, con quien aparecía cómplice Inglaterra; el

poeta oficial de la corte británica, Austin, designado á la reina Victoria, no por inspiradísimo, como deben ser los poetas, por conservador, cantaba en versos medianos la empresa de Jamesson, como pudiera Homero cantar la cólera del valeroso Aquiles ó Virgilio la piedad del bondadosísimo Eneas en versos divinos. Este cántico no aumenta la gloria de nación en poetas y naturalistas y matemáticos tan copiosa como Inglaterra; pero patentiza la distancia entre su probidad interna y su probidad externa, pues exalta en poesía donde resuena el sentimiento nacional público, lo que condena en política donde sólo se atiende al interés y á la conveniencia del Estado. Verdaderamente hánselas en esta cuestión del Transvaal y el Cabo los ingleses con redomado político, el buen Kruger, muy campesino, casi un muletero, acostumbrado á los senos de la naturaleza y apartadísimo de la ciencia, pues á los trece años ni siquiera sabía escribir, pero con toda la fuerza de un colono bátavo, ido en la vida y en el mundo hasta los setenta y un años por sus fuerzas robustas, y llegado en política y gobierno á las cumbres del Estado y á la presidencia del país por su rural destreza en las complicadísimas artes del derecho y de la diplomacia. Conociendo que los montes de oro, sitios en su patria y abiertos y fáciles á una explotación más barata que la explotación de California, debían llevarle aventureros ingleses, muy codiciosos y no aprensivos, rodeóse de precauciones tales en las leyes, que le permitieron, después de haber arrancado las uñas al célebre leopardo sajón, cuando iba en guerra contra él como enemigo declarado y conseguido así la independencia de su República, no dejarle penetrar en ésta bajo el blanquísimo vellón de cordero pascual, ó sea de ciudadanos libres, pues intentaría conseguir con sus votos aquello mismo que no había conseguido con las armas. Así dejó á los extraños el derecho á la seguridad completa de los hogares, el derecho á la seguridad también de los templos, el derecho á escribir lo que les pluguiera y á reunirse ó asociarse, los derechos individuales garantizados por el Jurado, mas no

la gobernación del país, para lo cual, con plena conciencia de lo que hacía y tras madura deliberación, á piedra y lodo les tapaba las puertas del Comicio y del Parlamento y del Estado. De aquí un pleito entre boeros é ingleses, del cual pleito es como un incidente la empresa y la derrota de Jameson y sus filibusteros contra Kruger y sus soldados. En este pleito se ponen unos y otros como no digan dueñas. El inglés le dice al boero que, por ejercer éste la industria de carretería y recelar del efecto producido por las locomotoras contra los carros, tardó mucho tiempo en admitir los ferrocarriles, y fué como una manzana de discordia y guerra civil el asunto de su planteamiento en el territorio de la República. El boero dice de los ingleses que se han quedado con carne suya entre las garras y le han cogido lo mejor de su dominio, el espacio entre sus restrictos límites de ahora y el Océano que le correspondía por toda clase de derechos. Y el inglés dice del boero que no le permite la ciudadanía en su república. Y el boero dice del inglés que quiere la ciudadanía del Transvaal, sin perder la ciudadanía británica, pretensión derogatoria de todos los principios de derecho, estando tan persuadidos ellos mismos de no ser ciudadanos boeros, que, cuando se ven éstos con frecuencia por los cafres atacados no pueden alcanzar tomen las armas aquéllos en defensa del derecho de todos. Así, el jefe de los torys, ó sea, el primer ministro, ha comparado el Transvaal autónomo á lo que sería la Irlanda probablemente, si recabase por milagro su imposible autonomía, pues la gente luterana del Ulster haría con los irlandeses católicos, lo que ha hecho Jameson y sus camaradas sajones con los ciudadanos boeros. En realidad, el pleito que parecía concluido, está en curso; y habrá de tener muchas instancias. Y no sólo sirve para que continúen riñendo en Africa boeros con ustlandeses, también sirve para que continúen riñendo en Europa ingleses con alemanes, á causa del cablegrama puesto por el emperador Guillermo al presidente Kruger, contra el filibustero Jameson. Como podrían creerse los relatos de tal batalla producto de mi fanta-

sía, copio los sendos retóricos disparos de unos contra otros, tal y como corren por toda la prensa europea. «Es hora ya, dice un gran orador inglés en reuniones públicas, de que imponga la reina silencio al villano gansillo, á quien llaman su nieto.» El diputado Madean añade: «Ese filibustero cablegrama, puesto al presidente Kruger por el nervioso y voluble César germánico, constituye una violación del derecho de gentes mucho más grave que la por él condenada.» Y los alemanes responden á su vez en los diarios con frases como la siguiente: «Gruñe ahora el británico leopardo; pero no muerde tan despreciable bestia, porque tiene la costumbre de hacer cobardes reverencias en cuanto se oyen los chasquidos de un látigo.» Diríase que iban á empeñar una guerra.

XIX

Otra grave cuestión, y acabo con ella tan larga crónica, es el bautizo griego que se quiere propinar al príncipe Boris, heredero presunto del trono de Bulgaria, después de haberle antes dado el bautizo nuestro, como á la criatura más ortodoxa y católica del mundo. No conozco familias tan aparatosas en materia de alardeos tartufescos cual las familias reales, ni más dispuestas á cambiar de religión y de culto. Para casarse con el heredero de la corona helénica una hermana del emperador alemán cambió la religión protestante por la religión griega; y para casarse con el emperador de Rusia una nieta de la reina Victoria cambió también la religión protestante por la religión moscovita. No comprendo cómo se puede hacer esto. Frecuentísimo el caso de irse dejando en las zarzas del camino, por imposiciones del estudio científico y del combate político, la religión heredada de los mayores, pero cambiarla por otra, y obedeciendo, no á sentimientos de amor,

que pueden justificarlo todo, á sentimientos de ambición, pues el amor apenas entra en matrimonios hechos por la cruel razón de Estado, cambiarla por estos motivos y en tal guisa, es incomprendible, aun para los que, habiendo perdido la religión en su conciencia, la guardan en su vida, y al dejar sus dogmas de lucir en las ideas interiores, aún componen y alimentan las costumbres atávicas. Tal extrañeza, ¡vive Dios! de punto crece al saber que será cómplice de una tan terrible apostasía, joven infanta parmenia, que con las infantas modenenses constituyen la dinastía de beatas más intolerantes é intolerables del mundo, capaces de repartir escapularios milagrosos á los carlistas y de resucitar los viejos y crueles vendeanos. Y para que aun haya cosas más estupendas en este drama histórico representado á nuestra vista hoy por una pamesana y un Coburgo católicos, éste se parte á Roma, pretendiendo para tal guisado, repugnante al corazón y al estómago, la bendición del Papa más tolerante y más circunspecto y más sabio, pero más ortodoxo y católico, de cuantos han regido desde hace tres siglos la Sede altísima de San Pedro. La temeridad del príncipe búlgaro pretendiendo apostatar en representación de su hijo y obtener para tal infame apostasía una sanción del Papa, corre parejas con la temeridad increíble de su señor primo, el inexperto rey lusitano, pretendiendo que lo recibieran al mismo tiempo y con iguales honores en el Quirinal y en el Vaticano. Las mujeres de mi tierra, las que yo he tratado en Valencia, en Andalucía, en Aragón, en Cataluña, en Galicia, en toda España, desdeñarían sin excepción todas ellas, no ya la corona de Bulgaria, la mayor corona, si habían de cambiarla por el nimbo de los ángeles que todas ellas ven resplandecer en las sienes de sus hijos y sobre los altares de sus cunas; y no son Borbones, y no sienten discurrir la sangre de San Luis en sus venas, y no han pertenecido á la Liga de los Católicos que decretara la matanza de los hugonotes, ni han firmado con el puño y el sello de sus abuelos la revocación del Edicto de Nantes, ni han enroje-

cido con sangre so pretextos religiosos desde las cordilleras de Normandía y de Bretaña hasta las cordilleras de Cantabria: pertenecientes á familias liberales, creen que la libertad es religiosa, y que Dios la creara con el hombre y Cristo muriera en el Calvario por divinizarla sobre la faz del planeta, y no cambiaran por nada en el mundo sus creencias. La princesa de Parma no trocara el trono de su hijo por el infierno de Satanás, si creyera, como se cree aquí, de bulto y de veras al diablo. Pero es el caso que ni la mujer ni el marido consiguen cosa tal con el abandono de su fe, pues Bulgaria pende á la postre de Rusia, y este imperio no se contenta y satisface con que cambie de religión el príncipe heredero Boris; quiere que abdique á toda prisa el príncipe reinante Fernando. Por manera que los dos infantes, la princesa de Parma y el príncipe de Coburgo, habrán reñido con Dios y cerrádose los cielos sin ganar en el mundo un trono, ni avenídose con el emperador de todas las Rusias, rey de los reyes y señor de los señores orientales. Así lo ha querido su nefasta estrella.

EMILIO CASTELAR.

CRÓNICA LITERARIA

Juanita la Larga, por D. Juan Valera.—La mujer de Loth, drama de D. Eugenio Sellés.

No puede decirse que, en absoluto, no exista hoy una preceptiva literaria. Todavía se escriben y circulan más ó menos por el mundo tratados de Retórica y Poética. En los planes de enseñanza continúa figurando esta asignatura. Y á más de esto, que acaso no será argumento de gran valía, la existencia y la eficacia real de algunas reglas está fuera de duda. A nadie es lícito hacer sonetos de doce versos, ni fabricarse una gramática especial para su propio uso, aunque algunos lo hagan.

Pero aunque las reglas no hayan desaparecido por completo, su esfera de acción alcanza hoy á muy poco. Apenas pasa de lo más rudimentario y material del arte. No rigen más que lo exterior, ni conservan jurisdicción más que en algunos puntos de procedimiento. No hay ya cuestión sobre si deben prevalecer las reglas ó la libre inspiración del literato, pues las primeras apenas se llaman Pedro.

Resulta de ahí una gran libertad, aunque quizá sea ésta, en vez de efecto, causa de la decadencia de la preceptiva. Mas aunque hubiera, como en otros tiempos ha habido, un arte retórico generalmente acatado y con reglas de común observancia, bien inducidas de la experiencia ó bien sacadas de

alguna filosofía de la literatura, no podría haber una manera ó estilo único de hacer novelas ó dramas, un tipo ó patrón de cada género.

Antes bien, si esa preceptiva existiera y fuese lo tolerante que tendría que ser necesariamente para poder subsistir, reconocería que dentro de cada género hay muchos tipos y estilos diversos de obras, diferentes formas y procedimientos, ninguno de los cuales puede erigirse en modelo ó pauta obligatoria para los autores, ni en arquetipo ó *idea platónica* de las producciones literarias de su clase.

Por esto y por otras razones que se verán luego, no creo que deba reprocharse á la novela del Sr. Valera *Juanita la Larga*, el que se aparte de la forma y tendencia dominantes en la novela contemporánea. No me refiero al naturalismo, que ya pasó como escuela militante y proselitista, sino al procedimiento de representación que el naturalismo ha dejado y que no pasará, de seguro, tan pronto.

Juanita la Larga se asemeja más á nuestras novelas antiguas que á las contemporáneas. Esto podrá parecer un elogio ó una censura, según se mire, mas ni en son de elogio ni de censura lo digo, sino como antecedente para exponer otros juicios acerca de esta novela. Y al afirmar que tiene más semejanza con las antiguas que con las de ahora, me refiero sólo á la forma, á la estructura literaria. En punto á ideas, D. Juan Valera es tan moderno como el que más, aunque en la expresión propenda al clasicismo.

Nuestros novelistas clásicos fueron, por lo común, narradores. Contaban al lector una historia, la vida y aventuras de uno ó de varios personajes. El autor no se cuidaba de ocultar su personalidad, sino que la ponía de manifiesto, intercalando en el relato consideraciones y juicios suyos. No faltan excepciones, pues la variedad de formas y estilos no es cosa de hoy; ha existido siempre y de modo más señalado en períodos de exuberante y rica floración literaria. Sirvan de ejemplo, sin ir más lejos, las novelas autobiográficas, muy abundantes

por cierto, en las cuales, confundiéndose la personalidad del autor con la del héroe de la novela, se hacía el primero impersonal en cierto grado.

¿Y qué otra cosa que narrar hacen, en suma, los novelistas modernos?—se dirá acaso. Por lo menos narran de otra manera. El novelista al estilo moderno no le cuenta al lector los hechos; aspira á que sucedan en el libro, á *representarlos*, hasta donde es posible con palabras, ocultándose él, y convirtiendo la relación que antes se establecía entre el lector y el novelista que le relataba las aventuras de sus personajes, en relación, tan directa como pueda serlo, con estos mismos.

De ahí la importancia de las descripciones, pudiéndose decir en cierto sentido que toda la novela es una descripción. Hay menos metáfora de lo que parece, aunque sin duda haya bastante, en decir que el novelista *pinta* las cosas. La novela moderna es eso, pictórica, *representativa*, más que narrativa. Es más dramática, tiene más acción, no en el sentido de que abunde en sucesos y episodios, sino por ser su acción más directa, menos *refleja*. El autor desaparece, la acción se personifica y se concreta, por donde la representación se hace ó parece hacerse más inmediata. La obra tiende á dar una impresión viva de realidad, y este color de realidad seduce, porque se acerca más á la intuición sensible, cuya intensidad no igualan nunca los fantasmas imaginativos. La fantasía embellece en algún sentido la realidad, pero sus ficciones, aun concediendo que nos parezcan más perfectas que las cosas, tienen menos vida, son más pálidas, como reflejos al fin.

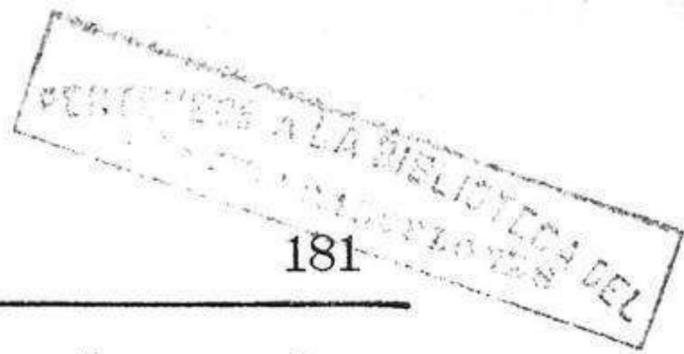
Claro está que la novela, por realista que sea, no podrá dar nunca una impresión sensible como la de una representación escénica ó como la de la música. Siempre serán las suyas representaciones mediatas é indirectas, pero la forma moderna las aproxima más á la realidad y hace asistir más de cerca al lector á las escenas que le presenta el novelista.

*
* *

El género del Sr. Valera es otro. Narra como los clásicos, y lo hace admirablemente como ellos. Prefiriendo los procedimientos nuevos, el nuevo arte de hacer novelas, me encantan, sin embargo, las del autor de *Pepita Jiménez*. Se leen con el deleite con que oímos referir casos memorables ó sucesos entretenidos á una persona de conversación amenísima, de superior cultura y de exquisito y depurado lenguaje, que cuenta con tal arte las cosas, que casi nos gusta tanto oírlas como nos gustaría verlas, si son placenteras y agradables, y nos conmueven é impresionan casi al igual que presenciadas, si son trágicas y terribles, aunque á estos últimos asuntos no tiene el Sr. Valera la afición que á los naturalmente graciosos y deleitables.

Este modo de *novelar*, más sencillo en apariencia, requiere en el novelista cualidades no inferiores á las que el otro género exige, y aun algunas en grado más eminente. Con dotes de observación y una fantasía fecunda y plástica pueden hacerse buenas novelas, sin necesidad de que sea un hablista consumado el que las escriba. Sin duda, no serán perfectas tales novelas, pues la pureza y elegancia del lenguaje no es cosa secundaria, ni poco importante en la literatura, que al cabo es un arte que tiene como medio de expresión la palabra. Mas la viveza é intensidad de la visión imaginativa puede hacer perdonar algunas incorrecciones de lenguaje. Entre los novelistas españoles contemporáneos, apenas hay alguno que, como hablista, pueda compararse con el Sr. Valera, y en cambio, varios, inferiores á él en este respecto, le superan como noveladores, en gran parte por usar otros procedimientos que no requieren en grado tan alto las galas y adornos del estilo.

En la novela narrativa se necesita, en efecto, esa perfección de la forma literaria externa que nadie puede negar al Sr. Valera. Como el autor es quien habla en tales obras, al cabo de tanto hablar llegaría á producir cansancio á los lectores si no hablase de un modo excelente. A no ser por su lenguaje y por otras circunstancias, más relacionadas con las



prendas generales del escritor que con la inventiva novelesca y con la plasticidad imaginativa, se nos caerían hoy de las manos algunas de nuestras novelas clásicas.

En *Juanita la Larga*, además de esta corrección y elegancia del lenguaje, ejercita el Sr. Valera otras cualidades excelentes á que tiene ya acostumbrados á sus lectores, y que son también muy propias para realzar su manera ó estilo novelesco. La gracia con que relata los sucesos y caracteriza á los personajes, la agradable y fina ironía de que usa con frecuencia y hasta su misma erudición, hacen de él un narrador exquisito.

Acaso parezca que la erudición está de más en novelas, que, no siendo históricas, no han de contener reconstrucciones arqueológicas. No es, en verdad, indispensable y hasta, á veces, es perjudicial y extemporánea. No hablemos de la erudición de *double*, que exhibe citas buscadas exprofeso el día antes y resulta, por tanto, una grotesca caricatura, una manifestación del *quiero y no puedo*, comparable á la ridiculez en que incurren las personas pretenciosas y escasas de recursos, que, no pudiendo vestir con elegancia y no resignándose á usar trajes modestos, se atavian con guiñapos llamativos, que van pregonando á voces la desproporción entre los medios y las aspiraciones de su dueño. Esta erudición de pega, intolerable en todas partes, lo es todavía más en la novela, donde las necesidades del asunto no pueden servirle de disculpa.

Todavía, algunas manifestaciones de la erudición verdadera resultan contraproducentes en un género poético como la novela, que no es una disertación científica. Así la erudición que muestra el novelista francés J. H. Rosny en algunas de sus obras, sembrándolas de denominaciones técnicas, que serán tal vez muy exactas, pero en nada contribuyen, antes bien perjudican, al efecto artístico de estas novelas, notables por otros conceptos. En cambio, y va de ejemplos franceses, la erudición que despliega J. K. Huysmans en su novela *La Bas*, al hablar de la demonología antigua y moderna, es

oportuna por el carácter de esta obra, y contribuye á aumentar el interés que excita su lectura. Lo mismo puede decirse de la erudición que en *Juanita la Larga* y en otras de sus obras de este género despliega el Sr. Valera, y que viene traída por el asunto de un modo tan natural y espontáneo, que no hay en ella ni asomo de pedantería, y resulta un adorno de la narración, un atractivo más del relato que el autor nos hace en su libro, dejándonos la impresión de que conversamos con persona que, además de dominar las gracias del lenguaje, sabe mucho y aplica agradablemente su sabiduría á las cosas que refiere, comunicándonos algún reflejo de ella.

Todas estas condiciones: la elegancia clásica del lenguaje unida á una gran naturalidad, la erudición, de que ahora hablaba, la finura y discreción con que el autor expresa lo cómico y picante, hacen que sean novelas aristocráticas las de D. Juan Valera, como es aristocrático su ingenio. No quiero indicar con esto que sean novelas de salón, como lo fueron las de Feuillet, por ejemplo; lo cual sería rebajar injustamente el mérito del autor de *Pepita Jiménez*. Empleo en otro sentido el adjetivo aristocrático, para indicar que, más que obras populares, son propias para un público culto, de espíritus delicados y selectos.

No es que la popularidad esté reservada á obras inferiores. Populares son, como lo prueban las enormes ediciones que de ellas se han hecho, las novelas de Emilio Zola, y nadie, ni los mismos adversarios del naturalismo, niega la importancia que, en las letras francesas y en general en las contemporáneas, tienen. Populares también son, entre nosotros, los *Episodios* de Pérez Galdós, que igualan y aun superan á lo mejor que en este género se ha escrito en los países donde mejor se cultiva la novela. Es cuestión de manera, de estilo, de asunto en ocasiones (aunque no me refiero á esto), y en tal sentido, la mayor ó menor capacidad para ser populares no implica superioridad ni inferioridad en las obras.

*
* *

Juanita la Larga tiene algo de égloga, de égloga moderna por supuesto, dado que si el sentimiento de la naturaleza es independiente de los tiempos, no lo son sus manifestaciones ni los accidentes que le acompañan al producirse ó expresarse. Se respira allí un sano y fresco ambiente de vida campesina. Las descripciones, especialmente la de la verbena y las de las procesiones de Semana Santa de Villaalegre, son muy animadas y pintorescas y tienen ese sello de verdad que, en las letras como en la pintura, comunica hasta á los mismos que no han visto las cosas representadas por el artista (aquí las costumbres y paisajes andaluces), la impresión de que no hay nada fingido en aquellas imágenes.

La acción es sencilla y está desarrollada con gran naturalidad, sin artificio aparente, con ese arte de exposición, en fin, que reproduce el orden natural de las cosas, dando á cada pormenor y á cada episodio la importancia que le corresponde. La mayor parte de lo que sucede en la novela lo narra el novelista, y lo narra con el primor y galanura con que sabe hacerlo escritor tan excelente. Hay poco diálogo: los personajes hablan mucho menos que el autor, y sólo algunas escenas principales acaecen, por decirlo así, ante los lectores, sin que aquel aparezca y figure de un modo visible en la exposición de los sucesos.

El Sr. Valera hace de vez en cuando amenas digresiones y comentarios ingeniosos, sin que por esto se debilite la unidad de la acción. Aunque el lenguaje en que está escrita la novela tiene la espontaneidad y soltura propias de quien no necesita esforzarse para ser correcto y preciso en la locución, acaso algunos de los personajes hablen con demasiada pulcritud y elegancia, y discurran con demasiada sutileza para su condición. Pero á un autor como el Sr. Valera, que piensa con Montaigne: *Celuy qui dict tout il nous soule et nous desgouste*, y que opina que la verdad estética no es la verdad real (1), casi

(1) *Apuntes sobre el nuevo Arte de escribir novelas.*

no puede hacérsele este reproche. Si se equivoca, se equivoca por principios y no al azar, por ignorancia ó torpeza.

Aunque el autor de *Juanita la Larga* no se eclipse ni se *im-personalice* en la novela, no por eso carecen de personalidad las figuras de su obra. Juanita, en particular, la tiene muy marcada. Si en algún respecto, el del lenguaje, v. gr., es... Juanita Valera, tiene, sin embargo, su individualidad propia. Por su discreción, su dignidad y su ánimo varonil en las ocasiones graves, se parece algo á las antiguas heroínas de nuestra literatura, discretas y animosas como ella, y que hubieran hecho, sin duda, en caso semejante, lo que Juanita hizo con el cacique D. Andrés Rubio. El sentimiento de dignidad que hace á la protagonista de la novela rebelarse contra el menosprecio y la maledicencia de las personas que en su torno viven, es lo que más se destaca de su carácter. El triunfo que consigue da mayor relieve á su altivez y valentía. Fuera de la tragedia antigua, la voluntad victoriosa brilla más que la voluntad vencida.

Otros personajes, como D. Paco, doña Inés y Juana la Larga, madre de Juanita, están igualmente bien pintados. Hasta las figuras secundarias de la novela interesan y tienen carácter.

Deja esta obra una impresión de placidez y de optimismo. Hasta la desventura del pobre D. Alvaro Roldán, que se vuelve idiota, arranca de un origen tan alegre y regocijado cual su ferviente adoración á Afrodita la Rubia, que no le impediría de seguro obsequiar también á las morenas. Además, en estas novelas narrativas las desdichas de los personajes aparecen más atenuadas y lejanas. Entre ellas y el lector está el novelista, que, por mucho que se conduela de los males que afligen á los hijos de su fantasía, al cabo es distinto de ellos. Sucede en algún modo lo que con las desgracias contadas, que no impiden al que las refiere, aunque sea persona sensible y humanitaria, conservar cierta tranquilidad subjetiva y hallarse satisfecho del mundo y de la existencia.

El desenlace clásico de nuestras novelas antiguas, que es también el de *Juanita la Larga*, cuyos dos principales personajes se casan, son felices y tienen muchos hijos, podrá parecer cosa anticuada á los pesimistas que ahora abundan y que dejan atrás, quizá sin haberle leído, al propio Schopenhauer. A mí me parece de perlas. En este punto opino con D. Juan Valera. No niego que el pesimismo pueda inspirar grandes creaciones artísticas, sublimes más bien que bellas. Pero en la amena literatura, que tiende ó debe tender á deleitarnos, prefiero el optimismo, y creo que en general se acomoda mejor á ese sentimiento desinteresado de la belleza, á esa emoción del arte que nos ilumina como un sol interior. El pueblo que nos ha dejado un arte más acabado y admirable fué un pueblo de grandes optimistas y aun *eudemonistas*: el pueblo griego. Ni por la enseñanza moral, ajena ya al arte, es superior el pesimismo. La virtud moralizadora del dolor es muy dudosa y discutible. Es como un fuego, que si sublima y purifica algunas almas selectas, trocándolas en luz, ennegrece y seca á las más, convirtiéndolas en carbones. Puede engendrar el pesimismo algunas virtudes exquisitas, algunas delicadezas morales muy elevadas y sutiles. Pero es para pocos. La alegría de vivir conviene á todos y es la solución más racional que podemos adoptar, en cuanto de nosotros dependa. La esperanza de un cielo, que era una solución optimista del misterio de la muerte, es una de las creencias que más bien han hecho á la humanidad. Gracias á ella, se tragaba la amarga píldora de los males del mundo, como una antesala molesta, pero pasajera, de la mansión de la dicha. La felicidad hace mejores á los hombres. Las épocas más horribles de la historia, aquellas en que el crimen y la maldad brotaron con más pujanza, como flores venenosas de un pantano, fueron las edades trágicas de dolor y de tinieblas...

* * *

Cada vez va siendo más difícil el oficio de autor dramático, del *género grande* se entiende. Hace algunos años, el drama del Sr. Sellés *La mujer de Loth* hubiera alcanzado, á mi entender, un gran éxito, sin ser peor ni mejor que ahora, ni aun comparativamente, pues no ha adelantado tanto, suponiendo que algo haya adelantado, nuestra literatura dramática en estos últimos tiempos.

La crítica periodística se va volviendo muy exigente para con los escritores de mérito. Tiene algo de megalofobia; reserva toda su indulgencia para los engendros que vemos en los teatros por horas, cuyos escenarios visita de tarde en tarde la Literatura, como sitios donde se expone á andar en muy mala compañía. Piensa sin duda la crítica que los que valen mucho á mucho están obligados, y los que valen poco no están obligados á nada. El realismo va abriéndose camino entre nuestros críticos y revisteros de teatros (me refiero á algunos, no á todos), pero de un modo muy especial. Es un realismo negativo, que sirve de guía para señalar defectos. No apreciarán, tal vez, las obras realistas, aunque no digo yo que no las comprendan, pero sí notan en las que no lo son la ausencia de realidad, dándose con frecuencia el caso de que se juzgue con el criterio estético del realismo una obra escénica inspirada en otra tendencia y en que el autor no se ha propuesto copiar la vida real, ó se ha propuesto, en primer término, otra cosa. Es lo mismo que juzgar la filosofía de Santo Tomás, por ejemplo, con arreglo á las opiniones de Epicuro ó á las doctrinas de Spencer.

En los teatros á que va poca gente, fuera de los días de moda, como sucede en el Español, donde se ha estrenado *La Mujer de Loth*, influye mucho en la suerte de las obras el *fallo* de la prensa, así como influye poco ó nada en los teatros del género chico, que se ven de ordinario llenos, y en los cuales se representan obras asequibles á las inteligencias más vulgares y á los gustos menos exigentes. En aquéllos sucede que el público, poco inclinado ya á asistir, se retrae al leer en los pe-

riódicos, en forma más ó menos disimulada, que la obra ha sido un fracaso, y mueren por consunción, por anemia progresiva y alarmante de la taquilla, dramas no inferiores á los que años ha conseguían ruidosos triunfos en la escena.

Eufemismos aparte, lo que se deduce de la mayoría de los juicios que ha publicado la prensa sobre el drama del Sr. Sellés, es que, como drama, es malo. No lo creo así, aunque no le tengo por modelo de obras dramáticas. Pero pueden perdonarse á *La Mujer de Loth* muchas faltas de lógica y de realidad, muchos defectos en el desarrollo de la acción, en obsequio á su brillante y, á veces admirable, forma literaria.

En el «extraordinariamente aplaudido» con que se califica en los carteles el drama, no es todo ficción y convencionalismo. Hay algo de eso. El adverbio pertenece sin duda al número de las fórmulas convencionales, pero aplaudido sí lo ha sido el drama. Y á ser más benévola, ó menos rigurosa la crítica, creo que hubiera distado mucho de resultar un fracaso, al menos desde el punto de vista de la duración en los carteles. Pero ¿quién va á un teatro hacia el cual se siente de antemano poco atraído, si le indican que la obra que allí se representa vale poco? (1).

La Mujer de Loth, á pesar de sus defectos, tiene condiciones para agradar al público normal, que no es el público de los estrenos. Me extrañará que en provincias no consiga buen éxito, como ha sucedido con otras obras que fracasaron en Madrid. Los defectos del drama, que depende principalmente del desarrollo de la acción, no son de aquellos en que más suele reparar el público. Lo que á éste le impresiona en el conjunto de las situaciones, no la propiedad de cada pormenor y cada incidente. El público no es realista, ó lo es poco; recibe impresiones generales, juzga y aprecia las cosas *grosso modo*, es más sensible á las pinceladas enérgicas y atrevidas

(1) Después de escrito esto, he visto que la obra ha *durado* más de lo que se suponía. Lo celebro.

aunque tenga la pintura mucho de fantástica, que á los matices delicados, á la complicada trama de los detalles de la vida, á la sencillez con que la realidad suele presentarse. Y *La Mujer de Loth* tiene en cambio de las cualidades que le faltan para ser un buen drama, otras de las que suelen emocionar al público y atraerle. La acción interesa con todas sus impropiedades. Hay allí nervio, energía, sangre roja, pensamientos simpáticos, forma brillante, *efectos* teatrales.

Por el desarrollo, más que por la concepción del conflicto, es por donde este drama flaquea. La mayor parte de lo que sucede en la obra es posible y verosímil. Lo que con frecuencia es impropio y hasta absurdo es *cómo* sucede. No es inverosímil del todo que dos ramas de una familia que conserva muy vivos los sentimientos, ó si se quiere, los prejuicios aristocráticos, pleiteen durante setenta años por la posesión de unas armaduras y unos pergaminos. ¡En España duran tanto los pleitos!... Es verosímil que concierten como transacción el matrimonio de los herederos. No tiene nada de imposible ni de absurdo que éstos se enamoren por su cuenta. Que las familias se opongan á los amoríos con personas de condición social muy inferior, y en particular á los de Jaime con Ascensión, hija ilegítima, y de casta de color, por añadidura, es naturalísimo, como lo es que venza *la razón de Estado*, que triunfen las conveniencias y los respetos sociales, cual casi siempre sucede. Que un matrimonio como el de Jaime é Isabel no sea feliz, y que cada cónyuge prefiera á la realidad su novela amorosa, no tiene tampoco nada de extraño. Hasta el suicidio de Isabel, al verse comprometida antes de ser, en realidad, culpable, al unir á la pérdida de la dicha la de la fama, no se sale de la verdad teatral ni de las posibilidades reales.

Lo que sí es inverosímil, artificial, forzado, es cómo acaecen en el drama estas cosas ó muchas de ellas. Las impropiedades abundan, empezando por la lectura del texto bíblico referente á la mujer de Loth. En una familia protestante estaría bien; pero entre católicos, no es la Sagrada Escritura, sino

otros libros religiosos, meditaciones, vidas de santos, ejemplos morales, lo que se leerá al empezar ó acabar la comida, allí donde se conserve esta costumbre. Si el recuerdo de la mujer de Loth, trocada en estatua de sal, era necesario para el simbolismo de la obra, pudo el dramaturgo presentarlo de otra manera. No pretendo, ni mucho menos, rehacer el drama, pero creo que esta dificultad era facilísima de resolver. Sin ir más lejos, la lección de historia sagrada aprendida aquél día por los niños, por los *señores condesitos*, como dice el ceremonioso mayordomo, podía dar ocasión para que se citase el ejemplo bíblico. De este modo se evitaba también el que algún chusco pueda preguntar si al día siguiente, continuándose la lectura del mismo capítulo del *Génesis*, serían los versículos referentes á las hijas de Loth los que leyese el *condesito* á quien le correspondiera en turno, y escuchasen, entre los comensales, la señora condesa y la señorita recién salida del convento. Y otras impropiedades se hubieran también evitado: la de que entren en el comedor los profesores, que no están convidados á comer, y la mayor aún, de que inmediatamente después de escena tan violenta como debe de ser para Isabel y Jaime la del anuncio de su boda á aquellos de quienes eran media hora antes finos y rendidos enamorados, se sienten á la mesa como si no hubiera ocurrido nada. Ciertamente que los amantes infelices, á menos de dejarse morir de inanición, como Tito Pomponio Atico, que tiene hoy pocos imitadores, y que además no lo hizo por amor, comen y beben, pero una transición tan rápida de la desesperación amorosa (aunque sea latente) á las exigencias del estómago, es harto prosaica, poco real y nada estética.

Puede pasar lo de la lectura de la Biblia. Pero no aquellos repentinos cambios en las resoluciones de los personajes, como el de Jaime en el primer acto, ni aquella franqueza tan excesiva y sorprendente con que manifiestan sus sentimientos, cual si se hallaran en el estado de naturaleza que imaginó Rousseau, libres de los hábitos de disimulo y de dominio sobre sí

mismo que crean las maneras y conveniencias sociales. Tanta naturalidad resulta antinatural. Los vestidos son, sin duda, cosas artificiales, y nadie, sin embargo, encontraría natural que saliera uno á la calle con *la librea de su inocencia*, como el Andrenio de Gracián. Lo mismo pasa con aquellas almas del drama. Están en cueros vivos.

Que Ascensión se queje del desengaño que recibe (en el primer acto) es natural; pero no lo es que lo haga en las circunstancias que presenta el drama. Toda la libertad y todo el desembarazo que haya podido darle su educación en los Estados Unidos no justifica el que se exponga así al ridículo y falte de tal modo á las conveniencias. Su conciencia de institutriz debe gritarle *¡shocking!* Y no se diga que las conveniencias son cosa baladí en el drama. No lo son tanto. Sin ellas no habría drama en *La mujer de Loth*. Jaime se casaría con Ascensión, Isabel con Pedro, y en paz.

Por el estilo es también la escena del tercer acto entre Jaime, Ascensión y el general. Pero, ¿á qué multiplicar los ejemplos? En todo el drama se nota esa falta de realidad, que no proviene de la naturaleza de los hechos ni de lo esencial en los caracteres de los personajes, sino de la forma de aquéllos y de las manifestaciones de éstos. El paralelismo de los dos conflictos gemelos que se desarrollan en el curso de la obra, el conflicto de Jaime y Ascensión y el de Isabel y Pedro, fatiga también un tanto y perjudica á la variedad, necesaria en toda obra de arte. Es un drama por partida doble.

Todo esto hace que los personajes de *La mujer de Loth* tengan poca *humanidad*, resulten así como símbolos ó esquemas de pasiones y sentimientos reales, pero expresados, no al modo real, sino á la manera simbólica. Hasta la brillantez del lenguaje perjudica acaso, si perjudicar puede excelencia semejante, al efecto de verdad de la obra. No se habla tan bien en la vida; se cultiva menos la retórica. Forman las hermosas frases en que abunda la obra, y que son regia vestidura de ideas lozanas y gallardas, como un mosaico compuesto de

preciosas piedras, que, con ser muy bello, no llega á producir la impresión de realidad que una pintura, hecha con materiales menos exquisitos, pero en la cual hay gradaciones de matices, continuidad en las tintas que se funden, cosas, en fin, que no puede haber en el mosaico.

Los personajes creados por el Sr. Sellés calzan coturno. En la edad de *Sanchismo*, en que vivimos, los hombres del mundo real gastan, á lo sumo, botas. Y es el caso que, á pesar de todos sus defectos y de toda su prosa, las personas de carne y hueso nos interesan más que los símbolos, más que las figuras fantásticas y las personificaciones abstractas y vaporosas de los sentimientos humanos. Cuestión de solidaridad, de parentesco, de sentirnos prójimos. Ya lo dijo el poeta latino, *Homo sum...*

No está en este ó el otro acto el vicio del drama. Está en todos. Si el primero ha parecido mejor, es porque en estas obras en que la idea no llega á encontrar forma adecuada, el primer acto, en que se plantea el conflicto, suele ser mejor que los siguientes, en que hay que desarrollarle y resolverle, lo cual es más difícil. Tampoco creo que sea anticuada ni falsa la idea de *La Mujer de Loth*. No ya en una familia aristocrática, de ideas tan rancias como sus pergaminos, en muchas familias *burguesas* tropezarían los Jaimes, al querer unirse á las Ascensiones, con la misma oposición paterna, con el mismo prejuicio de origen y de casta. Podrá haberse equivocado el Sr. Sellés, si ha querido indicar que la aristocracia es la mujer de Loth, por más de que ya dice, por boca de Rodrigo, que no todos los nobles miran atrás, á lo pasado; mas aun admitiendo la hipótesis, lo que resultaría no es que el asunto del drama fuera falso, sino que no demostraba eso, y los dramas no tienen obligación de demostrar nada, que no sea el talento del autor para cultivar el género. Tampoco me parece un pecado de lesa estética la aparición de la mulata. La esclavitud no está tan remota; casi podría decirse que están más lejos los impulsos generosos que la abolieron, al observar el horror

moderno á la *sensiblería*, que no es, á veces, más que un apodo, bajo y vulgar, del sentimiento.

Tiene *La Mujer de Loth*, además de su rica, exuberante, espléndida, forma literaria, otros méritos indudables, plétora de ideas, calor de sentimiento, originalidad en los pensamientos y en las frases. En el conflicto entre el amor y el orgullo de raza, conservado como herencia de honor, como depósito de muchas generaciones, que se debe á las futuras, hay un noble idealismo. El individuo se sacrifica á la idea colectiva, pero las pasiones individuales no mueren, sobreviven al sacrificio. Nada hay en esto contra la realidad, que no es tan estrecha y ruin que se limite á lo material, á lo que se ve y se toca. Lo ideal es real á su manera, tanto como lo material lo es á la suya. Pero, por lo mismo que es real, hay que expresarlo con realidad. Y esto le falta á *La Mujer de Loth*, hermosa como obra literaria, deficiente como obra escénica.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA LITERATURA CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

g) *Septima y octava parte de Flor de var. rom. nuevos, recopilados de muchos autores. Alcalá de Henares, Juan Iñiguez de Lequerica, 1597, en 12.º* Cada parte tiene su licencia especial, la de la 7.ª del 4 de Mayo de 1596, y la de la 8.ª del 30 de Septiembre de 1597, en la cual se da á esta el título de: Flores del Parnaso, 8.ª parte. Tienen, sin embargo, una sola hoja de título, aunque cada una con su foliación especial; 168 y 132 hojas (Ticknor).

Flores de Parnaso, 8.ª parte, recopilada por Luis de Medina. Toledo, Pedro Rodríguez, 1596, en 12.º (Biblioteca Grenville).

h) *Flor de var. rom. diferentes de todos los impressos, 9.ª parte. Marte, Juan Flamenco, 1597, en 12.º* Aprobación de 4 de Septiembre de 1597. Tasa de 22 de Marzo de 1596, licencia sin fecha, 144 hojas. (Ticknor y Biblioteca de Leiden) (1).

Estas nueve partes de la Flor, que fueron apareciendo

(1) Según la citada copia que del catálogo manuscrito de la Biblioteca del Escorial existe en la Biblioteca imperial de Viena: «Romancero hasta la parte nona. Tres tomos. Alcalá, 1591.» Sin indicación del tamaño, ni otra cosa, de modo que no se puede sacar de ahí si es una colección de la novena parte de la Flor bajo un título fingido y quizá con la fecha de la primera parte, ó si efectivamente es una edición más antigua del «Romancero general».

una tras de otra—á lo más con algunas alteraciones en el orden, con algunas supresiones y añadiduras, pero en su totalidad formando una base sola—fueron reunidas y repetidas en una colección general, que llegó á ser el tan famoso:

13) *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impressos en las nueve partes de romanceros: aora nuevamente impresso, añadido y enmendado. Madrid, 1600, en 4.º* La licencia y tasa son del 16 de Diciembre de 1599 (según noticia de Ticknor, no contradicha por los traductores españoles, hállase un ejemplar en la Biblioteca nacional de Madrid. Los últimos dicen, sin dar más fundamentos (v. la precedente nota): «hay fundamento para creer se imprimió en 1599».—Durán no hace mención alguna ni de él, ni de la existencia de un ejemplar de Madrid; vió en su juventud uno de esta edición en la biblioteca del conde de Aguila en Sevilla).

* *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impressos en las nueve partes de romanceros. Aora nuevamente impresso, añadido y enmendado. Medina del Campo, por Juan Godinez de Millis. A costa de Pedro Ossete y Antonio Cuello, libreros de Valladolid, 1602, en 4.º* La licencia es de Valladolid á 14 de Julio de 1601, y se dice en ella de este romancero, con referencia á precedentes ediciones: «que otras vezes ha sido impresso». Entre las «Erratas» está la fecha: Valladolid, 22 de Diciembre de 1601, y la «Tassa» está fechada en 14 de Enero de 1602. Apareció de ella la tercera edición aumentada con *cuatro* secciones (13 partes): Ahora nuevamente añadido, y enmendado. Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco López, 1604, en 4.º La «Licencia» es de Madrid, de 6 de Febrero de 1601, las «Erratas» de Alcalá de 25 de Agosto, de 1604, y la «Tassa» de Valladolid, de 11 de Septiembre de 1604 (1).

(1) Aquí se halla la notable indicación del precio originario de este

Es una mera reimpresión de éste la que bajo la inspección de Pedro Flores se hizo en Madrid, 1614, por Juan de la Cuesta, á costa de Miguel Martínez, en 4.º La Biblioteca imperial de Viena posee las tres últimas ediciones, la primera de las cuales, sobre todo, es muy rara (mis citas se refieren á la última).

El impresor de la tercera edición, Francisco López, dice en el muy bien escrito prólogo «Al lector»: «En este volumen, o Lector, se contienen repartidos en treze partes, los romances que han sido oydos y aprovados generalmente en España. Y de aqui he cobrado animo para esponerlos a la mas rigorosa censura que es la de la leccion, pues agora escritos y desnudos del adorno de la musica por fuerça se han de valer por si solos, y de las fuerças de su virtud. Si fueres aficionado a la lengua española, aqui la hallarás acrecentada sin asperezas: antes con apazibilidad de estilo y tan mañosamente que no te ofenderá la novedad: porque como este genero de poesia (que casi corresponde a la Lyrica de los Griegos y Latinos) no lleva el cuydado de las imitaciones y adorno de los antiguos, tiene en ella el artificio y rigor rethorica poca parte y mucha el movimiento del ingenio elevado, el qual no excluye al arte, sino que la excede, pues lo que la naturaleza acierta sin ella es lo perfeto. A este genero de versos se reduzen los romances que usan en España, assi los de ficciones amorosas, como los de sucessos verdaderos, etc.» (El prólogo es de Madrid, fechado á 30 de Septiembre de 1604.)

Dedúcense ya su carácter y su ordenación del hecho de que, como hemos visto, este Romancero general no es propiamente otra cosa sino una colección y una reimpresión nacida de *muchos Romanceros más pequeños* (de las partes aisladas de la «Flor»), que contenían los roman-

tan precioso libro: «Tiene este libro ciento y veinte y cinco pliegos que conforme á su tassa monta un ducado (!)».

ces más corrientes y gustados entonces, y que fueron aumentados con *nueve partes* á medida de la necesidad y de la provisión que de ellos había (1). Claro es que en tales condiciones tenía que ser aquel *Romancero* sumamente abigarrado; está completamente falto de plan, y la única regla fué el gusto de los *aficionados* y el favor del acaso en la conservación de los romances «que han sido oídos y aprobados generalmente». Así es que se hallan en cada división en la más abigarrada mescolanza, junto á pocos romances con base tradicional muchos completamente modernos y subjetivos; junto á algunos históricos (2)

(1) Así, la parte 13.^a apenas es más que una reimpresión de la «*Segunda parte*» del «*Manojuelo de Romances* de Gabriel Laso de la Vega», cuya segunda sección había aparecido un año antes, en 1603, en Zaragoza, en casa de Juan de Bonilla, en 8.^o La primera parte del *Manojuelo* era de 1601, de Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas, en 16.^o Todavía con más anterioridad había editado Laso de la Vega una colección de sus romances bajo el título de: «*Primera parte del Romancero y tragedias de Gabriel Laso de la Vega, criado del Rey nuestro Señor, natural de Madrid. Alcalá de Henares, Juan Gracián, que en gloria sea, á costa de Juan de Montoya, 1587, en 8.^o*», muchas de cuyas piezas fueron reimpresas, aunque sin nombre del autor, en la 12.^a parte del «*Romancero general*». Véase el trabajo de D. Bartolomé Gallardo acerca «del asonante», etc., en la *Antología española*, núm. 3, Marzo de 1848, pág. 106, por el cual se completan y rectifican las noticias que da Durán (l. c. s. v., Laso de la Vega) y los traductores españoles de Ticknor (en la edición de Madrid, tomo III, pág. 535). Gallardo dice en este trabajo (pág. 100), que lo tenía preparado para darlo á la prensa, pero que perdió el manuscrito cuando tuvo que huir de Sevilla el 13 de Junio de 1823: «Un Romancero y un Cancionero, con sendas disertaciones sobre este género de composiciones en España: ¡á las cuales servían de comprobantes diez ó doce Cancioneros, y sobre treinta Romanceros impresos, con más de cuatro mil romances manuscritos, entre medianos, malos, peores y buenos!» Se podrá medir la extensión de la pérdida si se sabe que Gallardo era uno de los críticos más perspicaces y uno de los más celosos bibliómanos de España.

(2) Entre los romances históricos, hállanse también aquí muchos sobre sucesos enteramente contemporáneos, como, por ejemplo, Décima parte, fol. 365 vuelto: «Romance á la entrada del Rey D. Felipe III en la ciudad de Zaragoza y reyno de Aragón, el año de 1599.» A los pocos romances propios de esta colección que tengan base tradicional, pertenecen los de los Comendadores de Córdoba (Octava parte, folios 263 á 270; son de

una multitud de amatorios y pastoriles, junto á un excesivo número de moriscos algunos satíricos contra esta monomanía. Que la ya citada moda á la morisca había alcanzado su punto culminante, se prueba con este romancero, que es el más rico almacén de este género de romances. En conjunto, el *Romancero general*, con toda su riqueza, nos ofrece muy poco botín para la poesía romancesca propiamente popular; hasta los romances legendarios y caballerescos propios de él, son más bien una especie de variaciones, como las que hacían los poetas eruditos sobre los más antiguos temas populares ó sobre episodios de las novelas caballerescas y los poemas italianos, dándose á conocer por los afectados arcaísmos (1).

Juan Rufo, y están en sus Seiscientas apothegmas. Toledo, 1596, en 8.º, al final) y los de Galcerán de Pinos (13.ª parte, fol. 483). Contiene también una «novela» (9.ª parte, fol. 344) en redondillas, que tiene por asunto el conocido relato de Lafontaine: *Le cocu battu et content*.

(1) Un ejemplo que valdrá por muchos. Es conocido el antiguo romance popular del «Cancionero de romances» y de la «Silva», el de D. Gaiferos, que empieza: «Asentado está Gaiferos.» Se narra en él cómo Melisendra, la esposa de D. Gaiferos, prisionera de los moros en Sansueña, contempla ansiosa desde su torre el camino que conduce á Francia, ve que pasa por él un caballero y le llama, suplicándole diga á su perezoso marido que no olvide libertarla, entretenido en sus juegos é intrigas amorosas con otras. Muéstrase entonces que aquel caballero es el mismo Gaiferos. El elemento lírico en esta situación, lo retórico de los lamentos de Melisendra, satisfacían de tal modo á los posteriores poetas artísticos, que tomaron esta parte del romance viejo por tema de sus variaciones, y la trabajaron en romances especiales, como en el siguiente del «Romancero general»: «Cautiva, ausente y celosa», y: «El cuerpo preso en Sansueña».

(Se continuará.)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Psychologie de l'anarchiste-socialiste, par A. HAMON. Un vol. (de la Bibliothèque sociologique) de xxv-332 páginas, 3,50 francos, Paris, P. V. Stock, editeur, 1895.

El anarquismo es un hecho en la sociedad contemporánea, un factor de la misma, de indudable poder y vitalidad cada día mayor; y como tal, es forzoso que el hombre de ciencia lo haga objeto de su examen, con la serenidad y elevación con que debe proceder siempre en todas sus obras y sin dar oídos á las declamaciones quejumbrosas de los espíritus ignorantes y pusilánimes. Bien mirado, el anarquismo, principalmente el fondo de la doctrina que predica y defiende, y no parándose en la contemplación de ciertas manifestaciones violentas (única cosa que las gentes suelen mirar, por ser lo más visible) que corren á su cargo, se ofrece como un ideal social muy merecedor de estudio atento para el observador y el filósofo, cuando no de verdadera simpatía para el filántropo y el hombre justo.

A. Hamon, el conocido autor de la *Psicología del militar profesional*, libro que tanto ruido ha hecho en Francia, ha publicado recientemente otro, también de índole psicológica, el cual estudia el anarquismo bajo uno de sus aspectos, á saber: bajo el aspecto de la constitución mental, propia de los individuos que lo profesan. Según M. Hamon, todos los adep-

tos de una misma doctrina filosófica, poseen una mentalidad común, aun cuando bajo tal comunidad se den después variantes. Precisamente esto ocurre también con los anarquistas.

Los datos y documentos de que el autor se sirve para conocer los caracteres mentales de los referidos sujetos son, además de las obras y escritos doctrinales, de renombrados anarquistas, las respuestas que varios de éstos, de diferente nacionalidad, sexo, clase social, profesión, religión, etc., han dado á las dos siguientes preguntas que el propio Hamón les ha dirigido : primera. ¿Por qué sois anarquista-socialista? Segunda. ¿Cómo habéis llegado á serlo? Del estudio de esas contestaciones y obras doctrinales deduce M. Hamon que el anarquista-socialista (donde no está incluido el de la propaganda por medios violentos, al cual dice el autor que le dedicará otro trabajo independiente) se distingue por tener una constitución cerebral en que se notan estos caracteres : *a*) espíritu de rebeldía, *b*) amor á la libertad; *c*) amor de sí mismo ó individualismo; *d*) amor á los demás ó altruismo; *e*) sensibilidad; *f*) sentimiento de justicia; *g*) sentido lógico; *h*) curiosidad por conocer; *i*) espíritu de proselitismo. Cada uno de estos caracteres es objeto de un capítulo. Además, contiene el libro otros tres capítulos (I, X y XI) de conjunto.

P. DORADO.

Introducción al estudio de la ciencia económica, por J. Piernas Hurtado, catedrático de la Universidad de Madrid. Un volumen de 107 páginas. Madrid. Librería de Victoriano Suárez. Precio, 2 pesetas.

La obra de que voy á dar cuenta en breves términos, del distinguido catedrático de Hacienda pública de la Universidad Central, Sr. Piernas, estaba destinada por su autor á consti-

tuir parte de otra de corte elemental, pero de más amplias proporciones. Esto no obstante, la *Introducción al estudio de la ciencia económica*, que hubiera sido preparación excelente para enterarse y comprender los *Principios elementales* de la misma ciencia—que tal es la obra á que nos referimos—forma por sí misma un buen trabajo de investigación científica, digno en verdad de ser leído y meditado por cuantos en España tienen afición á los importantes problemas de la Economía.

Procediendo el Sr. Piernas con rigurosa lógica en la ordenación sistemática del contenido de la ciencia económica, antes de exponer lo que propiamente constituye el objeto de esta exposición, que habría de ser la materia de los *Principios elementales*, ha tratado en la *Introducción* que ahora se publica de aquellas cuestiones que la buena orientación del espíritu reflexivo exige sean tratadas, como preparación adecuada de los ulteriores estudios. Estas cuestiones (examinadas en el libro de que hablamos) el Sr. Piernas las reduce á las siguientes: 1.^a Formación del concepto de la economía—no simplemente de la economía política, sino de la Economía en general.—2.^a Naturaleza, método y plan de la Economía; esto es, determinación de los caracteres de lo económico, de sus aspectos filosófico é histórico, teórico y artístico, con más la del método de investigación y plan de exposición. 3.^a Relaciones de la Economía con otras ciencias. El Sr. Piernas se fija especialmente en las relaciones de la Economía con la Moral, la Política, la Sociología y la Estadística. 4.^a Utilidad de los conocimientos económicos, fijándose, á este propósito, en el interés de gran actualidad que lo económico reviste; y 5.^a Historia de la ciencia económica desde la antigüedad hasta las modernas escuelas. Estudio este muy nutrido de amplia y escogida erudición, sobre todo en su última parte, relativa al estado presente de la ciencia económica.

A. POSADA.

Les Grands problèmes, por Adolphe François. Un volumen de 362 páginas. Paris. Ch. Noblet, 1895.

Son grandes, verdaderamente grandes, los problemas que el Sr. François aborda en su libro: la cuestión de la felicidad, el bien social, lo bello, la cuestión del alma, helos ahí. Se trata de un ensayo de pura y elevada filosofía, no meramente abstracta, pues el autor quiere apoyarse constantemente en la experiencia y en la ciencia; pero de filosofía al fin, «en tanto que la filosofía es la investigación de la verdad, de lo que es, sobre todo de lo que importa al hombre conocer». Para el señor François «la cuestión de la felicidad, es el hombre en la vida corriente: el bien social, es la cuestión tan agitada y movida, de lo que debe ser la sociedad; lo bello ó lo ideal, es el fin de las aspiraciones confusas de la humanidad; la cuestión del alma, es el más allá».

El sentido dominante en el autor de este libro tiene algo de místico, y de místico cristiano. Su idea fundamental es la de la congruencia de la ciencia humana con la eterna aspiración religiosa. Puede considerarse la obra del Sr. François, dentro de la general corriente de reacción metafísica y religiosa que por do quier se manifiesta, ya con tonos templados y puramente ideales, ya con alcance político, avasallador y violento. Naturalmente; la noción metafísica y religiosa á que obedece el espíritu imperante en el autor del libro de que hablo, no parece tener este último carácter, sino el primero. «La verdadera ciencia, dice, es la razón aplicada al estudio de la realidad, y la verdadera ciencia es sagrada lo mismo que la razón. La religión también es sagrada, porque ha nacido de la verdadera ciencia y de la razón, de la razón del espíritu y de la razón del corazón. Pero la religión debe crecer aún,

como la ciencia, y... crecerán juntas en la armonía que surgirá de la lucha leal, que también es sagrada.»

Fuera de esta idea general, el estudio de los cuatro grandes problemas que el autor hace en su libro resulta interesante, muy animado y de agradable lectura. En el primer trabajo—la cuestión de la felicidad—examina esta eterna y universal aspiración humana, á partir de sus condiciones capitales—la salud, el bienestar, el matrimonio, la paz, el trabajo, el honor, el ideal, la independencia, el poder y la beneficencia;—y de sus principales medios—la higiene, la manera de vivir, el oficio y la mujer. En el siguiente capítulo—el bien social—detiéndose el autor á hacer amplias consideraciones sobre la llamada cuestión social, no meramente en su manoseado aspecto económico, sino en otros no menos interesantes. La larga disertación acerca de lo bello, comprende indicaciones generales relativas á la definición general de esta gran idea, y luego otras especiales sobre lo bello en las cosas materiales, en las cosas del espíritu y en las cosas del corazón. La última parte está dedicada á la cuestión del alma: de las cuatro estudiadas por el autor, ésta es la que con más detenimiento examina. Conviene advertir que no se trata de un trabajo de pura psicología, sino más bien de una defensa del alma, desde el punto de vista de los principios y de las consecuencias morales y religiosas.

A. POSADA.

CONDE EDUARDO SODERINI.—**Roma y el gobierno italiano desde 1870 á 1894.**—Traducción del caballero Pablo Mac-Swiney. Prólogo del marqués de Olivart. Barcelona, 1895. Un volumen de xviii-118 páginas, una peseta.

¡Privilegiada condición la de este librito, que aparece en castellano bajo el patrocinio de tres nobles! Bien es verdad que, según en el prólogo se declara, los tres apenas forman

más que uno, porque son todos «miembros de la *familia pontificia*», pertenecen todos ó dos á la Real Academia de Ciencias morales y políticas española, y á la *Société d'Histoire diplomatique*, de París, y son beneméritos defensores de la *causa de Dios y del príncipe* (no dice de cuál).

Si la portada por sí sola no fuera bastante á predisponer favorablemente el ánimo del lector, el señor marqués de Olivart, que hace en el prólogo la biografía de autor y traductor, contesta por anticipado á ciertas observaciones que pudieran dirigirsele, advirtiéndole que la traducción ha sido hecha por un francés é imponiendo al crítico que «halle defectuoso algún giro ó intolerable un galicismo» el castigo de traducir «la página incriminada al francés ó al italiano», para mandar él «su versión al Caballero, que de seguro nos agradecería el buen rato que con ello le proporcionaríamos. De seguro que iba á ser mil veces peor.» Vaya, en prueba de mi perfecta conformidad con este dictamen la siguiente declaración: la traducción del libro del conde Soderini está mejor escrita que las obras del señor marqués de Olivart, que tienen muchos méritos, pero poca gramática.

Y esto dicho en descargo de mi conciencia, vengamos al fondo de la obra. Se estudia en ella la situación de Italia en el período que media de 1870 á 1894, proponiéndose decir «toda la verdad, sea cual sea y á quienquiera que sea». Según el programa de Cavour, Mazzini y Víctor Manuel, Roma, capital de Italia, tenía que ser el término de la unidad nacional; «allí desaparecerían todas las discordias, se celebraría la unión de todos los ánimos y florecerían leyes, ciencias, artes é industrias, y el *alma parens*, rica de dinero y de nuevos monumentos, sería la admiración del Universo». El gobierno de Víctor Manuel protestaba siempre de su afecto y sumisión á la Iglesia; la posesión de Roma no implicaba para él nada contrario á los intereses del Catolicismo. Roma continuaría siendo la capital del mundo católico, y el Pontífice y el clero gozaría de la más amplia libertad.

Nada de esto se ha cumplido, según el conde Soderini. Tomada Roma, el gobierno confiscó los bienes eclesiásticos; impuso á los profesores de la Universidad un juramento depresivo; suprimió las corporaciones religiosas, transformando muchos monasterios en cuarteles y las iglesias en almacenes; se prohibieron las procesiones en Roma; se secularizaron los cementerios; se sometió al clero á la jurisdicción de los tribunales ordinarios, y se le permitieron á la prensa todo género de libertades.

Sobre todos estos actos, que constituyen á los ojos del autor verdaderos crímenes, el gobierno italiano planteó una política y una administración que no han podido ser más desafortunadas. Produjo en Roma una horrible crisis de la propiedad, cuyo valor se elevó sin motivo y decayó repentinamente; protegió los agios bancarios; recargó excesivamente los impuestos; prohibió exportar los objetos de arte; respecto la libertad dió alientos al socialismo y al anarquismo; acabó con la independencia de la magistratura; reformó á cada ministerio nuevo la instrucción pública; suprimió las antiguas fiestas, marchándose la corte en el verano; y en cuanto á la política exterior, se echó en brazos de Alemania y Austria contra los naturales amigos y protectores de Italia, y emprende la desastrosa campaña colonial de la Eritrea.

Todos estos males han venido, según el señor conde de Soderini, de la constitución de la capitalidad italiana (no la *capitanía*, que dice el traductor) en Roma. ¿A qué decir mi opinión sobre el asunto? Sólo me ocurre una observación, que seguramente asomará también á los labios de cuantos hayan leído el fiel extracto que antecede: todo eso, y bastante más y más malo, por desgracia, viene pasando y pasa en España. Y aquí ni hemos tomado ninguna Roma, ni nos gobiernan; vive Dios! políticos excesivamente liberales.

A. SELA.

OBRAS NUEVAS

- Adsuar y Moreno (J.)—Ejercicios prácticos de geometría.—Parte primera: Cuestionario.—En 8.º, 151 páginas: 1,50 pesetas.
- Alamo Castillo (R.)—Compendio de organización y legislación militar. En 4.º, ix-1193 páginas: 13 pesetas.
- Algué (P. J.)—Baguios ó tifones de 1894. xii-181 páginas y 37 mapas: 20 pesetas.
- Aranceta (P. A. de).—Prontuario del maquinista de ferrocarriles. En 4.º, vii-670 páginas, 27 figuras y 2 láminas: 11 pesetas.
- Avilés (J.)—El fin de la revolución y sus consecuencias, con motivo de las fiestas nacionales italianas. En 4.º, vii-88 páginas: 1 peseta.
- Barra (E.)—El problema de los Andes. En 8.º, 416 páginas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo xxvii. Cuaderno vi. Diciembre de 1895. En 4.º (páginas 417 á 512, fin del tomo). Cada cuaderno: 1,25 pesetas.—Sumario: Informes.—I. Inscripciones Basques: Edward Dodgson.—II. El monasterio de Santa Clara en Barcelona. Bulas inéditas de Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV, Bonifacio VIII y Juan XII: Fidel Fita.—III. El Mihrab de la Almadraza granadina, recientemente descubierto: Antonio Almagro Cárdenas.—Variedades.—Noticias.—Índice del tomo xxvii.—Rectificaciones.
- Cabeza Pereiro (A.)—Estudios sobre Carolinas. La isla de Ponapé: geografía, etnografía, historia. En 4.º, xiii-247 páginas, 13 mapas, 20 láminas, 2 cuadros sinópticos y un retrato: 8 pesetas.
- Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? Tomo xvi. En 8.º, 2 hojas, 235 páginas: 2 pesetas.
- Cobo (B.)—Historia del Nuevo Mundo. Tomo iv (fin.) En 4.º, 247 páginas. Para los suscriptores: 7 pesetas. Los cuatro tomos, 40 pesetas. Sociedad de Bibliófilos andaluces.
- Costa (J.)—Estudios ibéricos. En 4.º, 15-lxxxii-207 páginas: 6 pesetas.
- Cuadra y Herrera (L. M. de la).—La concepción de Rivera. En 4.º, 58 páginas: 1 peseta.
- Díaz Cassou (P.)—Serie de los Obispos de Cartagena; sus hechos y su tiempo. En 4.º, 304 páginas: 7,50 pesetas. Se ponen á la venta 20 ejemplares.
- Elguezabal y Orive (J.)—Manual de correos y telégrafos. En 8.º, 75 páginas: 1,50 pesetas.
- Escuela Central de Artes y Oficios. Memoria estadística correspondiente al curso de 1894-95, y discurso leído por el director señor Díaz Maroto. En 8.º mayor, 28 páginas.
- Estasen (P.)—Instituciones de derecho mercantil. Apéndice, formularios mercantiles. En 4.º, xv-436 páginas: 8 pesetas.

- Galindo y de Vera (L.) y Escosura (R. de la).—Comentarios á la legislación hipotecaria de España y Ultramar. En 4.º, 380 páginas 10 pesetas.
- García Barzanallana (J.).—La sal como materia imponible en España. En 4.º mayor, 22 páginas.
- Garin y Sociats (A.).—Nuevas teorías, sobre formas, propulsión y aptitudes giratorias de los buques. En 8.º, 189 páginas y 2 láminas con grabados.
- Grave (J.).—La sociedad futura, traducción por el Dr. Luis Marco. En 4.º, 448 páginas: 8 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Guerra de la Vega (A.).—Comprensión de la destreza. En 4.º, portada grabada y 39 páginas.—Tirada de 50 ejemplares. No se vende.
- Guevara (A. de.).—Libro llamado menosprecio de corte y alabanza de aldea. En 4.º, 166 2 hojas, 183 páginas y un retrato de don Juan III de Portugal: 3 50 ptas.
- Guzmán (G.).—En España (novela de costumbres). En 8.º, 29 páginas: 2,50 pesetas.
- Hazañas y la Rua (J.).—Discurso. En 4.º, 31 páginas. No se vende.—Tema: La vida intelectual en Sevilla.
- Instituto Geográfico. Movimiento de la población de España en el septenario de 1886-92. En 4.º mayor, 68-163 páginas.
- Letelier (V.).—La lucha por la cultura; miscelánea de artículos políticos y estudios pedagógicos. En 8.º, xi-446 páginas: 6 pesetas.
- Lorenzo y Lorenzo (L.).—Tratado de capellanías colativas. En 8.º, 196 páginas: 2,50 pesetas.
- Martín Rizo (I.).—Fechas y fechos de Cartagena (primera serie). En 4.º, xxxiv-326 páginas: 6,50 pesetas.—Puesto ahora á la venta.
- Martínez Ruiz (J.).—Notas sociales. En 8.º, 34 páginas: 0,50 pesetas.
- Martínez Vigil (R.).—Los pecados de la lengua (pastoral). En 4.º, 63-iv páginas.
- Membreño (A.).—Hondureñismos. Vocabulario de los provincialismos de Honduras. En 4.º mayor, xii-123 páginas: 2 pesetas.
- Mir y Noguera (J.).—El milagro. En 4.º mayor, xii 1288 páginas, á dos columnas: 12 pesetas.
- Moreno y Lorenzo (J.).—La jurisdicción de Marina. Tratado de todas las leyes y disposiciones de constante y necesaria aplicación en los tribunales de marina. En 4.º, 5 hojas preliminares, 1016 páginas: 15 pesetas.
- Moret (S.).—Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret en el Ateneo de Madrid. En 8.º mayor, 47 páginas.—Tema: «La soberanía nacional.»
- Navas (C. de las).—Cosas de España (segunda serie). El tabaco.—Juan de la Cosa y su mapa-mundi.—La Nochebuena.—D. Fernando Colón (apuntes biográficos).—Homenaje á Cristóbal Colón... por cuenta y á costa ajena.—Estatuas.—La pelota.—El Robinson español. En 8.º, 155 páginas: 6 pesetas.—Tirada de 250 ejemplares.
- Novo y García (J.).—Por Galicia: cuartillas y apuntes. En 8.º, 285 páginas y un retrato: 3 pesetas. Biblioteca gallega, tomo xli.
- Ojeda (A. de.).—Ejercicios de la brida. En 12.º, 23 páginas.—Tirada de 50 ejemplares. No se ha puesto á la venta.
- Ortega Rubio (J.).—Los pueblos de la provincia de Valladolid. En 4.º, 2 tomos, xi 395 páginas, 17 láminas y xi-356 páginas y 26 láminas: 20 pesetas.
- Pérez Galdós (B.).—Halma (novela). En 8.º, 354 páginas: 3 pesetas.
- Pérez García (M.).—Elementos de ciencias físico-químicas y naturales. En 4.º, 349 páginas: 3 pesetas.
- Prado (N. del).—Sermón de Nuestra Señora de Covadonga. En 4.º, 42 páginas.
- Restrepo H. (J.).—Juicio seguido en la Corte Suprema de Justicia contra los Sres. Arturo Malo

- O'Leary y Dr. Nicolás Osorio. Alegato del Dr. Julián Restrepo H., defensor del Sr. Arturo Malo O'Leary. Bogotá (Colombia). En 4.º, 108 páginas.
- Rodrigo (A.) y Brouta (J.)—Ciclismo. Datos interesantes y consejos útiles á los ciclistas. En 8.º, ix-94 páginas: 2,50 pesetas.
- Rodríguez Marín (F.) y Montoto y Rautenstrauch (L.)—Discursos leídos ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. En 4.º, 99 páginas: 2 pesetas.—Tema: «De los refranes en general, y en particular de los españoles».
- Romero y Girón (V.) García y Moreno (A.)—Complemento de las instituciones políticas y jurídicas de los pueblos modernos. En 4.º, 875 páginas: 16 pesetas.
- Saderra Masó (P. M.)—La sismología en Filipinas. Datos para el estudio de terremotos del Archipiélago filipino. En folio, iv-125 páginas, 8 láminas y 41 mapas: 20 pesetas.
- Sánchez Moraleda (D.) y Gutiérrez (F.)—Anuario postal telegráfico. En 4.º, 150 páginas: 2 pesetas.
- Sánchez de Toca (J.)—La libertad de enseñanza y la Universidad de Oñate. En 8.º, 2 hojas, 3 láminas y 194 páginas y 2 hojas de índice: 2 pesetas.
- Soto y Corro (C. de).—Bigamo (novela original). En 12.º, 262 páginas.
- Suárez de la P. y de la Vega (A.)—Tojos. Costumbres populares de Galicia. En 8.º, 157 páginas: 2 pesetas.
- Tejada de Valdoserá (Conde de).—Necrología del Excmo. Sr. Don Antonio de Mena y Zorrilla. En 4.º, 26 páginas.
- Velada celebrada en honor de don Joaquín María Sanromá, en la noche del 25 de Abril de 1895, en el Ateneo de Madrid. En 4.º mayor, 2 hojas, un retrato y 119 páginas: 3 pesetas.
- Verdaguer (J.)—Flor del Calvari, llibre de consols, per Mossén Jacinto Verdaguer. En 8.º mayor, 208 páginas: 2,50 pesetas.
- Idem.—Jesús infant, per Mossén Jacinto Verdaguer (ab tres fototopies). En 8.º, 288 páginas: 3 pesetas.
- Yxart (J.)—Obres catalanes de Joseph Yxart. En 8.º, 425 páginas y retrato del autor: 5 pesetas.
- Zorrilla (J.)—La leyenda de Don Juan Tenorio (fragmento). En 4.º, viii-345 páginas: 10 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Memorias de un solterón</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	42
<i>Sobre dos tremendas acusaciones contra España, del anglo- americano Draper</i> , por Juan Valera.....	67
<i>Los salones de la condesa del Montijo</i>	100
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	110
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	123
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	144
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	177
<i>La literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf.....	193
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado, A. Posada y A. Sela.....	198
<i>Obras nuevas</i>	205
